

HISTORIAS Y CUENTOS
PARA LOS ❖
❖ ESTUDIANTES DEL
COLEGIO DEL ❖
❖ ROSARIO





BIBLIOTECA
DEL
Colegio Mayor de Nuestra Señora
del Rosario

E26 N007 Ej.1

== HISTORIAS Y CUENTOS
PARA LOS ESTUDIANTES =
DEL COLEGIO DEL ROSARIO /
= COMPILADOS POR R. M. C.,
COLEGIAL DE NUMERO ==



Con licencia eclesiástica.

—
ESTE LIBRO
ES PROPIEDAD DEL AUTOR
—



006157

AG GECTOR

Invest.
808.831
C17
EJ.2

de la

16-III-81

LECTOR AMIGO

«Forzoso es, de cuando en cuando, dar ensanche con alguna recreación al espíritu y al cuerpo. De san Juan Evangelista refiere Casiano que encontrándole un cazador halagando a una perdiz que tenía en la mano, le preguntó cómo siendo un sujeto de tal calidad, pasaba el tiempo en cosa tan vil y despreciable.—¿Y por qué, le replicó san Juan, no llevas siempre flechado el arco?—Porque temo, respondió el cazador, que si está encorvado siempre, pierda la fuerza de extenderse cuando sea necesario.—No extrañes, pues, dijo el apóstol, que yo remita un tanto el rigor y atención de mi espíritu para tener alguna recreación y poder entregarme después a la contemplación con más viveza.

«Es vicioso ciertamente un genio tan riguroso, agreste y severo que ni quiere usar de alguna re-

creación, ni permitírsele a los demás». (*San Francisco de Sales*, Introducción a la vida devota, parte 3.^a, capítulo 31).

«No siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios, por calificados que sean; horas hay de recreación donde el afligido espíritu descansa: para este efecto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas y se cultivan con curiosidad los jardines». (*Miguel de Cervantes Saavedra*. Novelas ejemplares. Prólogo al lector).

Las dos citas anteriores, mística una, otra profana, explican por qué se escribieron estos cuentos, aparecieron en la *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* y se han compilado en estas páginas.

Los titulados *¿Cómo se graduó?*, *Blanco y negro* y *El último pensamiento*, firmados los dos primeros *Colegial* y el tercero *Oscar Martínez*, pueden pasar por míos, sin perjuicio de que algún crítico—si merecieran la honra de ser leídos por él— encuentre varias reminiscencias, involuntarias o conscientes, de narraciones, históricas o novelescas, de otros autores.

Quise publicar en la mentada *Revista* dos de los lindos cuentos de Jules Lemaître. Púseme a

traducirlos muy libremente, para dejarlos en bogotano, o sea en español, según lo que el insigne Cuervo nos reveló en la postrer edición de las *Apuntaciones*. Andando, andando, me permití suprimir algunos pasajes, mudar otros, pensando más que en el arte en el gusto y provecho de mis camaradas y discípulos. Aquello no resultó mío, porque era del delicioso prosador francés; no era de Lemaître, porque yo se lo había echado a perder. Lo consideré como *variaciones*, a modo de las que componen músicos de segundo orden sobre temas de Haydn o de Beethoven.

Para que los alumnos aficionados a la literatura castellana gustaran algo de lo escrito por aquella dama andaluza y novelista egregia que se llamó en su cristiano hogar Cecilia Bohl de Faber y en el mundo literario *Fernán Caballero*, inserté en la ya tres veces citada *Revista* uno de los cuentos cortos de la noveladora cristiana y española, titulado *Doña Fortuna y don Dinero*. Fernán recogió aquella sabrosa narración de boca del pueblo andaluz. Revela este cuento la inclinación de las razas inteligentes y que viven en comarcas ubérrimas a cargarle a la fortuna las desgracias que vienen del mucho discurrir y poco moverse.

Me pareció que el cuento de Fernán Caballero podía servir de escudo a la desidia de algunos de

mis conterráneos, le puse segunda parte con el mote de *Trabajo vence fortuna*, y lo firmé *Alvar Escudero*.

—¡Vaya que es desuello el tuyo, me decía un amigo, que por serlo tiene derecho a cantarme todas las verdades, al mezclar tus cuentos con los de Jules Lemaitre y Fernán Caballero! O te sientes digno de competir con el mágico escritor francés y con el fundador—o fundadora—de la novela española moderna, y ese es orgullo imperdonable; o te has propuesto hacer en público el mayor acto de humildad. Pero la que se muestra no es sino humildad *de garabato*, que es soberbia disfrazada.

—Tu razonamiento sería de clavo pasado, no tendría respuesta, si se tratara de un escritor laico, pero tratándose de un eclesiástico. . . .

—Peor que peor. ¿No obliga al sacerdote mayor modestia que al secular?

—¡Claro como la luz! Pero una misma virtud se muestra con caracteres diferentes en los distintos estados.

—¿Por ejemplo?

—Un padre de familia rico que, sin licencia de nadie da una cuantiosa limosna hace una obra excelente; un religioso que dispone del dinero para caridades, sin licencia del superior, peca mortalmente.

—Convenido. Pero no veo la aplicación del ejemplo al caso presente.

—El sacerdote se acostumbra a predicar la palabra divina cuantas veces puede, sin atender a los que lo precedieron o a los que han de seguirle; a enseñar, a exhortar, a consolar, sin fijarse en los demás que ejerzan el mismo ministerio. Dios no lo premia o lo castiga por lo que hagan o dejen de hacer los demás, sino por lo que él cumpla u omita. Un día, en la parroquia de Ars, predicó por la mañana el beato Juan Bautista Vianney, que era un cura indocto a los ojos y oídos del mundo, y por la tarde, el Padre Lacordaire, que había ido a recomendarse a la oraciones del santo sacerdote.

—Me lo explico, y me imagino que si yo hubiera estado allá, me habría convertido más con la plática del párroco que con la conferencia del predicador de Nuestra Señora de París. Mas, en el caso presente, no se trata de predicación del Evangelio, sino de piezas literarias, de cuentos, que se parecen a un sermón como un huevo a una castaña.

—Allá voy. Del cuento bien intencionado al sermón no va tanto trecho como tú imaginas. Por los años de mil ochocientos setenta y tantos, un caballero de Chiquinquirá se convirtió a la fe católica con la lectura de un cuento de Méry titulado *Pon-*

cio Pilato en Viena, publicado en el periódico *La Caridad*. Pero dejemos eso. Imagina que un rico propietario rural invitara a Lemaître a pasar unos días en su quinta, y que el ilustre académico, por complacer a los niños, les refiriera la historia de los novios de Mimi; que después estuviera allá el cura de la parroquia y que los chicos le pidieran un cuento, ¿valdría decir que un pobre abate no puede competir con el maestro de la prosa francesa?

—La comparación no sirve. Los rapaces de tu parábola no saben de composición, ni de caracteres, estilo y lenguaje; tus colegiales han leído y estudiado, y no se dejan meter gato por liebre.

—Así es; y el librito que pienso publicar les servirá para aprender en Lemaître y en Fernán cómo se escriben cuentos, y en los míos cómo no deben escribirse. *Fray Gerundio* del Padre Isla, quitándole ciertos conceptos irreverentes, es el mejor tratado de elocuencia sagrada, para uso de los que hablan castellano.

Hasta aquí el diálogo con mi amigo. La narración titulada *La imagen anónima* tiene por base un suceso que me refirió un joven antioqueño. Pasó la historia en uno de los pueblos de la cordillera del Tolima, fundados y poblados por paisanos del narrador.

Van también, en este librejo, unos versos que leí en una sesión de clausura de estudios en el Colegio del Rosario. Bien sé que nada valen, porque Dios no me otorgó talento poético, pero les tengo cariño por el asunto y por la ocasión en que se declamaron, y me gusta que mis colegiales vean reflejado en ellos el cariño que profeso a nuestro claustro y a todos sus hijos, pasados y presentes.

Aquí tienes, lector amigo, el inventario de lo que contiene este librito, con expresión del haber y el debe, de lo mío y de lo ajeno. Si logra servirte de recreo y descanso de la metafísica y del derecho civil, habré logrado mi objeto al publicarlo. ¡Y mira si seré yo vanidoso! ¿Pues no he llegado a imaginarme que estos cuentos pudieran ser leídos en familia, y reemplazar para algunas niñas los peligrosos novelones de moda, y aun verse en manos de algún hombre de estudio y hacerle desarrugar el agrío sobrecejo y plegarle los labios con una sonrisa de agrado?

R. M. C.

¿COMO SE GRADUO?

QUEREIS, hijos, saber cómo se graduó vuestro abuelito. Eso hace cincuenta y tantos años, a fines del pasado siglo XIX. Para vosotros quinientos años, para mí cinco días. Más tarde entenderéis el distinto modo como computan el tiempo pretérito los viejos y los niños. Lo porvenir, y sobre todo la muerte, sí son lo mismo para los mozos que para los ancianos: larguísimo el tiempo, enormemente lejana la hora de rendir cuentas.

La primer semana después de llegar a Bogotá, fue para mí como la que pudiera pasarse en la antecámara del paraíso. Cuando salí solo de la fonda, vestido de nuevo, estrenando desde camisa hasta bastoncillo de junco, a re-

correr calles centrales, únicas en que no tenía miedo de perderme, no me hubiera cambiado ni por el Presidente de la República. Con el sombrero un tantico echado atrás, con paso grave y afectadamente decoroso, marchaba por la acera, tratando de verlo todo, aunque sin mirar mucho, cosa que yo entendía ser de gente rústica y primeriza. Iba, sobre todo, fijándome en la ropa de los jóvenes con quien topaba, para compararla mentalmente con la mía, y observando qué impresión causaba en las gentes mi primera aparición por esas calles. Como yo no era tonto, al volver a casa tenía bien aprendida mi primera lección de Bogotá, reducida a tres puntos: nadie iba estrenando ropa; todos andaban por la calle exactamente con la misma naturatidad que en mi pueblo; ninguno me miró ni pareció advertir que la capital contaba con un personaje más.

Cuando pasé ese día por el atrio de la Catedral, se me acercó un chiquillo de nueve a diez años, descalzo, vestido de un calzoncito viejo y harto más roto de lo que exige la urbanidad, un chaquetón sobre la piel, y en la cabeza un cono de fieltro gris a guisa de som-

brero. Llevaba terciado, colgando del hombro izquierdo, un cajón de madera.

—Mesito, ¿le embolo?

× Mis botines americanos, acabados de sacar del almacén, no tenían necesidad de betún ni cepillo. No obstante, me apoyé de espaldas contra la fachada de la Catedral, puse el pie sobre una tablilla en forma de suela de zapato que el cajón tenía encima, y encendí un cigarrillo, sin más arreglo que desdoblarle las puntas. No sé por qué me acuerdo de este detalle, ni para qué os lo refiero.

—Padre abuelo, ¿cuántos años tenía usted entonces?

—Algo más de los que tú cuentas ahora: me parece que iba cumplir diez y siete.

El lunes siguiente, después de almorzar, un primo de mi padre me condujo al Colegio del Rosario. Yo había estudiado, como externo, en un colegio que abrió aquí, por los años de mil ochocientos ochenta y tantos, un particular. Pasé por buen estudiante, y gané premios todos los años. Llevaba a Bogotá certificados muy honorosos, aunque, tratándose de algunas de las materias que había cursado, mi conciencia no es-

taba de acuerdo con las certificaciones. Iba yo a *concluir literatura*, como decíamos entonces, para seguir luego estudios profesionales que me alcanzaran el grado de doctor. Tales eran los anhelos de mis padres, y los míos también, hasta entonces.

Mi temperamento nervioso, fuente principal de todas las alegrías y penas de mi juventud, no dominado aún por la razón y los desengaños, me ponía lentes de aumento ante los ojos del alma. Estuve la víspera y la mañana de mi entrada al colegio, inquieto y azorado. No por el colegio mismo, que me figuraba sin vacilar igual al de mi pueblo, sino por el recibimiento que me hicieran el rector y los camaradas; el rector, sobre todo. Veterano como era yo en achaques de régimen escolar, sabía lo que importa el genio y carácter del jefe del *plantel*, como decía en sus discursos mi antiguo director.

El rector es la sombra del estudiante, pensaba yo, el que dicta casi todas las clases, el que vigila los pasos y las formaciones, regaña, castiga y expulsa.

Llegámos con el tío, que iba a matricularme en el colegio con la misma despreocupación de quien consigna por cuenta ajena una suma en un banco, a la puerta del Rosario. Alcé a mirar si el letrero estaba pintado sobre la puerta en la pared, o con letras de oro sobre una tabla barnizada. Nada de eso: un escudo macizo de piedra, con unos dibujos tallados. Pasando el enorme portón, entrámos a lo que yo creí una salita, y resultó el zaguán; enfrente otra puerta grandona, y encima una loza de mármol con una inscripción en letras mayúsculas. Sabía yo bastante latín para comprender que aquello era escrito en esa lengua, pero no lo suficiente para traducirlo.

El claustro, gracias a mi fantasía, me pareció tan grande como una plaza. Subímos la anchísima escalera de piedra. En el segundo tramo había unas letras de oro que decían *Caldas*, y una fecha. Mi tío me explicó a la carrera que aquello era un recuerdo del día en que el ilustre sabio bajó por esa misma escalera para ir al patíbulo, a morir por la patria.

Recorrimos un ancho y largo corredor en cuyo extremo había una puerta con marco muy

adornado, y con un letrero blanco sobre una placa de porcelana azul que decía: *El Rector*. Entrámos, sombrero en mano, a un salita, de suelo entablado, pintado íntegramente de rojo. Al rededor había muchas personas: señoras, caballeros y jóvenes. Las paredes estaban cubiertas de retratos al óleo en marcos dorados. Unos grandes, otros chiquitos, éstos de cuerpo entero, aquéllos de cintura arriba.

Las vestimentas como en baile de disfraz: clérigos, generales, magistrados de toga y gollilla. Los demás con levita y frac negro, desde los de última moda hasta los de cuello levantado y altísimo, que les hacía a los dueños cosquillas en las orejas. Me parecieron todos esos señores muy feos y muy serios. Todos tenían, o en el pecho, o sobre un mueble al lado, una cinta blanca, anchota, con un garabato negro, a modo de una cruz mal hecha. Mi tío me advirtió que esos eran los *hijos ilustres del Colegio*.

Por riguroso turno iban entrando los señores al aposento vecino. Llegó nuestra vez y penetrámos. El salón era clarísimo, alumbrado por el frente y el costado por grandes ventanas;

en el fondo había un escritorio, y sentado detrás del escritorio, dando la cara a la entrada, vi a un sacerdote. Me pareció viejo, porque los muchachos fijan el principio de la ancianidad en los treinta años. Cuando yo cumplí los cincuenta, advertí que el rector, en aquella época, era joven todavía.

Se levantó al vernos, saludó a mi tío dándole la mano y a mí con una inclinacioncita de cabeza, nos indicó con la mano dos sillas a su derecha, nos sentámos, y sin prólogo, sin preguntarnos por la familia, sin informarse de dónde éramos ni cómo nos llamábamos, empezó:

—¿Usted viene a poner este jovencito en el colegio?

—Sí, Su Reverencia.

—Sonrióse y siguió:

—¿Interno?

—Sí, Su Paternidad.

—¿Tiene usted los certificados?

Yo me puse en pie, metí la mano temblorosa al bolsillo de pecho, saqué los papeles y se los entregué al rector.

Los recorrió rápidamente con la vista, abrió un librito ancho y corto, forrado en cartón ver-

doso, escribió unas líneas, arrancó la mitad de la hoja, se la alargó a mi tío, se levantó para saludar a una señora que apareció en la puerta, y nos dijo en tono de despedida:

—Lo demás se lo arreglan a ustedes en la secretaría.

Salimos al corredor.

—Pero tío, ¿qué es lo que yo voy o estudiar?

—Ahí dirá en el papel.

Y me lo alargó y siguió como disparado escaleras abajo.

Lo dejé que se marchara y me paré a leer con la mayor atención. Era una orden al secretario del colegio para que matriculara al *señor don* Fulano de Tal, en cuatro clases que se enumeraban allí, y que maldita la gracia que me hicieron. Una de ellas era la de sintaxis latina. Advertía el papelito que yo iba al colegio en calidad de *convictor*.

¡Virgen de Chiquinquirá! Y yo que desde antes salir de mi tierra tenía ya determinadas las materias que deseaba estudiar! Que había venido preparando por el camino los argumentos con que debía convencer al rector de que los cursos

que me convenían eran los de moral, retórica, y teneduría de libros! Lo de que me llamaran *señor don* no me disgustaba, pero aquello de que yo debía ser admitido en calidad de *convictor*.... Unos momentos me sonaba la palabra a honra señalada, otros a situación ignominiosa, por debajo de todos los demás estudiantes. *Convictor*, *comendador*.... *convictor*, *convicto*. *Reo convicto* y *confeso*, decía mi padre hablando de un redomado pícaro que estaba en la cárcel de mi pueblo.

Cuando llegué a la puerta de la secretaría, que estaba en la planta baja, ya mi tío había pagado la pensión, había firmado en blanco la diligencia de matrícula para que el secretario la llenara después, y se había marchado a abrir el almacén.

Aquella tarde, después de que un empleado recibió mis trastos y los puso en sus respectivos lugares, me encontré, ya sin sombrero, en el claustro principal del colegio. Fue la primera noche tan amarga como la que se pasaría en la antecámara del purgatorio.

Como los estudios no se habían abierto sino la víspera, sólo había treinta o cuarenta alum-

nos. Unos estaban jugando en el patio, otros formando grupos en los ángulos del claustro, otros paseándose y conversando gravemente. Me recosté contra uno de los pretilos de piedra y me puse a mirar arriba. La tarde estaba despejada, limpio el cielo, pero hacía tanto frío, y más frío en el alma que en el cuerpo. No rompí a llorar porque yo era hombre, y tía Nicolasa decía que un hombre no llora aunque se vea con las tripas afuera.

Por fin, un joven, que sería más caritativo que sus colegas, se me acercó y empezó por preguntarme de qué tierra era yo. Le respondí y empecé a mi turno a interrogarlo. A mí dos cosas me importaban ante todo, pero había que descubrirlas diplomáticamente, sin ponerme en ridículo, sin dejar muy a la vista mi ignorancia.

—¿Usted ha estado en el colegio en los años pasados?

—Con éste ya llevo tres.

—Es decir, dos.

—Entre estudiantes hay una regla: año empezado, año acabado.

Y.... ¿usted también es convictor?

—¿Y si nó?

—¿El año pasado hubo muchos convictores?

—Todos, menos los colegiales. ¡Ah! y también los oficiales, pero esos son poquitos.

El aire, que desde medio día no me pasaba de aquí, penetró hasta el fondo de los pulmones.

—¿Y es sabroso ser convictor?

—Lo mismo que ser colegial, es decir, casi. Pero, ante todo, ¿quieres que nos digamos de *tú*?

—Con mucho gusto.

A todas éstas ninguno de los dos sabía cómo se llamaba el otro

—Pues bueno. La diferencia es ésta:

Aquí empezó a llevar la cuenta, tocando sucesivamente con el índice de la mano derecha los dedos de la izquierda.

—Que en misa no quedas en las bancas de adelante; que cuando toquen a reunión de capilla te quedas quietecito en el estudio; que no te sientas en el sofá del Libertador en el aula máxima; ni en el refectorio en la mesa traviesa, y que no representas al claustro cuando tenga asistencia.

Me volví a acongojar. No sólo estudiar aritmética analítica y sintaxis latina, sino vivir oyen-

do hablar griego, aun a los amigos íntimos con quienes úno se tutea. Porque griego, y peor que griego fue aquella explicación para mí. Resolví, no obstante, emprenderla con el segundo problema.

—Y el señor rector, ¿dónde está?

—Estará predicando, o paseando, o en su casa. ¿Para qué lo necesitas?

—Pero, ¿quién nos cuida?

—*Mío caro*, aquí cada uno se cuida. Teniendo uno *monis* y quien le compre el *comiso*....

—Ya sé, pero, ¿quién manda aquí?

—Las constituciones y la lengua de Fray Cristóbal.

—¿Cuál Fray Cristóbal?

—Fray Cristóbal de Torres, el arzobispo que fundó este colegio.

—¿Y la lengua dónde está?

—Mírala, me dijo, y me mostró una campana grandecita colgada de un travesaño de madera en el ángulo superior del claustro.

—Bueno. Pero supongo que habrá necesidad de dar ciertas órdenes, digamos reglamentos; que si úno comete faltas graves lo expulsan. ¿Eso también lo hace la lengua?

—Eso le toca a la Consiliatura.

—¿Quién es ésa?

—Tres viejitos que fueron colegiales hace mil años. De golpe se aparecen, se encierran en el salón rectoral, salen muy serios, y uno es el que las paga.

—Y el rector ¿no regaña?

—A los estudiantes, no; pero en la capilla a veces hace unas prédicas....

—¿Y es bravo?

—Bravo callado.

—Menos malo; pero, ¿cuál es su oficio?

—Él poco se mete con nosotros, pero nos sabe hasta los pensamientos. Lo que tiene es que se hace a veces el ignorante, porque la verdad es que nos quiere mucho y nos tiene lástima.

En esto se nos acercaron otros estudiantes, y supe que los trabajos de la noche iban a empezar, rezándole el rosario a la Bordadita.

Aquí la narración, cuando la más chiquita de las nietas interrumpió diciendo:

—Yo sé quién es la Bordadita.

—A ver, dínoslo.

—Pues es mamá linda, y que la reina la

pintó, y que se la regaló al colegial y que yo tengo que quererla.

—Ven acá, picarona, a que te dé un abrazo por ese discurso tan elocuente. \

Me figuraba yo la capilla un salón habilitado de oratorio: era una verdadera iglesia, tan grande como la de aquí, pero más alta, muy aseada, muy adornada y muy linda. En el centro del altar mayor, en un marco antiguo ricamente tallado y dorado, estaba una imagen de la Virgen del Rosario, descolorida y marchita. La alumbraban dos cirios muy altos, colocados en candeleros de metal. La verdad, que casi no recé. ¡Estaba tan triste! A la salve sí puse las manos e invoqué a Nuestra Señora de todo corazón, y me pareció que la imagen me estaba mirando y sonriéndose conmigo.

El momento peor fue la hora de acostarnos. Entrámos en silencio sepulcral al dormitorio, tan largo, tan ancho, con sus dos filas interminables de camas, todas igualitas. Un joven, que iba delante de nosotros, encendió una bujía larga encerrada en un farolón forrado en una tela verde. Rezó luégo unas oraciones, a que respondimos todos, y nos acostámos. Creo

que a los dos minutos todos estaban dormidos. Yo no. Las camas con los cuerpos inmóviles, se me figuraban dos ringleras de ataúdes; la luz indecisa del farol, las sombras fantásticas que proyectaban las vigas, me daban miedo, y para más horror, mi vecino de la derecha era un muchacho muy gordo, que dormía boca arriba, con los brazos fuéa de las sábanas, con los ojos abiertos como los conejos, y daba de cuando en cuando unos resoplidos!

Un rato después sonó un campanazo, como el que usan en la parroquia para anunciar que un cristiano ha muerto; y otro, y otro, hasta seis. Yo sabía cómo pasaba el tiempo, porque oía cada cuarto de hora el reloj de la vecina torre de San Francisco. Así estuve hasta las doce; después me dormí, pero más me hubiera valido estar despierto.

Soné que estaba en la plaza de mi pueblo, en el momento de salir de misa rezada. Todos los vecinos formaban corrillos, llenos de cordialidad y buen humor. Sonó cerca el redoble de un tambor, y desembocó por la esquina de la plaza un batallón. No eran soldados sino los personajes retratados en el salón rectoral.

A la cabeza iba un general con dos ojitos como cuentas negras de vidrio, y una cara tan colorada como sus pantalones de grana. La vispera le había oído decir a un señor de los que estaban esperando que ese era «Maza, el ángel exterminador de las huestes españolas».

Le pregunté al personero municipal a qué vendrían esos señores; y él, con las manos debajo de la ruana y mascando un cabo de cigarro que tenía en un ángulo de la boca, me respondió con la mayor frescura:

—A afusilarlo a usted.

—¿Qué crimen he cometido? ¿Por qué me van a fusilar?

Y toda la gente que había en la plaza empezó a gritar en coro, con el sonsonete de la escuela:

—¡Por convictor! ¡por convictor!

Traté de correr, pero las piernas me pesaban como si fueran de plomo.

En esas me hallé subido sobre el altar de la capilla. La Bordadita no era una tela sino una imagen de bulto y de tamaño natural. Me prendí del manto de la Virgen y empecé *Dios te salve Reina y Madre*. Ella cogió un cordón de seda y empezó a repicar una campana.

Me desperté sentado en la cama, sudoroso y con el cuerpo tan molido como si me hubieran apaleado. Los demás estudiantes se estaban moviendo ya, y la campana continuaba repicando sin cesar. Era hora de levantarse para empezar tareas.

Quince días después estaba yo en el colegio como en mi casa, feliz en cuanto cabe dicha en este valle de lágrimas.

A medio año, gracias a la crianza esmeradísima que yo había recibido de mis padres, al trato con jóvenes de todos los departamentos de la República, al influjo irresistible de la capital y a las relaciones con dos o tres familias distinguidas, había adquirido todos los perfiles de una perfecta educación social, y podía pasar por bogotano *pur sang*, nacido en casa alta del barrio de la Catedral.

Nos hacen a los viejos el cargo de repetir unas mismas historias. Para no incurrir en él no os contaré una vez más los episodios de mi vida de colegio.

¡Ah tiempos, los más felices de mi vida!

Su solo recuerdo me embalsama el espíritu y me ha servido para llevar con valor las grandes penas de mi existencia llena de luchas y desengaños.

II

Una de las familias con quienes tuve la fortuna de relacionarme fue la del doctor X, paisano y condiscípulo de mi padre y colega suyo, años atrás, en la Cámara de Representantes.

Aunque pertenecían los dos a distintas parcialidades políticas, la buena amistad que los unía no se había resfriado jamás, gracias a la mutua y cordial estimación que se profesaban.

El doctor X, después de haber figurado con honra en la magistratura y la administración públicas, se había retirado de la política batalladora, sin desentenderse por ello de la marcha de los asuntos públicos; y ese retiro, lejos de amenguarle el prestigio, se lo acrecentó entre amigos y adversarios.

Era hombre rico; pero ni ostentoso ni esclavo del dinero; había leído mucho, y digerido las lecturas, pero no hacía gala inoportuna de su saber. Refinadamente culto, con aquel género de buena educación que no lo parece ni se deja sentir, se hacía simpático en sumo gra-

do para sus escogidas y no muy extensas relaciones.

Una sola cosa tenía para mí desagradable: una imperceptible sonrisita burlona que le pasaba a veces como un relámpago por los labios.

Después de la muerte de su esposa, sucedida diez años antes, no pensó jamás en nuevo matrimonio, pero tampoco disolvió su casa. Siguieron haciendo las veces de la madre las hijas mayores, dos esbeltas y hermosas muchachas rubias, tan hacendosas de puertas adentro, como elegantes en las ocasiones, no muy frecuentes, en que asistían a las fiestas mundanas.

Tenían un hermano que estaba estudiando en Europa; y una hermanita, de catorce a quince años, la criatura más linda y agraciada que yo he visto en toda mi vida. Formaba en lo físico, con las mayores, un contraste primoroso. La llamaban, por cariño, Nenita.

—¿Y cómo era? preguntó una chiquilla de doce años que había oído, sin moverse, la relación del abuelo.

—Muy parecida a ti; mejor dicho: tú eres el vivo retrato suyo. Por eso te quiere tanto tu abuelito.

La niña abrió los ojazos, negros y brillantes como los de las Vírgenes de Murillo, y se pasó la mano por la abundante cabellera de ébano, que, a pesar de estar sujeta por una cinta encarnada, se escapaba por todas partes formando rizos.

Después se quedó quietecita para seguir oyendo.

Si mi educación social iba tan bien como os dije antes, no puedo de la intelectual deciros lo mismo. Estaba enseñado a que me obligaran a estudiar, a que me tomaran todos los días íntegra la lección, a que anotaran el resultado cada vez, lo promulgasen todos los sábados, y me premiaran o me castigarán al día siguiente. Ahora ya nadie se me acercaba en el salón a gritarme *estudie*. Si no le respondía al catedrático, él empezaba a explicar de nuevo: nada de notas malas, de castigos por no saber las lecciones. Hasta me asombraba yo de ver tantos jóvenes clavados sobre los libros como si en ello les fuera la vida. ¡Si había quienes se pasaban los domingos estudia que estudia, repasa que repasa!

Además, yo tenía amigos, no muchos ni de

los peores, porque siempre me repugnó la vulgaridad, gracias a Dios; y en Bogotá hay tanto bueno y no tan bueno en qué entretenerse uno los domingos y demás días de asueto.

No era yo lo que se llama en los colegios un perdido; eso no. Ni tenía mal comportamiento, y la prueba es que nunca me encerraron ni me dejaron sin salir los domingos. Pero al fin del año no me calificaron de conducta *óptima*, sino sólo de *buen*, y no obtuve en los exámenes ni un *cinco*: *cuatros* y *treces*, lo estrictamente necesario para seguir el año subsiguiente.

A Nenita no la vi aquel año sino dos veces: el día que me presenté en la casa con la carta de recomendación de mi padre, y el domingo, víspera de mi entrada al colegio, que la encontré con sus hermanas al salir de misa de nueve de la Tercera. Dos días después la pusieron interna en un colegio de monjas, donde había estudiado ya los años precedentes.

Terminó aquel primer año escolar, y me presenté por la noche en casa del doctor X, a pedirle órdenes para mi tierra.

Me enseñaron los premios y medallas que Nenita había recibido en el convento, y me pre-

guntaron por mis diplomas y certificados. Tenía y tengo muchos defectos, pero no el de ser mentiroso. Sin embargo, el Señor me lo haya perdonado, respondí con aplomo que en el Colegio del Rosario no se daban premios. Aquí vi pasar la sonrisita por los labios del doctor. Certificados de examen sí se expedían, claro estaba, pero el secretario del Colegio no me había despachado los míos. ¡Como eran tantos los que tenía que escribir! ¡Oh secretario!, digo ahora parodiando a Madame Roland, ¡cuántos embustes se cohonestan con tu nombre!

Por fin, después de un viaje fatigoso, alcancé a divisar entre los árboles la torre de mi pueblo.

Apreté el paso a mi cabalgadura.

El puente sobre la quebrada.

Al verme, todos se mostraron regocijados en las calles y me saludaron por mi nombre, chicos y grandes, pobres y ricos. Llego a la puerta de casa, oigo un grito:

—Ya está aquí.

Aparecen mis padres y hermanos, radiantes de contento. Los criados se mantienen atrás, esperándome también. Me apeo de un salto y

caigo en los brazos de mis padres que me estrechan a un tiempo.

Después la comida, en mi sitio de antes. Yo tengo la palabra, para contar de la capital y del colegio. ¡Mi postre predilecto!

Por la noche mi alcobita, contigua a la de mis padres, zahumada con alhucema. Y al día siguiente la despertada a las siete de la mañana, no con el esquilón del colegio, sino con un beso de mi madre.

Mientras me bañaba y me vestía, viendo, al través del postigo entreabierto de la ventana, los campos cuajados de rocío, oyendo el mugir del ganado en el corral vecino, pensaba que Bogotá es ciudad horrorosa, con sus calles estrechas, sus empedrados cubiertos de lodo, su falta de aire respirable, el ruido de los carruajes, los gritos de los vendedores de periódicos; que las modas ciudadanas son ridículas y estorbosas, los amigos falsos, las diversiones empalagadoras. Repasaba en la mente el *Beatus ille* de Horacio, que había aprendido a traducir a tropezones, y que ahora entendía y gustaba por la primera vez. Vivir, vivir siempre en el campo; pero que pusieran

la Bordadita en la iglesia parroquial, y que el doctor X se viniera a vivir con su familia a la casa alta de la plaza. †

La voluntad humana, sobre todo en la juventud, es muy variable. A los dos meses ya estaba en Bogotá, hechizado con todo lo que allí se ve y se oye, vestido con esmero, cultivando los amigos, buscando los entretenimientos urbanos. Entré de nuevo al colegio, ya veterano; pero acordándome de mi estreno, traté de endulzarles a los noveles las tristezas de la primera tarde. Si mi aplicación al estudio había sido tan deficiente el año anterior, en este segundo dejó mucho más que desear. Ensanché el círculo de mis amigos; le pedía por semana al acudiente el dinero que antes me bastaba para un mes; logré que muy a menudo fuera a sacarme del colegio en día de trabajo, ya para ir a casa del dentista, ya para probarme un vestido. Tenía tres nuevecitos, fuera del de uniforme, y mis compañeros llamaban a mi baúl el *gran surtido de corbatas*. Me dejé crecer el cabello a modo de tenor de ópera o de poeta despechado.

En las clases poco atendía y no llevaba apun-

tes, y aprovechaba toda ocasión decorosa para eximirme de asistir. En el salón de estudio destinaba buenos ratos a leer, a hurto del vigilante, versos de periódico y novelas escabrosas. ¿No decía el catedrático de retórica que el único medio de adquirir buen estilo es familiarizarse con los grandes modelos? Di también en perpetrar versos. No iban dirigidos a Dios, ni a la Virgen, ni a la patria, ni a mis padres, ni siquiera a Nenita; no eran descripciones de la naturaleza, ni alabanza a la hermosura; no, señor; eran escenas de pesadilla, atrocidades que yo no había cometido ni pensaba cometer, amargas hondas, hastíos y desencantos, y todo con los términos más graciosamente disparatados. Mi obra maestra se titulaba *Rayos de acíbar*. Empezaba así:

En las florestas gélidas, las anémicas lianas
Frenéticas se abrazan con muecas epilépticas;
Con muecas epilépticas, a los dardos violetas del sol.

—¿Eso qué quiere decir? abuelito.

—Hijo, lo mismo me preguntó, en mucha confianza, uno de mis condiscípulos, no iniciado todavía en los secretos de la poesía de enton-

ces. Porque nosotros sosteníamos que el arte no es para el vulgo, y que basta que unos versos le gusten a la gente para que deban tenerse por rematadamente malos.

—Y usted ¿qué le contestó?

—Que en Noruega, cuando llega el invierno, los bejucos que hay en los bosques se empiezan a secar por falta de savia. Personifico los bejucos—lianas—cometiéndolo la figura que llaman los clásicos *prosopopeya*. ¿No has visto que las chamizas secas a veces parecen caras haciendo gestos como los que padecen gota coral? Pues figúrate cómo se abrazarán enloquecidas al ver que se van a morir. Para que la escena resulte más melancólica, la pongo a la hora del crepúsculo. El cielo se tiñe en occidente de colorado, y esa tinta se combina en la retina del ojo con el azul del resto del cielo, y tú comprendes, mezclando rojo y azul sale morado, o violeta, que es lo mismo.

Lo que iba peor era el estudio de álgebra. Desde el primer día, con la enérgica tenacidad de la pereza para no hacer las cosas, resolví que yo no podía aprender aquello. Ni oía las explicaciones, ni cogía en mis manos libro ni

pizarra. Mi conciencia se enfadaba, y yo armaba con ella unas trifulcas! Discutíamos, por lo general, a tiempo de acostarme, y yo la calmaba de pronto con tres soberbias razones. El texto era obscuro: eso nadie lo podía negar; no le da Dios a todos iguales talentos para las diversas ciencias, y yo que tenía facilidad para la literatura, era un asno para las matemáticas; y ¿qué tiene que ver el álgebra con la carrera en que yo pensaba graduarme?

Pasados los asuetos de julio, me persuadí de que no podía presentar exámenes al fin del año. En retórica, tal vez, conversando un poco y supliendo con el desenfado lo que me faltaba; en lógica, acaso me tocara el principio de autoridad, porque si salían las figuras del silogismo.... Pudiera ser que en física me preguntaran lo de las nubes: cirro, estrato, cúmulo. Pero en álgebra ¡Dios santo! Ni sumar A con B.

Empecé a acariciar entonces la idea de salirme del colegio, dejar los estudios y dedicarme a trabajar. Me confirmó en este luminoso proyecto un sermón que le oí al señor rector un domingo en la Catedral. Habló sobre la educación. Reprobó la conducta de los padres

de familia que se empeñan en hacer sabios a sus hijos, aunque carezcan de dotes para los estudios: mi caso con el álgebra precisamente; dijo que el país necesitaba de pocos doctores pero doctos de veras; y acabó afirmando que una nación compuesta sólo de abogados y médicos, sería la más infeliz de la tierra.

Por supuesto que la palabra *trabajar* no representaba para mí ningún oficio mecánico. No faltaba más sino que un joven de mi posición fuera a manejar el hacha o a dirigir un arado. Tampoco entraba en mi plan irme a gobernar algunas de las haciendas de mi padre. Trabajar, pero sin salir de Bogotá. Dependiente o empleado, eso sí no. El que tiene sueldo fijo se acostumbra a él y nunca economiza ni hace capital. Yo me informaría sobre el trabajo de los jóvenes elegantes que solía ver por las tardes en los balcones o formando corros en las esquinas de la calle real.

A principios de octubre, el doctor X me invitó a un examen que iba a presentar Nenita en el convento. Había terminado los estudios que allí se dictaban; la interrogarían sobre todas las materias que había aprendido para dar-

le un diploma de *instrucción suficiente*. Después iríamos a la casa a celebrar tan feliz acontecimiento con una comida de familia. Ya el señor rector había dado el permiso para que yo saliera desde medio día y pernoctara fuera del colegio.

Duré más de una hora vistiéndome y acicalándome, y un cuarto antes de las dos iba bajando la escalera, acabando de calzarme los guantes. Fuera de los demás motivos de contento, tenía el de ver de cerca un colegio de monjas. Yo las estimaba y respetaba mucho, eran unas santas, pero aquello tendría su puntica de ridículo, y la ciencia que enseñaran debía de ser tan elemental y anticuada.

Presenté a la portera mi tarjeta de invitación, convidóme ella cortésmente a que pasara adelante, seguí tras de un caballero y una señora que habían entrado antes que yo; subimos escaleras, atravesámos claustros y pasadizos en direcciones distintas, y llegámos a la puerta transversal de un vasto salón. Frente a la entrada había un dosel de damasco encarnado para el señor arzobispo; a derecha e izquierda sillas de brazos, todas iguales, forradas en va-

quetas de Córdoba, y en ellas canónigos, dos magistrados de la corte suprema, un ministro de estado y otros señores de respeto. A lo largo de la sala varias filas paralelas de silleteros de mimbre, ocupadas por caballeros y señoras; en el fondo, en bancos puestos en anfiteatro, dando la cara al público, las educandas, vestidas y peinadas con la más perfecta uniformidad. Delante de ellas, un espacio vacío, tapiado con una riquísima y antiquísima alfombra quiteña. A la izquierda de ese que llamaremos proscenio, un piano de cola. Las paredes esmeradamente blanqueadas con cal y adornadas con varios cuadros místicos al óleo, de mérito muy desigual.

La religiosa que introducía en la sala, o bien por mis relaciones con la familia X o por el escudo del Rosario que yo llevaba puesto, me señaló asiento en la fila de los personajes. Entré bastante azorado, pero un momento después tomé un airecillo impertinente de protección medio burlona: el del insigne orador parlamentario que se dispone a escuchar el discurso de un alcalde de monterilla; el de un general vencedor que va a presenciar una revista de milicianos.

Una monja viejecita, supongo que la superiora, después de pedir la venia del señor arzobispo para comenzar la fiesta, tocó una campanilla. Se acercó entonces al piano otra monja, joven todavía y no mal parecida, de una blancura mate semejante a la de la plata sin bruñir. Me enderecé en mi silla para ver si sorprendía en el doctor X la sonrisita aquélla. Nada, tan serio como si estuviera presidiendo el congreso.

Desde que la monjita puso las manos en el teclado, sentí que dominaba en absoluto el instrumento. Tocó una sinfonía alemana, difícil en sumo grado y con una maestría, como yo nunca había oído en los salones. Unas señoras dijeron en voz baja que la pianista era una señorita de ilustre familia, educada en Europa, y que en el mundo era tenida por artista consumada. En seguida un grupo de niñas cantó perfectamente un himno religioso, a dos voces. Si hubiera tenido yo un espejo al frente, me habría asombrado del cambio de mi actitud y expresión.

Pusieron un asiento en mitad del espacio libre; Nenita se levantó de su puesto, se santi-

guó rápidamente, y vino a sentarse en el banco a aquel. No parecía cortada, ni presumida tampoco; tenía la naturalidad que es signo de la perfecta modestia que se ignora a sí misma.

Empezaron a preguntarle sobre religión. Al principio cosas que yo sabía muy bien; pero después habló de libros protocanónicos y deuterocanónicos del antiguo testamento, los enumeró, dijo sus autores ciertos o probables; explicó por qué los tres primeros evangelios se llaman sinópticos, y sobre qué versan las epístolas canónicas de Santiago, san Pedro, san Juan y san Judas. Yo me sentía desazonado y nervioso.

Otra monja la mandó pasar al tablero. Rogó a uno de los señores que le dictara una frase a la niña. Ella fue escribiendo en correcta y elegante letra inglesa. ¡Y yo que mandaba tarjetas con recados, de mi letra torcida e infernal, a la casa del doctor X! Nenita analizó la frase lexicográficamente; a propósito de un relativo que se halló, explicó el empleo del pronombre *que*, y cuándo su uso es galicado. Pasó, por insinuación de la maestra, a los del gerundio, y luego al significado alegórico de los tiempos

del verbo. No había aprendido yo en el colegio de mi pueblo sino un epítome de gramática, que mi preceptor calificaba de *curso segundo de castellano*.

Hizo Nenita con una oración francesa que le dictaron, lo que había hecho con la española; tradujo de aquel idioma a éste, y en seguida empezó a escribir en francés lo que uno de los concurrentes le iba diciendo en nuestra lengua. De cuando en cuando la monjita le decía: *fíjese*; ella se detenía un momento, movía la cabeza en señal de afirmación, borraba rápidamente, volvía a escribir y explicaba en qué había consistido el error. La examinaron sobre otras materias, hasta que la superiora, mirando un papel que tenía delante, dijo: álgebra.

—Pase al tablero, dijo otra monja. Si dos números p y q (de signos cualesquiera) sustituidos en lugar de X ...

De lo demás de la función poco me acuerdo. Creo que hubo recitaciones y diálogos y música y distribución de premios. Yo estaba anonadado, como un pobre infeliz que va en busca de un tesoro y se halla en la mitad del camino con un río caudaloso, sin puente y sin

barca. Había aguardado aquel día como uno de los más felices, y ahora me provocaba decir que me sentía muy mal, y no habría mentido, e irme al colegio y encerrarme en el calabozo y pasar en él la noche sin comer y sin cama en qué acostarme.

Al llegar a la casa apenas logré disimular mis impresiones. En la comida Nenita me dio el golpe de gracia. Le preguntaron si se había asustado mucho.—Algo, eso es tan natural. Pero le había pedido tanto a Nuestra Señora en la comunión de la mañana, y además las madres le habían mandado que no tuviera miedo. A ella no le intimidaban mucho el señor arzobispo y otros caballeros, porque están acostumbrados a oír exámenes de niñas, y tampoco se fijan mucho. Lo que más la había cortado era yo, que tenía todo tan presente. ¡Cómo me habría parecido de infeliz su examen, estando en vísperas de ser bachiller del Colegio del Rosario!

Pasé la noche en casa de mi acudiente, sin dormir, cavilando y resolviendo. Mi conciencia ya no discutía conmigo, antes me ayudaba a pensar. Lo que era el álgebra, eso ya no tenía

remedio por aquel año, pero en las otras clases era preciso obtener el número cinco. Para ello estudiaría el mes que me quedaba, como loco, sin descanso, aunque me costara la vida. ¡Cuánto mejor morirme que dejar de presentar exámenes o que perder todos los cursos de aquel año!

Como lo dije, lo hice. Aquel mes se pasó como un relámpago. Llegó el 31 de octubre, antevíspera del día en que comenzaban los exámenes. ¡Qué distante estaba yo esa mañana de sospechar lo que me esperaba, y el nuevo curso que iba a tomar mi vida!

III

Me acuerdo de aquel día como si hubiera sido ayer. Subimos al salón de estudio, después de la recreación que seguía al almuerzo. Acababa de sentarme y de abrir el texto de física, cuando se me acercó un superior y me dijo al oído que el señor rector me esperaba en su cuarto. Era la primera vez que me sucedía, y mi conciencia tenía mucho de qué acusarme.

Fui, no muy tranquilo, a donde me llamaban. El rector me recibió más afable que de costumbre, y me hizo sentar a su lado en un sofá.

—El doctor X me ha pedido permiso para que usted pase el día en su casa. Ha recibido noticias penosas de la familia de usted, y desea que conferencien juntos sobre lo que deba hacerse. Quizá llegue para usted el caso de poner en práctica lo que oyó en las pláticas del último retiro sobre la fortaleza cristiana.

Quise preguntar qué había sucedido, pero no me atreví, no por cortedad, sino porque no quería saber *todavía* la desgracia que me estaba amenazando. Me levanté, y el rector, contra su costumbre, me alargó la mano y estrechó con cariño la mía.

Salí sin mudarme ropa, y llegué a la casa del doctor. Allí, delante de sus hijas, con paternales miramientos, con las inútiles precauciones acostumbradas, me dio al fin la tremenda nueva: ¡mi padre había muerto!

La voz del doctor X temblaba al decírmelo, y al añadir algunas palabras de simpatía y consuelo; las niñas tenían los ojos llenos de lágrimas; sólo yo no lloré; sólo yo no tenía, al

parecer, dolor alguno. Acababa de recibir un golpe que entorpeció, junto con el de la sensibilidad, el ejercicio de mis demás facultades. Después de un cuarto de hora de penoso silencio, pregunté detalles sobre mi desgracia. La muerte se supo inmediatamente por un telegrama, pero el doctor no quiso anunciármela antes de la llegada del correo, para no juntar con mi pena la incertidumbre sobre cómo hubieran sucedido las cosas. Me entregó una carta de mi hermano mayor, que me informó de todo.

La enfermedad había sido muy corta. Mi padre había recibido los últimos sacramentos con fervor, y había dictado sus postreras disposiciones con serenidad y lucidez de espíritu. En los últimos años había emprendido negocios de exportación; las sumas obtenidas estaban depositadas en una casa suramericana de París, que acababa de suspender pagos. Se ignoraba aún la extensión del desastre, pero no sería imposible que estuviéramos totalmente arruinados. Yo debía venirme de Bogotá lo más pronto posible, tanto para consolar a mi madre como porque no era posible seguirme sos-

teniendo y pagando pensiones escolares en la capital.

Esta carta me dejó tan frío como la primera noticia. Por la noche no dormí un instante, pero no estaba inquieto; al contrario, en una paz y serenidad completas. Sólo me atormentaba la idea de que yo no estaba sintiendo la muerte de mi padre. Por la mañana, cuando al peinarme me miré al espejo, me asombré del estrago que aquel dolor latente había hecho en mi rostro.

Los preparativos de viaje se hicieron en dos días; y al tercero, víspera de mi viaje, fui al colegio a recoger mis útiles y a despedirme del rector. Elegí la hora de la tarde en que todos los alumnos se hallaban en estudio. Encontré ambas puertas de par en par, y el conserje había entrado a su cuarto. Estaba el claustro desierto y silencioso. Sólo las golondrinas que abundaban en los aleros triscaban y revoloteaban en el patio. Mientras alguien parecía, me puse a dar lentamente la vuelta al claustro bajo. Al llegar al costado de la capilla, me provocó verla por última vez. Abrí la puertecilla que daba al pie del presbiterio,

entré, volví a cerrarla sin ruido, y me arrodillé en la grada superior, apoyado en la baranda del comulgatorio, para rezarle una salve a la Virgen.

Entonces sentí que me quitaban un velo de los ojos del alma y me aliviaban del peso que me oprimía el corazón y vi y palpé en toda su realidad mi horrendo infortunio. Se me presentó la dulce fisonomía de mi padre, sobre todo al abrirme los brazos el día de mi llegada; mi pobre madre viuda, huérfanos mis hermanitos; sin jefe el hogar, desocupada la cabecera de la mesa, abandonado y solo el escritorio. El espectro de la miseria tocando a las puertas de mi casa; y mientras tanto yo había perdido el año, le había hecho gastar a mi pobre padre sumas considerables, sin provecho alguno. Yo era un ingrato, un mal hijo, un ladrón del pan de mis hermanos menores. En castigo de Dios, mi carrera quedaba truncada, y mis pobres ilusiones, el afecto purísimo a aquella criatura angelical, sacrificados para siempre. Y como lo sensible, lo presente impresiona más que aquello que no se ve, aunque lo primero sea de menor impor-

tancia, lo que me acongojaba más era despedirme del colegio. Volví la cabeza para ver mi puesto en los escaños. Otro lo ocuparía al año siguiente, y se sentaría en mi lugar en el estudio y en el refectorio. Adiós, capilla; santa imagen de Nuestra Señora, retiros, paseos, fiestas del colegio, compañeros y amigos del alma, adiós y para siempre!

Prorrumpí entonces en desconsolado y copiosísimo llanto. Y lloré sin intermisión por largo espacio, dejando empapado en lágrimas el mantel de lino que pendía de la barandilla del comulgatorio.

¡Oh! ¡si la Bordadita quisiera socorrerme! Ella era mi madre del cielo, todo lo puede con su intercesión. Pero, ¿cómo? Se necesitaría un milagro, y Dios no hace milagros sino en favor de los buenos, y no de un perdido, de un mal hijo. Si yo tuviera mucha fe, la que trasladada los montes, tal vez. Pero no la tenía. Había yo rezado muchas veces, pero no había orado nunca; propósitos buenos no me habían faltado, pero no como el que hice entonces; cualquiera que fuese la suerte que me aguardara, cumpliría con mi deber, con la ayuda

de Dios, sin que me detuviera ningún sacrificio, por doloroso que se pudiera suponer. La plegaria del corazón y la firme resolución que tomé me serenaron; enjugué las últimas lágrimas y salí al claustro. Se estaba paseando en el patio, con un libro abierto en la mano, el colegial que cuidaba mi dormitorio. Me abrazó y me dijo alguna frase de pésame. Con él arreglé la entrega de mis útiles, y pasé a despedirme a la casa rectoral.

Hambre y sed de cariño, de lástima, sentía en mi espíritu. Acaso hallara una y otra cosa en el rector. Me recibió sin ninguna muestra particular de afecto, pero con muchas consideraciones; casi, diría yo, con respeto. Diome el pésame por la pérdida que yo había sufrido, hizo de mi padre un elogio que le agradecí, y añadió luego:

—Usted es hombre, y comprende las responsabilidades que van a pesar sobre usted en lo sucesivo.

Entonces, en un arranque de sinceridad, propio de mi carácter, le expuse al rector la tremenda situación en que me hallaba, me fui resbalando por ese camino y le dije mis pe-

sares, y luégo, casi me confesé con él abriéndole el corazón y dejándole ver mis remordimientos. En suma: que le repetí, pero sin llorar, mucho de lo que había pensado media hora antes, a los pies de la Bordadita. De un solo pesar no le hablé: del que nacía de aquel sentimiento que tenía yo guardado en lo secreto de mi alma; tan bien guardado, que no lo sabían, no lo adivinaban siquiera, a pesar de mi genial franqueza, ni mis amigos más íntimos.

Toda aquella confesión se la iba haciendo al rector, sin esperar de él cosa alguna; sólo por satisfacer la necesidad de expansión, tan apremiante para toda alma que padece, pero en especial para la mía. Hablaba yo con facilidad de expresión que nunca había tenido, tal vez con elocuencia: no la de los libros, la aprendida, la artificial, sino la del corazón, la espontánea, la verdadera. Al concluir mi desahogo me preguntó el rector, como si se tratara de la cosa más natural del mundo:

—¿Por qué no pide usted una beca para el año entrante?

—Porque he sido muy vagamundo, y desagradecido, y malo.

—Usted sabe que las becas se dan por oposición; entre los que las solicitan, se prefiere el que tenga mejores condiciones. De pedir nada se pierde. Y si usted logra interesar en su favor a la Bordadita....

No me acuerdo si le di las gracias; creo que no. Al salir me acompañó hasta la primera grada de la escalera; y respondió al último saludo que le hice al bajar el tramo superior, quitándose el bonete.

No os describiré mi llegada a casa, ni las tristezas que siguieron: esta relación tenía por objeto entretener a mis nietos, no afligirlos; y ya ha habido llanto en unos ojitos negros que yo sé. En los últimos días de enero recibí un telegrama dirigido a mí. Abrílo en presencia de todos con alguna emoción.

—Es de Bogotá. Fecha de ayer:

«Saludámoslos afectuosamente. Beca conseguida. Véngase.

«Amigo, X».

Aquel año obtuve el primer premio entre los oficiales, y fui exento de presentar examen en álgebra; lo que significaba que, a juicio del catedrático, yo era el mejor discípulo de la clase.

Pero no vine a vacaciones, sino que me concerté por dos meses en un almacén, ganando un sueldecillo que me alcanzaba para pagar la mesa en una fonda muy modesta, pero dirigida por gentes honorables y afectuosas.

En marzo siguiente, principio del último año que yo había de pasar en el Rosario, me hallaba un sábado por la noche reunido con cuatro de mis camaradas en el salón de estudio. Vestíamos uniforme, sin escudo, y no estábamos en nuestros pupitres estudiando, sino en pie, formando grupo junto a la plataforma del vigilante, a la sazón vacía, y parlando con animación, pero en voz baja. El resto de los estudiantes, también de traje de ceremonia, se hallaban dispersos en el claustro bajo, paseando y conversando. En los corredores altos los catedráticos, y varios señores de fuera estaban en la actitud del que aguarda el principio de una fiesta. Desde nuestro sitio alcanzábamos a ver el aula máxima, abierta de par en par y profusamente iluminada.

Tocaron la campana grande; se hizo un silencio profundo; alcanzamos a oír las pisadas de la comunidad al subir la escalera; después

la campanilla del rector, el rumor de la voz del secretario. Se presentaron en la puerta del estudio dos caballeros jóvenes, que habían sido colegiales y recibido en años anteriores, en el colegio, el grado de doctor en filosofía y letras. Uno de los dos era mi catedrático de retórica.

—El señor rector nos ha conferido el honor de comisionarnos para conducir a ustedes.

Seguimos formados en pos de ellos, y llegamos a la puerta del aula. La tengo delante de los ojos; veo la elegante arquería que la dividía en dos largas naves paralelas. En las paredes, las imágenes de los rectores, de cuerpo entero, con las ropas de su dignidad. A la derecha el solio, adornado con el retrato del fundador; y a su sombra la cátedra rectoral, elevada varias gradas sobre el piso. El rector, con beca blanca cruzada sobre el pecho, tenía a sus lados al vicerrector, y a los conciliarios. En sillas de madera tallada y formando semicírculo a los costados del solio, los catedráticos del colegio. En la otra nave, los estudiantes en sus bancos; delante de ellos una fila de silletas para los caballeros invitados por nosotros.

Al vernos entrar, el rector se descubrió la ca-

beza y se alzó de su asiento, y todos lo imitaron. Era el honor que tributaba el colegio a los que iban a ser, en breve, parte integrante de su sér. Saludámos y nos postrámos de rodillas en la última grada de la cátedra. Uno de mis compañeros leyó en latín, con voz clara y solemne, la profesión de la fe. Al levantarnos, el rector puso la mano sobre el libro de los evangelios, encuadernado en terciopelo rojo, con labores de plata sobrepuestas, y nos preguntó:

«Juráis a Dios profesar la fe católica, obedecer la constitución y leyes de la República, conservar nuestros venerados estatutos, y enseñar, llegado el caso, la filosofía según la mente del angélico doctor santo Tomás de Aquino?»

Y todos cinco, instruídos de antemano en la significación y alcance de la promesa que se nos pedía, pensando en Dios que nos estaba oyendo, extendimos las manos derechas y respondimos en coro: sí juro.

Uno de mis colegas leyó un breve discurso de agradecimiento por la merced recibida, y al punto el rector, después de darnos el parabién, nos entregó los diplomas de colegial de número del Colegio Mayor de Nuestra Señora del

Rosario. Nuestros padrinos nos pusieron el escudo, bordado sobre tela de plata; recibímos el abrazo del rector, de los superiores y de los demás colegiales, y fuímos a sentarnos en un enorme sofá, antiquísimo, de estilo imperio, que perteneció al libertador Bolívar. Es el puesto de los hijos del colegio en las reuniones de la comunidad.

Volvió a sonar la campanilla para dar fin a la solemnidad; los estudiantes salieron en formación y los nuevos colegiales nos quedámos, para recibir las felicitaciones de nuestros parientes y amigos. El doctor X me recibió en los brazos, y me dijo que aceptara aquella demostración en nombre de la santa memoria de mi padre.

Ya en el claustro, un condiscípulo que sabía mis aventuras del primer día de colegio, me dijo:

—Te felicito: ya no eres convictor.

—¿Sabes que lo siento mucho?

—¿Por qué? hombre de Dios.

—Porque en el Rosario duele todo lo que se pierde, aunque se reemplace con otra cosa mejor.

Aquí, hijos míos, diré como los novelistas

cursis: han pasado varios años. Escena: en casa del doctor X; hora: las seis de la tarde; ocasión: una segunda comida en familia para celebrar un grado; no de instrucción suficiente, sino de doctor en una de las facultades universitarias de Bogotá. Por la mañana, después de comulgar en la capilla y desayunarme, con el rector en la mesa traviesa, había presentado mi examen general; y el ministro de instrucción pública me había conferido el anhelado título.

Fuimos a la mesa. Los comensales eran el doctor X; las dos hijas mayores con sus maridos, el hijo recién llegado de Alemania, Ninita, que ya no era una niña de catorce años, sino una alta y elegante señorita que hacía en la casa las veces de sus hermanas; los dos rectores: el de la facultad y el del Colegio del Rosario, invitados por el dueño de casa, con ánimo de obsequiarme a mí; y, por último, el nuevo doctor, vuestro servidor afectísimo. Quedé en medio del rector del Rosario y de la mayor de las señoras, y casi frente al dueño de la casa. A los postres sirvieron una copa de champaña. Me puse de pie con ella en la ma-

no y brindé por el doctor X, «que había sido para mí un segundo padre, y por su respetable familia, que me endulzó, en momentos aciagos, las penas de la orfandad». Ya iba a beber, cuando vi que el doctor X me miraba de cierto modo, y que pasó como un relámpago la sonrisita burlona por sus labios. Entendí, bajé la copa y, después de brevísima pausa, agregué: «y por los dignos rectores, a cuya dirección debo haber coronado mi carrera».

Al sentarme, el rector del Rosario me dijo:

—Gracias, por mi parte. Pero al brindis le faltó todavía otra cosa.

—¿Cuál? señor doctor.

—Usted ha mencionado a los que le ayudaron a graduarse, y ha olvidado a una personita que tiene más parte que los rectores en el triunfo alcanzado.

—¿Cómo lo sabe usted?, le pregunté admirado.

El, imitando el acento provincial de mi primer conocido de colegio, me respondió:

—Porque, aunque el rector poco se mete con nosotros, nos sabe hasta los pensamientos.

—¿Eso también lo sabe usted?

—También. Me ha oído que poco simpatizo con la literatura que llaman psicológica, pero dentro de usted ha pasado un dramita, que, no por íntimo y casero deja de ser interesante.

—Y esta noche estamos en el desenlace.

—Le falta una escena.

—No me ocurre cuál pueda ser.

—Piénsela. Me gustaría que fuera alguna que yo, como sacerdote, pudiera presenciar y bendecir.

Y con esto se acabó mi historia, y las niñas se van a dormir porque ya es de noche.

La mayorcita, sin darse por entendida del mandato, preguntó:

—Y Nenita ¿qué se hizo?

—Pregúntaselo a tu abuelita.

Esta última, que había estado oyendo desde el principio, sin meter baza, inclinada sobre su labor, levantó la noble faz, en que aún quedaban muchas huellas de la antigua hermosura, y miró con intenso cariño a la nietecilla. Esta la contemplaba de hito en hito; de repente saltó sobre las rodillas de la anciana, y abrazándola efusivamente, exclamó radiante:

—¡Madre abuela es Nenita!

Cuando pasó aquella borrasca, la más chiquitina de las nietas se fue acercando muy despacio, y, tirando a la abuelita de la falda, le preguntó:

—¿Todavía es sumerced tan sabia como cuando estaba en las monjas?

COLEGIAL.

1905.

BLANCO Y NEGRO

ME dice el rector que usted ha cometido una falta muy grave. Ha insultado a un condiscípulo, ha quebrantado con eso las constituciones, ha dado mal ejemplo a los demás. Lo que usted ha hecho merecería expulsión; y el doctor, sólo por consideraciones con su mamá....

—Pero, papá, yo no puedo dejarme posponer injustamente, y menos de un....

—¿Qué injusticia le han hecho?

—Que soy el mejor estudiante del colegio entre los convictores, y le han decretado el primer premio a Matías Andrade, un mulato, que no sabe ni la mitad de lo que yo.... En el Colegio del Rosario prefieren a los de fuera; los

bogotanos somos mirados poco más o menos; y lo que me irrita más es que ese... tenga el mismo apellido que yo. En la lista llaman: Andrade Alfonso, Andrade Matías; y los estudiantes recién llegados me preguntan si somos hermanos.

—Pero, ¿qué tal es ese joven?

—Un hipócrita. No alza la cabeza del libro, no conversa en las formaciones, da su lección al pie de la letra, y les alza los fuelles a los superiores.

—¿Le sabe usted algo malo para calificarlo de hipócrita?

—Precisamente malo, no. Pero es tan anti-pático. Y, sobre todo, ¿por qué le dieron el premio, cuando yo era mejor, muchísimo mejor que él?

—Confiesa usted que él no levanta la cabeza del libro, ¿y usted?

—Papá, es imposible estarse horas enteras estudiando, como si fuera úno máquina.

—El no interrumpe el orden, según dice usted.

—Pero yo no tengo vocación de monja, para estarme como una tumba día y noche.

—El es respetuoso con los superiores.

—Y yo también, siempre que no me hagan injusticias.

—Muy bien. ¿Y a todos los bogotanos los tratan mal en el colegio?

—A todos, no. A uno que otro le va bien. Rodríguez es pasante; a Sánchez le dieron la colegiatura; a Hernández le han nombrado....

—Vea, hijo. El rector me exige que usted le dé satisfacciones a ese joven Andrade. Usted resolverá. No me diga todavía sí ni no. Lea primero este manuscrito.

Y sacó del estante un legajo, ya amarillento, que puso en manos de Alfonso.

El, con desgana primero, con interés después, leyó lo que sigue:

I

—Por tal de que sumerced no vuelva a llorar, le prometo dejar todo eso. Le empeño mi palabra de hidalgo y de santaferneño; se lo juro por el alma de mi padre que esté en gloria.

Fernando pronunció aquellas palabras con calor nacido de lo íntimo del alma, doblada una

rodilla ante su madre. La señora estaba sentada en una silla baja, de alto espaldar tallado; vestía un traje negro de seda, angosto, cerrado hasta el arranque del cuello, con el talle casi debajo de los brazos, con manga corta y sin adornos. El peinado menos alto y complicado de lo que se usaba entonces, zarcillos de oro que le descendían hasta los hombros; no tenía otras joyas y adornos, excepto un rico anillo de esmeralda en el dedo de la mano izquierda: el anillo de bodas.

Aquello sucedía en el cuarto de costura, la recámara, como se decía entonces, de la casa de doña Clemencia Ley de Andrade, viuda hacía cinco años de don Alvaro Andrade y Aros-tigoitia, empleado de rentas del virreinato.

El aposento era grande y cuadrado; el suelo cubierto de estera de esparto, grueso, de empleas de una cuarta de ancho. Las paredes, blanqueadas con yeso, estaban cubiertas, en la parte inferior, hasta vara y media de altura, de un friso, tela de lienzo socorrano pintada al temple, con frutas y flores de tamaños y colores imposibles. En una testera había una virgen de Vásquez, con marco de carey incrustado de hue-

so; en los lados, a izquierda y derecha de la puerta, dos consolas doradas; al frente, un inmenso sofá forrado en damasco amarillo; sobre una de las consolas un reloj de caja, con ruedas de madera; en los ángulos, mesas triangulares con sendos cajones de cristal, que encerraban imágenes del niño Dios: uno acostado entre las pajas del pesebre, otro sentado en una sillita primorosamente labrada y dorada.

Muchas veces, repuso doña Clemencia, me ha prometido usted lo mismo; otras tantas he dado entrada a la esperanza, y después he tenido que renovar el llanto y sentir que el corazón se me hace añicos. ¡Ah! si Andrade estuviera vivo....

—Si mi señor padre viviera, me azotaría, como es de justicia; pero no me haría mejor por eso. No sé, madre, cómo soy yo: la dureza y el rigor no me tocan la voluntad; las lágrimas y el cariño hacen de mí cuanto quieren. Estoy dispuesto, señora, al sacrificio que sumerced exija para darle señales de mis buenos propósitos. Pida sumerced, madre.

—Si lo que usted dice es sincero, como tengo derecho de esperarlo de la honrada sangre

que le corre a usted por las venas, me lo demostrará usted vistiendo una beca de colegial, en uno de los reales colegios de esta ciudad.

Fernando sintió un frío glacial que le penetraba hasta el alma. Había estudiado latinidad con un su tío, don Tadeo Collantes, racionero más tarde de la catedral de Cartagena. Pero hacía tres años que tenía cerrados los libros, y se había entregado, en asocio de otros mozos de su edad, a una vida de disipación, galanteos y juegos. La propuesta de su madre implicaba dejar los camaradas, los cortejos, los saraos; reemplazar el traje elegante por la hopa y la beca; el sombrero blanco de copa por el bonete negro; la libertad, por la disciplina; los divertimientos mundanos, por el estudio árido y sin atractivo.

—No ocultaré a sumerced que lo que exige de mí envuelve un doloroso sacrificio; pero mi palabra está empeñada, y no será un Andrade y un Ley quien falte a ella. ¿A qué colegio quiere enviarme sumerced?

—Al del Rosario. En él se educó el padre de usted; en él se graduó el mío, después de estudiar medicina con el padre Isla. Además, us-

ted conoce nuestras relaciones con los Guzmanes Monasterios, que han sido benefactores insignes, y son dueños y señores del colegio de muchos años acá. Y el señor oidor don Juan Jurado, leal amigo de Andrade, me ha prometido intervenir en favor de usted, en el caso que pretendiera la colegiatura.

Sonó desde el fondo de la casa una campana; un momento después el reloj crujió larga y laboriosamente, y dio por fin la una.

—A comer, hijo, exclamó doña Clemencia echándose sobre los hombros el pañolón de seda de largos flecos.

En ese instante se presentaron en la puerta del aposento las dos niñas, Pilar y Consuelo. Tenían los rubios cabellos partidos en dos por una raya, sujetos detrás de las orejas por una cinta negra, y terminados en dos trenzas que caían por la espalda. Vestían trajecitos de percal azul, sin adorno alguno y que les llegaban a los pies: la mayor, ya una señorita, correctamente calzada; la menor, con zapatos de cordobán, sin medias.

Entraron al vasto comedor, situado en el segundo patio de la casa. Era un piezón oscuro,

de suelo enladrillado, sin más muebles que un aparador cerrado por puertas de celosía rojas y doradas y un tinajero con una vasija enorme de losa de natá, que dejaba rezumarse cada medio minuto una gota de agua que caía haciendo *pap*, en una artesa de madera.

En la testera principal, un cuadro, muy oscuro, en que se adivinaba, más que se veía, un crucifijo, con los brazos muy abiertos, la cabeza inclinada.

—Bendiga sumerced, madre, dijo Fernando.

—Benedicidnos, Señor, a nosotros y a estos dones que vamos a recibir de vuestra divina munificencia, por Cristo, Nuestro Señor, amén.

Sentáronse: la señora a la cabecera; a la derecha, Fernando; a su lado, Consuelo; enfrente, Pilar.

Servía a la mesa un negrito, de trece a catorce años, brillante como azabache, de pelo hecho una pasa, ojos vivos, fisonomía inteligente y traviesa. Vestía calzoncito de manta, camisa de lienzo socorrano, ambas cosas limpiísimas; iba descalzo y tenía una argolla de tumbaga en la oreja izquierda.

—Sabrán mis hermanitas.... ¿Se puede contar,

madre? ¿Sí? Pues sabrán ustedes que su hermano mayor va a entrarse tomista, colegial de Nuestra Señora del Rosario.

Consuelo abrió tamaños ojos, enarcó el labio superior, como un interrogante vivo. Pilar miró a su madre, con aire de inteligencia y satisfacción, como quien dice: por fin triunfamos!

La chiquita prorrumpió entonces a reír, con la risa pura, armoniosa, que era uno de sus mayores atractivos.

—¿De qué ríes, tontilla? le dijo Fernando tomándole delicadamente la oreja y haciendo ademán de tirársela.

—De figurarme a mi hermano mayor con hopa y bonete de dos picos.

Comentóse alegremente el asunto; el negrito Gaspar trajo agua para las manos; doña Clemencia rezó devotamente el padrenuestro y la oración de la sábana santa, por las benditas ánimas del purgatorio, y se levantaron de la mesa.

Un mes más tarde y una hora después de comer, salieron de la casa la señora y Fernando; cruzaron de sur a norte las tres calles reales, torcieron a la derecha, y a los veinte

pasos, entraron a una casa situada a la misma mano.

Atravesaron el ancho zaguán, y la señora tocó discretamente en el trasportón. Abrióse la hoja, haciendo rechinar la garrucha de madera de donde estaba pendiente, de un lazo de cuero, una piedra, envuelta en una mochila de vaqueta. Apareció, sosteniendo la puerta con la mano izquierda, y quitándose con la derecha el gorrito de pana, e inclinándose respetuoso, un mozo como de diez y ocho años, con hopa y escudo, pero sin beca ni bonete. Era el familiar, destinado a servir al señor rector.

—¿El señor rector está en casa?

—Siga vuesamercéd; su señoría está durmiendo la siesta, pero no tarda diez minutos en levantarse.

Subieron la escalera de piedra, situada a la derecha, llegaron a un ancho corredor de arquería, que se prolongaba larguísimo a la izquierda hasta el extremo oriental del claustro mayor, y entraron a la sala, amueblada con severo y exquisito gusto, en sofás y sillones, en consolas y cortinas y alfombra. No rompían la armonía artística del conjunto sino frutas de

pauche, de vivos calores, muñecos de cera, pantallas de bordados vulgares, pero simpáticos, regalos de las monjas al señor canónigo, y varias papayas, mezcladas con caracoles marinos, tirados debajo de las mesas.

En el aposento se percibía un olor *sui generis*, mezcla de rapé de Jamaica, de zahumero de alhucema e incienso, de las frutas maduras regadas debajo de las consolas doradas.

Doña Clemencia se sentó en un sillón al lado de la puerta por donde habían entrado; Fernando se quedó en pie, con el sombrero de copa alta, color de perla, en las manos.

Momentos después se abrió la mampara de vaqueta situada en el lado izquierdo del salón, y apareció la figura del señor rector, doctor don Andrés María Rosillo y Meruelo.

Era un hombre de cuarenta y cinco años, de estatura algo más que mediana, de pocas carnes, enjuto de rostro, ojos vivos e inocentemente traviosos, recta y bien formada nariz, labios delgados, graves y afables. Vestía sotana de paño de san Fernando, suelta, sin talle, ni botones, ni mangas, rodeada en la cintura de ancha faja morada que empezaba a desteñirse con

el uso. Por dos escotaduras del vestido talar, que arrancaban de los hombros, asomaban las mangas de terciopelo negro de la chaqueta, terminadas en puños de lino blanco bordados, cerrados con un botón de oro, del cual pendía una borla de seda negra con múltiples flucos, atados con hilos dorados. Calzaba el señor rector botas de media caña, y cubría la cabeza con gorro negro de estambre de seda, muchas veces replegado y terminado en punta. Cuando comenzaba a hablar, se advertía en su voz cierta aspereza, algo de acento provinciano, pero más adelante iba tomando las formas más exquisitas de gentileza y ciertos dejos de hechicera dulzura. X

—¿Quién vino? ¡Mi señora doña Clemencia! ¿a qué debo el honor de ver a vuesamerced en esta su casa? Siéntese vuesamerced.

—He venido a dar las gracias a usía por la merced de la colegiatura que ha concedido a mi hijo, aquí presente. Si él sabe corresponder al valor recibido, como lo espero de su sangre y de la palabra que me ha empeñado, deberá el lustre de su carrera, después de Dios, a la fineza de usía, a las recomendaciones del señor oidor....

—Ni a los señores oidores ni a mí debe vuesamerced cosa alguna; la colegiatura ha venido al señor don Fernando de su información de méritos. Sabe, señora, que acá se dan las becas por oposición, y los señores consiliarios las adjudican al más digno. Los señores oidores son respetados, como su puesto lo merece, pero en el régimen del colegio no tienen intervención alguna, y quizá no esté lejano el tiempo.... en fin, yo me entiendo. El primer domingo de septiembre se abren solemnemente los estudios; convendrá que el señor don Fernando esté aquí la víspera; por la noche se recibirán los nuevos hijos del claustro, y a él con los brazos abiertos.

El primer sábado de septiembre llegó Fernando a la portería, seguido de un mozo de cordel que llevaba a cuestras la cama de madera de altas barandillas y el tendido hecho un rollo sujeto por una cuerda de fique; y del negrito Gaspar, que conducía en una grande arca, adentro de mimbres, afuera de cuero sin curtir, la ropa y demás chirimbolos del colegial futuro.

Presentó al portero la orden de admisión fir-



mada por el rector, subió la escalera, tomó el corredor hacia el sur, y penetró al último cuarto, contiguo al aula de teología. El aposento era angosto hacia el corredor, largo hacia el fondo.

Hallóse Fernando con otros dos mozos, colegial el uno y estudiante de jurisprudencia; con victor el otro, alumno de latinidad, de cachifa, como decían entonces. Colocó su cama frente a la del abogado futuro, a la cabecera de la del presunto latinista. El ángulo que se quedó vacío de lecho, estaba ocupado por un fogoncillo de adobes, y teñido, hasta las viguetas descubiertas del techo, por una gruesa capa de hollín.

Ayudado y dirigido por su camarada el colegial, Fernando tendió su cama, entregó ropa y libros a los familiares encargados respectivamente de tales particulares; salió del cuarto y se reunió, al arranque superior de la escalera, con varios estudiantes, instalados de antemano en el claustro.

Pasó el negrito Gaspar, con la petaca ya vacía al hombro, y dio involuntariamente un golpe a Fernando. Este, aunque disipado, no era

cruel, ni tenía mal corazón, estaba acostumbrado en su casa a ver tratar con cariño y consideraciones a los criados y esclavos; pero el amor propio, el respeto humano, el anhelo por darla de gran señor ante sus futuros condiscípulos, le impelió a dar al negro un violento puntapié, que lo echó a rodar, con arca y todo, hasta el descanso de la escalera.

Satisfecho de su hazaña, iba a volver a mirar a los demás mozos para conquistar de ellos un aplauso, cuando sintió tras sí un murmullo de protesta.

—¡Eso no se hace!

—¡Lucidos estamos con semejante camarada! Ya medio corrido, Fernando prorrumpió:

—¡Son tan torpes estos negros!

—Aquí no son de recibo esas proezas.

—Se conoce que usted no ha sido discípulo de José Félix de Restrepo; en sus lecciones habría aprendido que todos los hombres somos iguales.

—¿Iguales nosotros a los negros? ¿En qué?

—En origen, en especie, en destino.

—Pero no en derechos.

—Todavía no; pero pronto, Dios mediante, sí, y mil veces sí.

El que pronunció estas últimas palabras, en tono decisivo, volvió la espalda y se encaminó a su cuarto. Era un muchachazo, blanco y colorado, de ojos negros y brillantes, nariz corta y remangada.

—¿Quién es ese.... señor? preguntó Fernando, ya muy corrido, al que le pareció de rostro menos hostil entre sus camaradas.

+—Es Hermógenes Maza; y si usted quiere vivir tranquilo en el colegio, procure no tenerlo de enemigo.

Gaspar, al rodar la escalera, dio un grito involuntario; cayó de cara contra las baldosas; un chorro de sangre brotó de narices y boca y de una herida que se hizo en la frente. En silencio, se enjugó la sangre con la falda de la camisa, volvió a cargar su petaca y salió del claustro.

Al siguiente día, domingo, se abrieron los estudios. Hubo, por la mañana, misa solemne precedida del *Veni Creator*, con sermón del señor colegial doctor Fernando Caicedo y Flórez. A las seis y media de la tarde se verificó la sesión solemne de apertura de estudios. Comenzó por la recepción de los nuevos colegia-

les en el salón rectoral. Quedaba situado a la derecha de la escalera, sobre el segundo patio.

Primero se recibieron los colegiales, con el sobrio e imponente ceremonial de costumbre, reflejo de la liturgia de las antiguas órdenes militares.

Se levantó entonces el señor rector de su silla; hizo una venia al excelentísimo señor virrey, que presidía honorariamente la sesión en nombre del patrono, el señor don Carlos IV, rey católico de España y de las Indias. Su excelencia hizo un signo de aquiescencia, majestuosamente imbécil, y el doctor Rosillo declaró abiertos los estudios «conforme a las venerandas constituciones del señor fundador, y con la venia de su católica majestad el señor don Carlos IV, nuestro patrono, digna y legítimamente representado por el excelentísimo señor virrey don Antonio Amar y Borbón, a quien Dios guarde». *vs g. h. →*

El señor virrey volvió la cabeza hacia la izquierda, se puso la mano en la oreja derecha y se inclinó levemente hacia un catedrático, fusilado más tarde, en 1816, en la Huerta de Jaime, encargado del discurso de apertura.

—Excelentísimo señor virrey, muy ilustres señores oidores, respetable claustro....

El orador, con toga negra, peluca empolvada, guantes blancos, el escudo dominicano en el lado izquierdo, empezó por un elogio sobrio pero caluroso al señor fundador, «a quien debemos un gobierno interior que pudiera ser modelo a todos los que rigen las repúblicas cristianas». En seguida, rápida y discreta enumeración de los varones ilustres del colegio: «los Masústeguis, los Vergaras, los Guzmanes»; el panegírico del doctor Celestino Mutis, «sacerdote ilustre, amigo del sabio Linneo, a quien somos deudores de haber salido del atraso, y entender las verdades novísimas que en el antiguo mundo privan en materias de física y astronomía». Un párrafo galante al virrey, para desear que «su excelencia, siguiendo las sabias huellas de sus predecesores, continúe trabajando por traer a estos pueblos las luces y adelantos de que se ufanan los pueblos cultos de Europa».

El domingo, a los ocho días de su entrada, salió Fernando a su casa. Acompañábalo Juan Polanco, cartagenero, convictor y estudiante de

artes. Los alumnos no salen sino de dos en dos; y cada uno es espectador pasivo, pero no inadvertido, de la visita del otro a su familia. Doña Clemencia los recibió, con cariño maternal al uno, con delicada cortesía al otro; los obsequió por igual con dulces y refrescos, y terminó por decir:

—Deseo hablar privadamente con usted, Fernando, si Polanco permite....

—Con el mayor gusto, señora.

—Mientras converso con mi hijo, vea usted este libro: es un ejemplar latino de la sagrada escritura, con magníficos grabados en acero.

Envío a Consuelo, con una seña, al interior de la casa, y entró con Fernando y Pilar a la recámara.

—El día que usted se fue al colegio, volvió el negrito Gaspar con la boca y las narices reventadas y una ancha herida en la frente. Respondió a mis preguntas que había tropezado al bajar la escalera; usted debe saber lo que pasó.

Fernando sintió que se le helaba el corazón; una ola de sonrojo le encendió la cara; pero estaba habituado a no mentir jamás, y contó fielmente lo acontecido.

—No ha procedido usted, Fernando, le dijo su madre, ni como cristiano, ni como caballero. Usted ha sido testigo del trato que se da en esta casa a los.... criados; y no hubiera debido olvidar que ese negrito es mi ahijado de bautismo.

—Y sería bueno que mi hermano, interrumpió Pilar, supiera también....

—¡Hija! no hay para qué!....

—Sí, madre; es bueno que lo advierta. ¿Permite sumerced?

—Doña Clemencia vaciló; hizo al fin una señal de asentimiento con la cabeza, mientras el rubor y la expresión del rostro mostraban que daba el permiso a pesar suyo.

—Hará trece años, ¿no madre? que mis padres salían de casa, por la noche, para asistir al baile que daba en palacio el virrey Mendiúeta, con motivo del cumpleaños de su majestad. Al bajar la escalera, oyeron unos lamentos desgarradores en uno los cuartos bajos; madre comprendió que alguna de las esclavas estaba enferma; le rogó a padre que se fuese solo y la excusase a sumerced con su excelencia, por tener indispuesta a una persona de la familia.

—¿Y? preguntó Fernando.

—Y madre, con su vestido de raso blanco, bordado de seda y oro, con todas sus joyas, entró al dormitorio de las esclavas; encontró casi moribunda a Margarita, viuda hacía dos meses de un negro que falleció en la hacienda; hizo llamar al doctor Vicente Gil de Tejada, y le sirvió de enfermera a la negra, sin moverse de la cabecera, hasta las nueve de la mañana del día siguiente, que expiró la infeliz, auxiliada en lo espiritual por el señor doctor Omaña, cura de la Catedral (1). Tres horas antes de morir Margarita, dio a luz un niño: el negrito Gaspar.

—¡Pobrecito! exclamó Fernando.

—Madre quiso ser madrina del recién nacido; le buscó una nodriza, y como mi hermanita Consuelo no tenía sino tres meses, madre alternaba con el ama en la crianza de los dos niños: la hija de la señora y el hijo de la esclava.

—Ya ve usted, hijo, añadió doña Clemencia, que si usted tiene sangre azul por su madre, esa misma sangre corre por las venas de Gaspar.

(1) Este rasgo es, en parte, histórico. V. *Apuntes Autobiográficos* del General Ortega.

—¿Y él sabe toda esta historia?

—Nada sabe, ni conviene que lo sepa jamás. Además, él no es esclavo; tengo escrita su carta de libertad, que surtirá efecto cuando el negro cumpla los veintiún años. Yo misma le he enseñado a leer y escribir.

—Madre, exclamó Fernando levantándose, ¡qué santa es sumerced! Perdóneme, añadió conmovido, besando con efusión la mano de su madre.

Al calor del colegio se mudaron las ideas de Fernando; entendió el derecho de los americanos a idénticas prerrogativas con los peninsulares; oyó hablar a Camilo Torres, a José Acevedo, a los Gutiérrez, y llegó a concebir, como vago deseo, caso que España no atendiera los justos reclamos de sus colonias, la idea de un gobierno propio, reflejo en grande de la reducida pero gloriosa república igualitaria y colectiva del Colegio del Rosario, tal como lo concibió su fundador, un dominicano español del siglo XVII.

Fue Andrade un estudiante queridísimo de maestros y alumnos, pundonoroso, culto, inteligente. De cuando en cuando retoñaban las vie-

jas aficiones; solía no saber la lección, se dejaba arrebatarse los premios de condiscípulos más tenaces en el estudio; pero era tan suave de modales, tan poco soberbio, tan enemigo de ostentar superioridad (y para ello no le había servido de poco la áspera lección del primer día de colegio), que los superiores fácilmente le perdonaban los deslices y quebrantos.

El señor Rosillo le quería particularmente. Sábese que en el Rosario está prohibido al rector todo trato y familiaridad con los estudiantes. Pero el digno canónigo encontraba modo de mimar a los colegiales, sin atentar a la gravedad de su cargo. Los hacía llamar a sus aposentos con cualquier pretexto, inclusive el de regañarlos; y después los regalaba con azúcar rosada, colaciones y bizcochuelos de monjas, bocadillos de guayaba que recibía del Socorro, y en ciertos días solía darles una copa de vino de Málaga, y hasta cigarros de Girón, tan desairados a la vista como aromáticos al gusto.

A la mitad del segundo año de los estudios de Fernando, se cumplía el período de rectorado del doctor Rosillo. Al día siguiente de la

apertura de cursos hubo capilla (1); y el rector hizo leer la constitución IV del título II, en que se estatuye que los colegiales «no pueden hablar de la elección de rector por ningún camino, hasta tres días antes, en los cuales, con la modestia y gravedad que se deben a sí mismos tales sujetos, traten de dicha elección».

El 14 de diciembre de 1805, el rector advirtió a los colegiales que conferenciasen entre sí sobre la escogencia de rector, vicerrector y consiliarios; que siguiesen en ello su propio dictamen, «sin dejarse persuadir de persona alguna de fuera del colegio», y que el escrutinio se verificaría el 18, fiesta de la Expectación de Nuestra Señora y aniversario de la fundación.

Aquel día los quince colegiales de número, vestidos de hopa y beca, se congregaron en el aula máxima, a las diez y media de la mañana, inmediatamente después de la misa. El rector en el solio, el vicerrector a la derecha, a los lados los tres consiliarios. Se rezó el *Veni Creator*, se leyó el pasaje de las constituciones

(1) Reunión de los colegiales para tratar los asuntos de su comunidad.

referente a las elecciones, y se distribuyeron papeletas en blanco a los quince colegiales actuales. Antes de llenarlas, cada colegial se levantó, pasó a la mesa rectoral, puso la mano sobre los evangelios, y pronunció en alta voz estas palabras: «Juro no dejar de elegir las tres personas, o las dos, o la una que me parecieren, según Dios, más a propósito para el buen gobierno del colegio; juro también que hago elección, por mi propio dictamen, sin haber sido persuadido de ninguna persona de fuera del colegio, ni aun del señor virrey o el señor arzobispo».

Andrade escribió en su papeleta estas palabras en elegante letra española:

«Voto solamente por el señor colegial doctor don Andrés María Rosillo y Meruelo».

Al tercer día se recibió el oficio del virrey en que participaba al colegio que «de las tres personas propuestas por el ilustre claustro, su excelencia, en nombre y representación de su majestad señor don Carlos IV, rey de España y de las Indias, etc., elegía y confirmaba en el oficio y cargo de rector al señor colegial doctor don José Vicente de la Rocha».

Al salir del salón los convictores, los familiares rodearon a los colegiales para saber lo sucedido. Sonó la campana, bajaron al refectorio; el doctor Rosillo se presentó, todos se levantaron y alzaron los bonetes. Sentóse el canónigo en la mesa traviesa, ordenó al lector que cesara, y pronunció las palabras *Deo gratias*. Sonó la gárrulla parla de los cincuenta alumnos, y se fue acrecentando porque el rector saliente hizo traer varios frascos de vino de Jerez y repartióselos a los estudiantes. Pasado que fue el asado de carnero, el pastel en bote, la olla podrida con vaca y gallina, tocino, repollo y garbanzos, se adelantaron por el centro del refectorio los dos familiares de turno, trayendo una gran fuente de plata, marcada con las armas del colegio. En ella venía el cuarto de ave para el señor rector, «regalo al presbítero que preside bien (como nos enseñan los santos), y que basta para el regalo decente, con templanza cristiana», según advierten las constituciones del fundador.

El señor Rosillo partió, meses después, con permiso del capítulo, al Socorro, su tierra natal. Fernando se graduó doctor en jurisprudencia

cia en 1809, y a principios del año siguiente se recibió abogado ante la real audiencia de Santafé. Tenía a la sazón veinticuatro años. *

Supo a poco, con hondo pesar y mal disimulada indignación, que el doctor Rosillo había llegado preso a la capital y que le habían encerrado en el convento de capuchinos. Voló allá, pero los centinelas lo echaron a la espalda; fue a empeñarse con los oidores para que se lo dejaran visitar, pero todo en vano. Los anhelos por gobierno propio que había abrigado hasta entonces, como un vago deseo, se concretaron en aquel día; y se prometió solemnemente a sí mismo poner en ello, cuando llegara el momento, todas las energías de su alma.

Desde la hora aquella en que el negrito Gaspar rodó escaleras abajo, se le mudó por entero el carácter. Dejó de sonreír; mostrando las dos hileras de dientes blanquísimos; los criados lo solían hallar por las tardes vuelto a un rincón, llorando sin consuelo. Pero ni dejó de cumplir a maravilla sus deberes, ni se mostró menos respetuoso y obediente para con sus amos. Una mañana salió a comprar el pan y las velas, puso la cesta, con el dinero adentro,

en el último peldaño de la escalera, y se escapó para nunca más volver a la casa. Lo buscaron con exquisita diligencia, pero en ninguna parte lograron hallarlo.

—¡Tóma! le decía a doña Clemencia doña Rosa Escuraina; eso se saca de ajonjear esclavos.

—¿De modo, preguntó doña Clemencia con tristeza, que tú me censuras la caridad, menor de lo que yo hubiera debido, que le hice a Gaspar?

—No lo digo por tanto, mujer. Dios, que no se queda con nada de nadie, te lo premiará si lo hiciste por EL. Pero si entró en parte el cariño a los negros.... ya tú sabes: el negro es como el mulo: tarde o temprano da la coz.

Doña Clemencia se acordó del puntapié que su hijo le había dado al negro, y respondió:

—Hija, no sólo los negros dan coces. Por lo que mira a tu doctrina de las recompensas, déjame que te diga que Dios no sólo las otorga por las obras de caridad en la vida futura, sino muchas veces también en la presente.

—En el cual caso, lo dudo....

—Si vivimos unos años más, ya lo veremos.

II

Fernandó, después de recibirse abogado, entró como pasante al estudio del doctor Crisanto Valenzuela. Dedicóse en cuerpo y alma a sus nuevas obligaciones, de tal modo que, aunque no se le ocultaba la fermentación de la capital, con motivo de las novedades de España, de la conducta del virrey, de la altanería de los oidores, sobre todo de Alba y de Frías, de la hostilidad creciente de los peninsulares hacia los americanos, no se detenía en tales asuntos, aunque en el fondo le interesaban mucho, absorto como se hallaba en los quehaceres de su cargo.

El lunes 20 de julio de aquel año, después de comer y de reposar un rato, púsose Fernando, en su casa, a terminar la copia de un memorial que debía presentarse al día siguiente. Como a las cinco de la tarde salió y encontró un espectáculo nunca visto en la tranquila Santafé. La gente corría como enloquecida hacia la plaza mayor; confundidos hidalgos de casa-cón y sombrero de copa con artesanos de rua-

nas de colores y jipijapas cubiertos con fundas de hule de diversos colores; mujeres del pueblo con la corrosca en la nuca y la mantilla echada atrás; mozos de cordel, pilletes desarrapados: ¡Viva el pueblo de Santafé! ¡Viva el señor don Fernando VII! ¡Muera el virrey! ¡Abajo los oidores! ¡Cabildo abierto! ¡Cabildo abierto!

Dejóse Fernando llevar por la ola popular, presencié las escenas, en que se tocaban lo sublime y lo cómico, sin poderse arrancar de su sitio por la presión del gentío y su propia curiosidad. De repente la multitud, entre la cual giraban los abogados más distinguidos de la ciudad, comenzó a clamar:

¡La junta! ¡La junta! El cabildo vacilaba antes de adoptar aquella resolución, la única razonable, atendido el desgobierno de la península, las pretensiones de soberanía del consejo de regencia.

Ya era de noche. Abrióse el balcón del cabildo y, a la luz de dos faroles sostenidos por jóvenes patriotas, apareció la imponente y aristocrática figura de don José Acevedo y Gómez. Irguió la cabeza, radiante de hermosura y entusiasmo, sacudió la cabellera empolvada, y con

voz vibrante que dominó el tumulto y llegó a los últimos confines de la plaza, prorrumpió diciendo:

«Si perdéis este momento de efervescencia, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes. ¡Ved—dijo, señalando la cárcel—los grillos, cadenas y calabozos que os esperan!»

—¡La junta! ¡La junta suprema! gritó a una voz la muchedumbre.

Fernando pasó en breve de espectador curioso a actor diligente; acompañó a la virreina al convento de la Enseñanza, defendiéndola en el camino de los insultos de las verduleras del mercado; y cuando, el 21, corrió el pueblo a Capuchinos a poner en libertad al canónigo Rosillo, entró Fernando antes que nadie al convento.

—¡Señor rector! ¡libre! ¡usía está libre!

—Lo que dice el poeta, hijo, que la justicia anda con pie cojo, *clauda pede*, ¿te acuerdas? Pero algún día llega.

—¡Y ya llegó!

—Y otra cosa que te decía yo, en aquellos arrebatos que te solían dar: con la paciencia todo se alcanza.... menos a misa, añadió riendo.

Un mes más tarde, Fernando de Andrade había cambiado la peluca por el chacó; la toga por el uniforme de bayeta azul con vueltas rojas; las Pandectas y la Recopilación novísima por las ordenanzas militares. Se había enrolado como cadete en el cuerpo organizado por don José de Leyva, y a que pertenecían los mozos más distinguidos de la ciudad. Peleó y fue derrotado en Ventaquemada, en la guerra civil contra las provincias; triunfó en San Victorino el 9 de enero de 1813, y se portaría bien, puesto que Nariño lo ascendió al grado de alférez efectivo.

Hubiera querido Andrade seguir a Venezuela en la expedición mandada por el coronel José Félix Rivas y el capitán José María Ortega; pero doña Clemencia movió en secreto resortes poderosos para con Nariño, quien dispuso que Fernando quedase en la guarnición de Santafé. Mas, cuando meses después Nariño mismo iba a partir al sur contra los españoles, renovó Fernando su petición de marchar, y obtuvo un nombramiento en el ejército.

El día de la partida fue a despedirse de su madre. Ella, aparentemente serena, le dijo:

—Le doy mi consentimiento, porque usted va a defender una causa justa. Son los españoles los que han provocado la guerra. Mis oraciones lo acompañarán sin cesar. Si usted sucumbe, creo que me muero de dolor; pero si volviera con nota de cobarde, me moriría de vergüenza.

Echó al cuello de su hijo un escapulario de la Virgen de las Mercedes, lo abrazó estrechamente besándolo muchas veces. Fernando cayó de rodillas para recibir la bendición. Pilar, con los ojos preñados de lágrimas, le tocó la frente con los labios. Iba a prorrumpir Consuelo en llanto, pero la contuvo una mirada severa de su madre. Bajó Fernando rápidamente la escalera enjugándose los ojos; doña Clemencia abrió el balcón, siguió con la vista a su hijo hasta que dobló la esquina; lo bendijo de nuevo, trazando una cruz en el aire, cerró los postigos, y entonces sí se dejó caer en un sofá de la sala, ahogada por los sollozos.

Condújose Fernando muy bien en la campaña. Se vio entonces, como se ha visto después, que los jóvenes criados en los regalos de la vida ciudadana, aventajan aun a los labriegos, en re-

sistencia para las marchas, en tolerar hambres y fatigas, en dormir tranquilos sobre la desnuda tierra. En los trances más duros, Fernando tenía una chanza delicada, un gracejo de buen gusto con qué alegrar a sus camaradas; y así no es asombro que fuera querido de todos, jefes, oficiales y tropa. Si se agrega su edad, superior a la de los demás oficiales bogotanos, y su carácter de abogado, se comprenderá cómo vino a ser asesor de hecho del auditor de guerra y aun en ciertos casos del estado mayor mismo.

Después del combate del Alto Palacé, en que triunfó el general José María Cabal, segundo jefe del ejército patriota, Nariño se encontró en el sitio de Calibío, al frente del ejército realista, mandado por don Ignacio Asín y don Juan Sámano. Ambos eran generales veteranos; Asín, sobre todo, encanecido en el arte de la guerra, y que había mandado en jefe quince acciones, en todas las cuales lo había coronado la victoria. Contaba el español con 1.200 infantes, numerosa caballería bien montada y siete piezas de artillería. Ocupaba la cresta del monte, fortificada con trincheras y fosos. El ejército

patriota era inferior en número, en disciplina, y estaba dominado, a pecho descubierto, por los fuegos del enemigo.

Nunca combatió Nariño sin haber hecho antes un esfuerzo por evitarlo. Envió el 15 de enero de 1814 un parlamentario al enemigo, con pliegos en que proponía un avenimiento. ¿Por qué la junta central declaraba la guerra a los americanos, quienes, al constituir gobiernos propios, no habían hecho sino seguir el ejemplo de España? Eligió para el parlamento al capitán de granaderos Francisco Urdaneta, hoy general, amigo del autor de estas líneas. Era Urdaneta el hombre más hermoso y bizarro del ejército, jinete insigne, caballero de modales urbanos y suaves. Hízole vestir Nariño un rico uniforme y dióle su propio caballo enjaezado. Llegó Urdaneta al campamento enemigo, precedido de un húsar montado que enarbolaba la bandera blanca. Asín, sin saludarlo, sin invitarlo a apearse, le gritó:

—Dígame a Nariño que dentro de un rato lo tendré prisionero. Y usted agradézcame que no lo fusile ahora mismo y lo deje volver para atraparlo luego.

Enojado Urdaneta con aquel proceder áspero y villano, volvió grupas al caballo y regresó al campamento. El ejército patriota, que ya estaba en posiciones, rompió el fuego, a que contestó al punto la infantería realista. Un instante después, empezaron a tronar los gruesos cañones españoles; cada disparo abría un ancho claro en los batallones de Cundinamarca y el Socorro, y el claro se cerraba condensando los soldados las filas. Dos horas iban ya de combate, sin que ninguno de los dos ejércitos hubiera obtenido un palmo de ventaja, cuando Nariño ordenó cargar a la bayoneta. Empezaron a ascender el repecho, dominados por los fuegos realistas, los batallones *Granaderos* y *Nacionales*, y los siguió el ejército entero. Al coronar la altura, calló el estrépito de las armas de fuego; sólo se oía el chis chas de las bayonetas, el jadear de los soldados, los gritos de los heridos; y dominándolo todo el toque incesante *a la carga* de las cornetas y clarines.

Un cuarto de hora después, los restos del ejército realista iban huyendo a la desbandada, dejando en poder de Nariño la artillería, el

abundante parque, gran número de fusiles y muchos prisioneros. El cadáver de Asín se halló tendido en el campo. Al siguiente día, el ejército vencedor ocupó a Popayán.

Después de reorganizar las tropas y proveerlas de municiones y vituallas, Nariño siguió en dirección a Pasto, hostigado sin cesar por los indios, realistas decididos y los primeros guerrilleros de Nueva Granada. Forzó Nariño el 22 de abril, a poder de audacia y estrategia combinadas, el paso de Juanambú, hazaña que habría enorgullecido al mejor general europeo; y el 9 de mayo encontró en el páramo de Tacines, muy cerca ya de Pasto, el segundo cuerpo del ejército español.

Había en las tropas de Nariño un cierto coronel Rodríguez, de apodo *el Mosca*, cundinamarqués. Desde la salida de Santafé había comenzado a dar qué hacer en el ejército. Hosco, siempre mal encarado, iba murmurando de las fatigas, y de las hambres, y de las disposiciones de los jefes. La víspera del día de Tacines, en el pueblo de Buesaco, hizo públicas sus quejas entre los oficiales. Continuar aquella campaña era una locura. Los realistas te-

nían aún dos ejércitos intactos, e iban llenando las bajas con voluntarios que se presentaban por miles; Nariño, en tierra hostil, no podía reemplazar ni soldados ni parque; lo prudente era regresar a Popayán, y allí aumentar el ejército, renovar las municiones de guerra.

Aquello vino a oídos de Nariño, y él, en lugar de echar de las tropas a aquel hombre pernicioso, como hubiera debido hacerlo, convocó en Buesaco una junta de jefes y oficiales, y les planteó el problema: ¿Debemos regresar a Popayán o seguir sobre Pasto? Fernando, ascendido a capitán el día de la toma de Juanambú, con empleo de ayudante en el estado mayor, asistió al consejo. Todos a una, con el mayor entusiasmo, estuvieron por marchar adelante; Rodríguez y otro a quien ya *el Mosca* había empezado a malear, propusieron la retirada. El general los trató con dureza, increpándole a Rodríguez su conducta falaz y cobarde. Le dejó, sin embargo, el mando. ¡Error funesto que costó la pérdida de la campaña y la prolongación de la guerra por cinco años más!

La jornada de Tacines fue más dura que la de Calibío; perdió Nariño tres de sus más bri-

llantes oficiales y mucha gente de tropa. Para dar el asalto final, tuvo que ponerse a la cabeza de los batallones, pero la victoria fue completa. Algunos derrotados llegaron esa noche a Pasto, y comunicaron al general español Aymerich el desastre. El salio a la madrugada de la ciudad con su ejército, dejando algunas guerrillas de pastusos y timbianos que le protegieran la retirada, hostilizando la marcha del vencedor.

Nariño avanzó a vanguardia con unas compañías de los batallones *Granaderos* y *Socorro*, y parte del estado mayor. Acampó en un alto, pero no se acostó en toda la noche. A las cuatro de la mañana hizo tocar diana y se puso en movimiento. Con las primeras luces de la aurora alcanzaron a divisar la ciudad y el lindo valle de Pasto.

Está la hermosa ciudad en el arranque de un valle, el más pintoresco que tiene Colombia, sembrado de alegres pueblecitos indígenas; fértil como no existe quizá ninguno en América, con abundantes y limpias aguas, dividido en innumerables estancias donde pacen contenes de bueyes y de ovejas.

Las calles del poblado rectas, con anchas aceras que semejan otros tantos hilos de plata. Sobresalen de entre los tejados de color rojo encendidos unos, verdosos otros, las blancas torres de las iglesias cuyas campanas, al dar el alba, envían sus alegres ecos a las cumbres de las montañas en que la ciudad se recuesta.

Más allá de la villa, en el opuesto ejido, se desprende un camino que en suave pendiente va serpeando hasta perderse en la vecina cordillera. Este camino, que sigue hacia el sur, se bifurca en forma de horqueta en dirección a los pueblos de Tangua y Yacuanquer, que están edificadas a corta distancia sobre las inmensas profundidades por donde corre el río Guaitara.

En el extremo lejano del camino, visible desde la altura, se alcanzaban a columbrar los últimos soldados de Aymerich; pero toda la vía hormigueaba de gentes vestidas de colores, que a los soldados de Nariño se les antojó un gran ejército. Eran las mujeres de la ciudad, a quienes se había hecho creer que Nariño era un segundo Atila. Conocido es el brío y entusiasmo de las pastusas, que varias veces han

tomado parte, con los hombres, en las guerras, y han ayudado a triunfar a sus maridos y a sus hijos. Regadas en el camino, con sus vestidos de bayeta roja, amarilla, azul, verde y morada parecían en realidad un batallón listo al combate.

Nariño avanzó con precaución. Al mismo pisar el ejido, lo recibió un aguacero de balas, que salían de detrás de cada árbol, cada matón, cada barranca, cada tapia. Paró el caballo, miró al rededor e hizo una seña al coronel Rodríguez. Quizá pretendió satisfacerlo por el regaño aquel, dándole ahora el encargo de mayor confianza. Ordenóle que fuese a Tacines y transmitiera al general Cabal la orden de adelantarse con todas las tropas lo más brevemente posible.

Los soldados patriotas, acostumbrados a la victoria, contestaron el fuego; pero el general que vio lo inútil, lo peligroso de empeñar combate con tan pocas fuerzas y sin más municiones que las de las cartucheras de los soldados, mandó replegarse las compañías.

—Andrade, vuele usted; repita la orden que llevó Rodríguez, y ayude a acelerar la marcha del ejército.

Fernando saludó militarmente y puso el caballo a galope. Media milla habría andado, cuando al volver un recodo del camino, vio diez indios armados que intentaban cerrarle el paso. Rodilla en tierra, se echaron las escopetas a la cara, y le hicieron una descarga cerrada a quemarropa. Se lanzó Fernando sobre ellos, sable en mano; pero el caballo había recibido una herida mortal, y se desplomó, oprimiendo con todo su peso la pierna derecha del jinete. Los indios se abalanzaron sobre él, le ataron las manos a la espalda y tomaron por un atajo. Hicieron andar a Fernando largo trecho, a fuerza de cintarazos y empellones, hasta una especie de plazoleta donde había un ventorrillo. Vio allí un grupo de unos veinte lanceros montados, que recibieron al preso con risas y aplausos. Pusiéronlo a la sombra de la casa, guardado por los indios escopeteros, mientras los demás iban, venían, comunicaban y recibían órdenes y noticias. Al fin montaron a Fernando en la grupa de uno de los caballos, y partieron a trote largo.

Uno de los soldados realistas era el negro Gaspar, convertido en un mozo alto, de cuer-

po elegante y esbelto, de movimientos ágiles y graciosos. Fernando lo miró a la cara dos o tres veces, pero el otro no pareció reconocer a su antiguo amo.

Los senderos por donde iban apenas servían para las cabras monteses, y Fernando iba haciendo prodigios de fuerza y equilibrio para no caerse, llevando las manos atadas. Por fin, después de vueltas y revueltas, salieron al camino real, al sur de la ciudad. Llegados a la bifurcación de la vía, tomaron la de la izquierda, en dirección a Tangua. Cruzaron la plaza desierta del pueblo y se detuvieron ante la última casa, un cascarón de teja viejo y destartado. Encerraron a Fernando, después de desatarlo, en lo que había sido cocina, aposento grande, sin cielo raso, negro de hollín, sin ventana, ni más respiradero que una hendedura del tejado por donde salía el humo del fogón.

Quedóse allá el resto de la tarde y toda la noche, tiritando de frío, sin haber pasado bocado de pan ni gota de agua desde veinticuatro horas antes, molido de cansancio, sentado en el suelo, apoyada la espalda contra el muro.

Al otro día temprano, le trajeron chocolate

mezclado con harina y un pan de maíz, y por la tarde, una estera de junco, una frazada y una almohada sin funda, que le mandó una mujer caritativa del pueblo. Se impuso cuatro días después, por la conversación de un guerrillero recién llegado de Pasto y testigo presencial de los hechos, de la suerte del general Nariño; su segunda embestida en que arrolló a los realistas; la muerte del caballo que montaba; la retirada de los patriotas por falta de municiones; la dispersión ocasionada por el pánico; la caída de Nariño en poder de los guerrilleros; el modo como dominó, con sólo su presencia, el populacho enfurecido que pedía a gritos la cabeza del prisionero. Lo que Fernando no se explicaba, era cómo no había llegado el ejército. Lo que no supo él lo sabemos nosotros. Rodríguez llegó al campamento diciendo a gritos que Nariño era prisionero o muerto; que la tropa había perecido, que los realistas tenían en el ejido de Pasto un ejército incontable. El coronel Cancino, jefe de la artillería, por su propia autoridad, clavó los cañones. En semejante situación, el general Cabal ordenó la vuelta a Popayán.

Aquella tarde en que oyó Fernando tan aflictivas noticias, vio entrar a su prisión, ya a la hora del crepúsculo, a un oficial realista acompañado de un sargento y un cabo. Tenía el recién llegado aire preocupado y solemne.

—He recibido la penosa comisión de hacerle saber que ha sido condenado a muerte, por insurgente y traidor a su majestad. La sentencia se cumplirá mañana al amanecer, en el patio de este cuartel, fusilándolo por la espalda.

—¿Por orden de quién?

—No creo que a usted le interese mucho ese pormenor, y no tengo instrucciones de decirle más.

—Está bien, contestó Fernando.

—También debo advertirle que rece lo que sepa, porque el cura huyó a la aproximación de Nariño, y aquí no hay padre ninguno.

La puerta se volvió a cerrar. No se veía en el cuarto sino la poca luz que derramaba un farol del cuerpo de guardia al pasar por las anchas rendijas de la puerta.

A eso vine a la guerra, pensó Fernando; lo mismo habría podido morir en Calibío o en Tacines, o a manos de los escopeteros.... ¡Para

lo amarga que es la vida! ¡Y perdido el ejército, y preso el general, para vivir úno bajo la dominación de estos salvajes....

Y empezó a pasearse a la diagonal de la cocina, con las manos a la espalda. En realidad había recibido un golpe tremendo, sin advertirlo; y tenía paralizadas las facultades del alma. No pensaba en nada, nada sentía. Rendido de cansancio de tanto andar, se echó en la estera, puso la almohada de espaldar, y se cubrió las piernas con la manta. Había empezado a llover y hacía frío.

¿Cómo será la ejecución? Me volverán a atar las manos, me harán arrodillar entre el fango con la cara vuelta a la palizada; oiré el ruido de los fusiles al montarse.... dicen que el fusilado no alcanza a percibir la detonación de la descarga. Allí mismo me enterrarán, o quizará me arrastren de los pies y me boten por uno de esos asomos que dan al río. Nadie sabrá mi muerte.... el general, desde su prisión, creará que deserté por miedo, y madre, cuando lo sepa, perecerá dos veces: morirá de pesar y morirá de vergüenza.

El pensamiento de su madre lo enterneció.

La volvió a ver en la sillita baja del costurero, y vio a sus hermanas; y la vida entera se le renovó ante los ojos del alma.

¡Oh! ¡y todo eso perdido, sin remedio! ¿Y por qué? Por el gusto, por la maldad de unos guerrilleros salvajes. No era posible morir así, a los veintisiete años, sin haber principiado a ser útil a los demás, sin haber hecho otra cosa que iniciar su brillante carrera. Y el amor a la vida se despertó en el corazón de Fernando de un modo avasallador, irresistible. Se levantó, púsose a recorrer la prisión en todas direcciones, como fiera enjaulada. Bramaba de ira y de angustia; sudaba a mares a pesar del intenso frío, sentía el golpear de las arterias que casi estallaban; y sobre todo, se ahogaba de sed, la sed de la agonía.

Vino una reacción de aplanamiento; a la ira sucedió un desconsuelo amarguísimo.

—¡Dios mío! ¡Virgen Santísima del Rosario!

Entonces advirtió Fernando que su primer deber, la necesidad urgente era la de prepararse como cristiano a comparecer ante el sobeño Juez. Se hincó, apoyando la frente y las manos contra el fogoncillo ennegrecido. Repasó sus

disipaciones de mozo, los arrebatos de su carácter; ambiciones, vanidades, necio orgullo de raza. El puntapié a Gaspar. Había obligado al negrito a fugarse; hoy era soldado realista, sabe Dios si pervertido por la vida de los cuarteles.... Lamentó Fernando no poder confesarse, pero sintió la gracia del arrepentimiento y pudo llorar un momento. Se sometió a la muerte, se entregó en manos de Dios, y encomendó a su madre y a sus hermanitas a la protección de nuestra Señora del Rosario.

Se levantó de allí otro hombre, no estoico e indiferente, no excitado y rabioso, no desanimado y cobarde, sino resignado, valeroso, tranquilo, listo a morir sin jactancia y sin miedo, como cristiano y como granadino. No le quedaban de sus tormentos anteriores sino el cansancio corporal, y la sed, la sed ardiente que le devoraba las fauces. Se acercó a la puerta, golpeó y gritó ahogadamente:

—¡Agua! por caridad de Dios, un poquito de agua!

Un momento después se abrió la puerta y entraron dos hombres: uno alto y esbelto, con insignias de cabo, embozado en un poncho que

llevaba a modo de pañolón sobre los hombros, tenía en la mano un farolillo de papel; el otro era un soldadito de unos quince años, que iba sosteniendo con ambas manos un mate o totuma rebosando de agua.

Fernando se abalanzó a la vasija y bebió ávidamente, sin respirar, más de la mitad del contenido. Cuando acabó, el soldado había desaparecido, y delante estaba Gaspar, con el dedo índice sobre los labios.

—Mi amo Fernando, dijo con voz apagada, vengo a sacarlo a sumerced de esta prisión.

—¡Gaspar! ¡Gaspar de mi alma! Dios te bendiga, pero, ¿cómo?

—Los dos somos.... es decir, que yo soy de la misma estatura que sumerced. Cambiamos uniformes. Y empezó a desabrocharse la blusa.

—Ya te entiendo; yo salgo, me escapo si puedo, ¿y tú?

—Yo me quedo aquí.

—¿Y después?

—Soy muy fuerte y ágil. Me voy por aquel agujero del techo.

—¿Y si no puedes salir? ¿Y si te descubren?

—Me fusilan apenas amanezca.

—No, Gaspar; te agradezco el heroico sacrificio que pretendes; pero la vida de un hombre vale lo que la de otro, y la tuya es más preciosa que la mía, porque tú eres mejor que yo.

—Así será, pero yo no tengo madrecita que me llore. Apure sumerced, que ya me estarán echando menos allá afuera.

Fernando se resolvió, vistió el uniforme español, abrazó y besó a Gaspar, se arrebujó en el poncho, tomó el farol con la mano izquierda y salió con andar suelto y despreocupado.

—¡Cabo Andrade! le gritó el sargento de guardia.

—¡Vuelvo! respondió con voz sorda. En la empalizada del patio había un portillo. Fernando pasó por él, tomó un senderito, apagó el farol, lo tiró a un lado y echó a correr con toda la rapidez de que era capaz. El suelo estaba como un jabón, tres o cuatro veces cayó de bruces; entre los varios caminitos tomaba sin vacilar unas veces el derecho, otras el izquierdo. De repente se halló detenido; delante tenía un precipicio, casi cortado a pico, tapizado de arbus-tos enanos y de matones de paja. Abajo, muy

abajo, se oían los ronquidos del Guaítara en su lecho de pedrejones.

Se santiguó, sentóse en el borde del precipicio, con las piernas abiertas y las manos en el suelo, y se dejó deslizar. Al peso de su cuerpo, cedían crujiendo las malezas; tronchábanse las ramas a que se iba agarrando con las manos; el descenso fue haciéndose más y más rápido, aquello era ya una caída. Sintió un frío intenso que le penetraba hasta los huesos, pasó por sus ojos un resplandor de púrpura....

Volvió en sí, ya de día, en una choza situada en la ribera del río, con las manos desolladas, llena la cara de rasguños y cardenales, rota la cabeza, quebrado el brazo izquierdo, zafada la....

—Papá, dijo Alfonso, al llegar a este punto en la lectura, ¿dónde está lo que sigue?

—El resto del manuscrito se perdió, pero yo puedo referirle lo que falta.

Mi abuelo, el Fernando de la historia, había sido recogido al amanecer por una pobre mujer viuda, lavandera de oficio, que lo llevó al

ranchos, lo acostó y se puso a hacerle remedios para que volviera en sí. Comprendió él la gravedad de su situación, aun prescindiendo de sus heridas. La comarca era totalmente hostil; no tardarían en buscarlo por todas partes. Ni aun le ocurrió la idea de forjar una historia para explicarle a la mujer lo sucedido; resolvió confiar en ella, y le dijo toda la verdad. No tuvo de qué arrepentirse. La piadosa lavandera llevó un indio, que redujo las dislocaciones y fracturas; escondía al herido cuando se acercaban gentes sospechosas, lo cuidaba con el cariño de una madre y partía con él su pobre salario.

Seis meses pasaron antes de que mi abuelo pudiera andar sin muletas; y entonces se despidió de la excelente mujer, expresándole su reconocimiento, y dejándole, no como paga, sino en testimonio de gratitud y cariño, lo único que poseía: el reloj de plata, joya en aquel tiempo muy rara y estimada, y el anillo de oro, insignia del doctorado en jurisprudencia.

Pasó los cinco años que duró aún la guerra, desconsolado casi siempre, porque allá no llegaban sino las nuevas favorables a los rea-

listas. Con nombre supuesto, fue capataz de peones en una hacienda; sacristán de una iglesia, maestro de escuela en una aldea. Logró hacer algunos ahorrillos, y adoptó entonces el oficio de buhonero, petaquillero que dicen en Pasto. Con su cesta de mimbres a la espalda, iba por todos los pueblos, vendiendo hilo y agujas, hiladillos, cintas y pañuelos.

La noticia de Boyacá llegó a aquellas tierras a mediados de septiembre. Mi abuelo emprendió a pie su viaje, sin dejar el tráfico, para no ser gravoso a nadie. Arribó por fin a Santafé, en la primera semana de noviembre, pero no encontró a su familia en la casa solariega, confiscada por los pacificadores, sino en una casumba en el barrio de Las Nieves. Habían vendido, para comer, primero las joyas, después los muebles uno a uno. No quedaban sino la Virgen de Vásquez, la que tengo a la cabecera de mi cama; los cajones del Niño Dios, que son los mismos que están en el oratorio, y el reloj de caja, que usted ha visto en casa de mi hermana. Doña Clemencia estaba envejecida y marchita; Pilar y Consuelo, mujeres hechas y derechas....

—Papá, ¿y Gaspar?

—Allá voy. Cuando se quedó solo en la prisión, arrancó, con ayuda del machete que llevaba, una alfajía o listón grueso de madera, que se hallaba incrustado superficialmente entre los adobes del muro. Hízole a trechos unas muescas que le sirvieran para apoyar las puntas de los pies, recostó el madero sobre el fogón contra la pared, trepó y salió por el hueco que servía de chimenea. Siguió a gatas por el tejado y se descolgó por un árbol, cuyas ramas tocaban el alero de la casa.

Un año entero duró prófugo en los bosques; al cabo, viendo que ya nadie lo buscaba, se vino por el Guanacas a la provincia de La Plata, trabajó con provecho y se casó con una muchacha, tejedora de sombreros, que le resultó muy hacendosa y formal. En 1824 era Gaspar dueño de la mejor casa y de la única tienda de mercancías del pueblo. Se escribían por todos los correos con mi abuelo, quien le daba el título de hermano, y pudo prestarle, en diversas ocasiones, servicios importantes, aunque nunca proporcionados a la deuda de gratitud que tenía para con el incomparable amigo.

Gaspar murió en 1853, antes que mi abuelo, y el día que éste supo la noticia, se encerró en su cuarto a llorar y sollozar como un niño.

—Papá, ¡quién hubiera conocido a Gaspar para servirle de rodillas!

—Gaspar está en el cielo, pero hay un biznieto suyo que ha heredado la grandeza, la hidalguía de alma de su antecesor.

—¿Dónde está? ¿Quién es?

—Está en el Colegio del Rosario y se llama Matías Andrade.

—Voy a abrazarlo esta tarde y a pedirle perdón delante de todos los estudiantes.

—Yo ignoraba que ese joven viviera en Bogotá; supe ayer que es interno del Rosario, y lo supe con motivo del enojoso incidente.... Usted le lleva esta tarde una carta mía, una invitación a almorzar, aquí en casa, el domingo próximo.

—Con toda mi alma, papá.

—Y que esta lección se le grave para siempre. El orgullo es el peor de los pecados y la más ridícula de las miserias humanas. Los necios estiman la blancura de los cuerpos; Dios sólo estima la blancura de las almas. X

Julio de 1907.

EG ULTIMO PENSAMIENTO

RAZON sobrada tenía James D. Mac Teaneth al adoptar aquella resolución.

Quinto hijo del pastor presbiteriano de la parroquia de Wortstworth, vio cerrados ante sí, por haberlos emprendido sus hermanos mayores, los únicos caminos que se le hubieran podido ofrecer para medrar en el mundo.

El bondadoso cura había leído la obligación que tienen los ministros de la divina palabra de aumentar el número de los creyentes; y como en su feligresía no había infieles que convertir, cumplió su cometido dándole a su iglesia doce individuos más, entre hijos e hijas, amén

de dos para el cielo, porque murieron en la cuna después de bautizados.

James, pues, se amparó al heroico partido de enrolarse en el cuerpo de voluntarios, que, al mando del coronel Wilson, había de marchar a América, en auxilio de los patriotas que en Venezuela y Nueva Granada andaban empeñados en sacudir el yugo de la madre patria española. Diole su padre cinco libras esterlinas, que era hartó más dar de lo que consentía su pobreza, la doble bendición paternal y pastoril y no pocos rectos y saludables consejos; y con tan buen bagaje, salud completa, la alegría de los diez y ocho años no cumplidos, el gozo de conocer tierras y mares y un mundo de ilusiones dentro del pecho, se embarcó con rumbo a Venezuela.

Contra el común sentir de que todo inglés o escocés ha de ser alto de cuerpo, blanco de cutis, serio de rostro, tieso en el andar, de ojos azules y rubios cabellos, James era pequeñín, vivaracho, locuaz como un marsellés, ojinegro y pelioscuro. Tenía lo que en la Gran Bretaña llaman *humour*, que es un brote del espíritu regocijado y agudo, muy distinto de lo que

apellidan *esprit* los franceses; así como entrambos se diferencian del gracejo o chiste español. En suma, que al soldadico aquel no le cabía el alma en el cuerpo, ni la imaginación en el cerebro, ni el corazón en el pecho.

No llegó a marearse ni un minuto; fue el gozo de sus compañeros y de los tripulantes del buque; y mientras sus camaradas y los pocos pasajeros que iban al Nuevo Mundo se estaban tendidos sobre cubierta, fumando y soñando despiertos, él andaba con los grumetes, aventajándolos en agilidad y vigor, trepado en las gavías, desde donde dirigía graves saludos a los oficiales, apenas les veía volver el rostro o las espaldas.

En fin, tras larga y penosa navegación, desembarcaron en Angostura, a principios de 1818. El joven Mac Teaneth se halló en gran número de acciones de armas, y vencedor unas veces, vencido o rechazado otras, logró distinguirse por su arrojo extraordinario entre aquella legión de héroes a quienes tanto debió la independencia, y cuya memoria es sagrada para todo colombiano amante de las glorias de su patria. Tanto brilló, que en 1821 había alcan-

zado el grado de alférez; y cuidado que entonces cada ascenso no se lograba sino por alguna proeza distinguida.

En los llanos de Apure le enviaron una noche, con veinte hombres, a reconocer el enemigo. Avanzó con la mayor cautela posible algo así como una legua, a la luz incierta de una luna apenas creciente, y topó con un batallón español. Los vencedores de Bailén saludaron a nuestro alférez con una descarga cerrada, y se vinieron sobre el grupo patriota como el rayo, con movimiento envolvente por el costado izquierdo. James tenía orden de no combatir en ningún caso, y emprendió rápidamente la retirada por el límite de un espeso bosque que a la derecha le quedaba. Un cuarto de hora habría andado sintiendo el zumbido de las balas peninsulares, cuando el caballo cayó en uno de los esteros pantanosos del llano. Creyó el jinete que se trataba de algún zanjón de tolerable latitud; puso espuelas a la cabalgadura, que era un potro apureño de brío; pero sólo consiguió que el bruto avanzase unas pocas yardas, dando dos o tres tumbos poderosos, donde quedó sepultado hasta la cruz en el cieno

espeso y pegajoso. Entretanto la luna se había escondido; gruesas nubes envolvieron el firmamento, que se cubrió de tinieblas palpables.

Un relámpago que brilló en el cielo, seguido del fragoroso estallido del rayo, le dejó ver el sitio en que se hallaba preso y lo irremediable de su situación; pero le mostró también delante y un poco a la izquierda de las orejas del caballo, una breve eminencia o mogote, como allí la llaman, cubierta de grama, y sobresaliente en unas pocas pulgadas de la superficie del pantano. Zafó, no sin trabajo, los pies de los estribos, y con esfuerzo mayor todavía desprendió las piernas de aquellos grillos de novísima invención; púsose de pie sobre la silla, que apenas se levantaba medio palmo del fango, y esperó a otro relámpago para dar el salto a la minúscula isla.

No tardó el nuevo resplandor; el alférez brinco con tino y buen suceso, y ayudándose de las manos se sentó en el mogote, que no tenía media yarda de diámetro, con los pies encogidos y las rodillas dobladas. Forzoso era aguantar el resto de la noche en aquella posi-

ción tan poco elegante y cómoda, hasta el amanecer del día siguiente. Cuando saliera el sol, ya se vería lo que conviniera hacer. √

Pasó media hora, que a nuestro héroe se le hicieron cuatro, y durante la cual cambió hasta tres veces de postura, un rato en pie, con ambos juntos como estatua en su base; otro en cuclillas como ídolo muisca. De esta última manera se hallaba, con las manos en las espinitas, cuando sintió a orillas del estero pasos y ruidos de armas. Tornóse a iluminar el espacio, y se oyó una descarga de fusilería. Quedó otra vez el cielo como bayeta negra y volvió a reinar el silencio. Mac Teaneth sintió en la mano algo caliente que corría por ella; llevóse la a los labios y el sentido del gusto le persuadió que aquello era sangre. A poco un escozor más y más vivo, seguido de dolor agudísimo, le hizo saber que le habían herido en la pierna izquierda, abajo de la rodilla. Empezó a sentirse sin fuerzas, parecía que aquella esfera negra que lo envolvía estaba dando vueltas al rededor suyo; bajó las piernas y las metió entre el lodo, el cual tapó mecánicamente la herida e impidió que continuara la he-

morragia; se aferró con las manos de la grama que tapizaba su rústico asiento, y a poco no volvió a saber de sí, ni de lo que estuviera sucediendo en rededor suyo.

Despertó de día en la tolda del cirujano de la legión, que estaba haciendo los preparativos para cortarle la pierna, hinchada, adolorida, con puntos ya de gangrena. No se conocían entonces ni antisepsia ni cloroformo; sentáronlo en una silla, con las piernas colgando, y el impávido galeno le hizo la amputación ayudado por un sargento y un cabo, sin que durante ella diese la víctima, no digo un grito, pero ni un suspiro siquiera.

Sanó, más por los pocos años y lo recio de su complexión, que por los cuidados que tuvieron con él, que fueron ningunos; y reemplazó la pierna cortada con un trozo de palo, que le acomodó un ingenioso soldado venezolano, carpintero en tiempos mejores. Aún no había sanado el herido por completo, cuando se dio la gloriosa batalla de Carabobo, que selló la independencia de Venezuela. Bolívar, que oyó referir a los oficiales de la legión británica la aventura de James, quiso verlo. Entró

a la choza donde estaba el herido medio acostado en una hamaca. Se acercó a él rápidamente, sin darle tiempo de incorporarse, y poniéndole la mano en la frente, le dijo:

—¿Cómo va esa pierna? teniente.

—Alférez solamente, excelencia.

—No se diga que el libertador de Colombia ignora los grados de sus oficiales, teniente Mac Teaneth. Diga usted a Briceño, añadió mirando a su edecán, que extienda hoy mismo el nombramiento y expida los despachos.

El pobre mutilado quiso responder, pero la voz se le anudó, dos lagrimones de gratitud rodaron por sus mejillas, y tomando la mano del libertador la llevó respetuosa y tiernamente a los labios.

—Si usted no estuvo en la gran batalla de ayer no fue por culpa suya, añadió Bolívar. Así es que tendrá usted la medalla de Carabobo.

Unos meses después emprendió James viaje a la capital de la República, a reclamar sus sueldos no devengados y la recompensa pecuniaria que le correspondía conforme a las leyes. Largo y penoso fue el tránsito, pero por fin se halló en Bogotá, tan sano y regocijado co-

mo había salido de Inglaterra, con una pierna menos y una charretera más, la cruz de Carabobo en el pecho, veintiocho reales en el bolsillo, y un loro alborotador y parlanchín en el hombro.

Diéronle como haber militar ochocientos pesos en dinero, pagáronle harto mermados sus atrasados sueldos y raciones; y como advirtió que el frío de las llanuras altas le hacía doler la cicatriz más de lo que él quisiera, compró en una de las tierras calientes menos lejanas de Bogotá, unas fanegadas de terreno a medio cultivar, con su casita pajiza en el centro y algunos árboles frutales ajenos al riego y a la podadera y medio ahogados por la maleza.

Limpió y pintó de nuevo la habitación, adornóla con grabados de periódicos ingleses, menos la salita, donde no había más pinturas que un retrato del libertador Bolívar, con los brazos cruzados, y otro del duque de Wellington, con capa y sombrero de copa alta; amuebló los cuartos con seis sillas de paja, una hamaca de lino, mesa amplísima, que así servía de escritorio como para comer en ella todos los

días y para aplanchar la ropa una vez a la semana. El huerto se cercó con guadua picada, mondáronse los árboles, que alternaron con arbustos de rojo y jazmín; y una bellísima envolvió con sus profusas florecillas rosadas las columnas del corredor y trepó hasta la cumbre del techo pajizo.

Los demás habitantes de la granja aquella eran un perrazo lanetas que respondía al nombre de *Turk*, unos toches en sus jaulas de caña, y, en el pesebre, una yegua rosada sin una oreja. No enumero, por decoro, una docena de gallinas y dos cerdos que andaban sueltos en los alrededores de la casa. He dejado aposta para lo último los dos vivientes principales de la casa, por ser los que desempeñan papel principal en esta verídica historia. Uno era el loro, que no cesaba de vociferar, llamando las gallinas, arriando las mulas, llorando y riendo y formando las más enrevesadas combinaciones de inglés y castellano:

—¡Thrice welcome Death! Ave María purísima. ¡Oh dear me! Piu, piu, piu. ¡God save the king! Patojito real, daca la barca. ¡Encarnación!

La otra individualidad era la criada del teniente, muchacha calentana, de color de guayaba madura, grandes ojos rasgados, trencitas de pelo negro que no le alcanzaban ni a los hombros, desmedrada de cuerpo, pero garbosa en los meneos y el andar.

Con aquella inquietud que le distinguía, James no paraba más de tres días en casa. Andaba de uno en otro pueblo, tratando y contratando para lucrar el pan de cada día; y más que el pan, se ganaba las simpatías y voluntades de cuantos le iban conociendo. Un día salió temprano de un pueblo ribereño del Magdalena, y anduvo sin parar por aquellos llanos con un solazo que derretía las piedras. A la caída de la tarde, se nubló de repente el cielo y empezaron a descender unos goterones como pesetas; a poco se convirtieron las gotas en chorros de agua y se desató una lluvia desafortada. El teniente, bien defendido con su impermeable, no aflojó el paso, hasta que llegó a una de aquellas corrientes que son, en verano, un hilito de agua medio escondido en un lecho hondo y pedregoso; y en invierno son torrentes invadeables. Bien advirtió él que la quebrada iba

crecida, pero no hasta qué punto. Acercó su cabalgadura a la orilla; la yegua bajó la cabeza, olfateó el agua y resopló con violencia; animóla el jinete con un toque en las riendas y una caricia con los talones, y el valiente animalito se lanzó al torrente. Dio tres o cuatro pasos con el agua a la cincha, y al avanzar uno más, se halló sin fondo y empezó a nadar hacia abajo impelida por la corriente. Por fortuna el caballero era ágil como un mono, y no obstante la pierna que le faltaba, no perdió la silla; y la yegüita, a pesar de su mezquino aspecto, era veterana en semejantes aventuras. Total: que salieron la rosada y el inglés media cuadra abajo, a la ribera opuesta; el irracional, que no lo pareció entonces, con una herida en la pata; y el racional, que no lo estuvo mucho, empapado hasta los huesos.

Dos horas más tarde, ya cerrada la noche, llegó a su casa; apeóse con harto trabajo, porque sentía el cuerpo molido como una alheña; mudóse ropa, pero no quiso pasar bocado. Se acostó temprano con un dolor dilacerante en las sienes; le sobrevino un violento calofrío, seguido de intensa calentura, y a eso de las nueve

quedóse como un tronco, sin movimiento, sin habla y, al parecer, sin conocimiento ni sentido.

Así se estuvo cinco días, durante los cuales la criada no se apartó, ni a sol ni a sombra, de la cabecera del enfermo, salvo los ratos que pasaba en la cocina preparándole el caldo que le daba a cucharaditas, y los remedios caseros que le administraba según su leal saber y entender. Médico, no se llamó, ni se habría podido tampoco; que no lo había en ningún pueblo a la redonda. Zumo de pelá y limonadas con azúcar, volvieron al inglés a la vida. Una mañana sudó copiosamente, la frente y las manos se refrescaron, y el enfermo abrió los ojos como quien despierta.

Miró asombrado en rededor suyo, y luégo, con voz apenas perceptible, dijo:

—Encarnación, usted ha cuidado mucho a mí. Gracias.

—No hay de qué, míster, contestó ella.

Un minuto después, ensayó una sonrisa y añadió:

—¿Por qué ha cuidado usted a mí? Encarnación.

—¡Mire qué cosa! Porque me da lástima verlo malo, y porque es obra de caridad, y también....

—¿Por cuál otra cosa? Encarnación.

—Porque le he cogido cariño, míster.

—Yo también tengo cariño a usted. Yo quiero casarme con usted, Encarnación.

A esta declaración y propuesta de matrimonio, que sería inverosímil si no hubiera sido cierta, no respondió la interesada, sino el loro, soltando una risotada y prorrumpiendo: ¡Ja! ¡ja! qué risa me da. ¡God save the King! ¡Qué toquen bonito que quiero bailar!

Encarnación se refugió en la cocina, y al pasar por la estaca del loro, le dijo:

—Patojo, te doy parte de que me voy a casar con el míster.

—¿Ya ve? contestó el animal con imperturbable seriedad.

El casorio no se llevó a cabo sino casi un año después, porque hubo que mandar hasta Roma por la dispensa.

El teniente Mac Teaneth no recobró jamás su antigua envidiable salud: quedó resentido del hígado, y de cuando en cuando tenía ata-

ques de lo que entonces llamaban calenturas tercianas, y en la novísima lengua científica se llama paludismo. Además, cuando andaba largo a caballo o a pie sentía violentos dolores en el dedo gordo del pie que estaba enterrado con su media pierna correspondiente en los Llanos de Apure.

Trabajaba poco, viajaba menos y leía más: periódicos ingleses que recibía un su compañero de Bogotá, y que después de estudiados por él y por tres o cuatro súbditos británicos, llegaban a poder de James diez meses, cuando menos, después de haber salido de las prensas. Lo que hubiera hecho mermar la hacienda la relativa ociosidad del marido, lo compensó con creces la diligencia de la mujer, que era una hormiguita para esto de ganar el pan con el sudor de su frente; maldición que nos cumple a los varones, pero que la calentanita había tomado para sí como la mayor de las bendiciones celestiales. A cuadra y media de la casa, a la vera de un sendero que ligaba unas con otras varias de las haciendas más ricas de aquellos contornos, formó una barraca consistente en cuatro palos recios hincados

en el suelo, con techo de palma, paredes de lata de guadua, puerta de lo mismo, estante de tres tablas superpuestas y mostrador de cañabrava. Aquel gasto, como lo llamaban los peones, atraía a los de cuatro o cinco trapiches vecinos, que dejaban los sábados en la noche, y los domingos de aurora a ocaso, todos o casi todos los salarios semanales en manos de Encarnación, a cambio de sancocho, rosquillas de maíz, guarapo fuerte y aguardiente nada flojo. ¡Las marimorenas que se armaban allí! ¡Y qué palabrotas! ¡Y cuando zumbaba el garrote y brillaban los cuchillos cabiblanco! Encarnación, amparada por su mostrador, como torero que ha tomado el olivo, veía y oía aquellos zipizapes tan impávida como su marido delante de la infantería española.

Si James D. Mac Teaneth había perdido un tercio de su salud y dos de su diligencia, en nada veía mermado su humor regocijado y picaresco, ni la permanente alegría de su espíritu, ni aquella filosofía práctica que le hacía tomar las cosas y los casos por donde menos quemaran. Era queridísimo de todos sus vecinos y popularísimo en el pueblo, donde aparecía

de cuando en cuando los días de mercado. Le estimaban no sólo por el buen carácter, sino porque era rectísimo y veraz, honrado hasta el escrúpulo, delicado en sus proceder hasta la nimiedad, generoso hasta rayar en pródigo.

Sólo era mal humorado y hasta agresivo cuando se trataban asuntos de religión o de política. Presbiteriano intolerante, no transigía con quien pensara de manera diferente de la suya; lo que no obstaba para que fuese buen amigo del cura, quien se cuidaba de tocarle en la conversación materias religiosas. En política fue boliviano entusiasta, ministerial más tarde, conservador al fin de sus días. Detestaba a Santander, a Obando, y más tarde a Mosquera; pero era amigo y defensor de López. Cuando delante de él se nombraban juntos a López y a Obando, en són de elogio o de censura, decía:

—Por mí, Obando y López son una misma cosa; con esta diferencia: que son todo lo contrario.

Para concluir, y porque no se crea que soy parcial a favor de mi héroe, confesaré que algunos domingos por la tarde se encerraba en

su aposento con una botella, que las gentes mal informadas suponían ser de whisky, pero que la verdad sea dicha, era de puro anisado. Ni puedo callar que el lunes amanecía el teniente triste y desmirriado y la botella completamente vacía.

La gente tradujo el nombre James, no por Jaime, ni aun por Jacobo, sino por la españolísima forma de Santiago; y el mismo vulgo, abusando de su carácter de *jus et norma loquendi*, convirtió el apellido Mac Teaneth en Martínez, cosa que, lejos de enfadar al veterano, le hacía muchísima gracia. Don Santiago Martínez, o el cojo Martínez, vino a ser el nombre del antiguo soldado de Bolívar, y en esa forma heredaron sus hijos el apellido y con ella firma su biznieto los presentes recuerdos.

II

De aquel matrimonio, si jamás cariñoso nunca mal avenido, nacieron, con intervalo de cinco años, dos hijos: varón y mujer. El primogénito, que fue mi abuelo, era de chico un muchachazo moreno, rollizo, de cabello cerdoso

que casi lindaba por delante con las cejas. Se crió en camisa, primero en cuatro y después en dos patas, mocoso, mugriento, en compañía de las gallinas y los cerdos. A los diez y ocho años sabía leer a tropezones, contar con los dedos, firmar con unas letras tamañas; pero, en cambio, enlazaba un toro a treinta yardas de distancia, domaba un muleto bravío hasta convertirlo en manso cordero, nadaba como un pez, y daba un bofetón, cuando la ocasión era llegada, que si diera el segundo, no habría quien contara el cuento más tarde.

Debajo de aquellos exteriores espinosos como de higo chumbo, tenía un corazón sanote y dulce como la pulpa del precitado fruto.

La mujercita, que respondía al nombre de Nelly, en cumplimiento de ley de atavismo era rubia, pero de un rubio pálido como lino al natural, ojiazul, blanca y rosada como concha de caracol marino, de facciones irregulares, dientes espléndidos, carácter de paloma. Le dieron mejor, o digamos menos mala educación que al hermano. Tuviéronla un año en la escuela de la villa, y de allí pasó al colegio de la Merced, donde los merecimientos de su padre para

con la patria le alcanzaron una beca gratuita. Aprendió a leer bien, escribir pasablemente, las cuatro reglas de aritmética y alguito de geografía: de historia profana lo suficiente para saber quién fue César, qué ciudad enervó al grande Anibal, cuyo era el caballo Bucéfalo, y cuál el primer emperador cristiano. Cosía que era maravilla, calaba y bordaba lindamente y hacía encajes como una flamenca. Piadosa, buena, tímida en demasía, se sonrojaba de la brisa, cuánto más de las gentes.

Algunas frases que le aprendió a su padre, diez lecciones que le dio una inglesita su amiga en vacaciones, y un texto de Robertson que ella estudiaba por sí, le comunicaron un mediano caudal de lengua inglesa, pero con una pronunciación tan netamente granadina y después colombiana, que ni el más perspicaz de los súbditos de su graciosa majestad le habría entendido o adivinado una palabra.

Un día que Mr. James convidó a almorzar a dos compatriotas suyos recién llegados a la comarca y ayunos de toda palabra castellana, la maritornes de servicio hizo, al pasar los platos, una barbaridad de padre y señor mío.

Nelly enrojció como la grana y miró a su padre.

—Diga usted, le observó James, diga usted a este animal lo que ella debe hacer, pero dígalo usted en inglés, porque estos señores no le comprendan.

Con lo sonrojada que vivía con las chanzonetas del papá, sin mimos de la madre, que no tenía espacio sino para atender a la hacienda y los negocios: en aquel campo, retirado de toda amistad y trato, la pobre Nelly concentró toda la ternura de su alma en el loro, en aquel loro bilingüe que el teniente había traído de sus campañas gloriosas. Lo acariciaba, lo cubría de besos, le confiaba gozos y pesares; y preciso es ser justo al reconocer que el confidente aquel jamás reveló los secretos de su señora, a pesar de la intemperancia de lenguaje que lo distinguía. Cada mes enriquecía su léxico alguna nueva frase que Nelly le enseñaba, desmintiendo el proverbio de que loro viejo no aprende a hablar. Aunque ahora advierto que atendida la longevidad de esos animalitos, el de casa no era loro viejo, sino loro maduro, lo que no impedía que fuera perfectamente verde.

Lo que más agradaba a Nelly en boca, o digo mejor, en pico del loro, era una balada inglesa que Mr. James canturreaba con frecuencia y cuyo estribillo era

My last thought for him.

Que en castellano significa: para él mi último pensamiento.

Con su poquito de inglés granadinizado, la sangre británica que tenía de su papá, el color de los ojos y del cabello y su nombre de Nelly, la excelente criatura se persuadió que era inglesa de cepa, súbdita de la reina Victoria, y tan auténtica anglosajona como el duque de Norfolk. No pasó por la traducción de su apellido, como el vulgarote de su hermano, que firmaba Emeterio Martínez, sino que ponía al pie de sus cartas Nelly Mc. Teaneth; y a pesar de su buen natural, tuvo un berrinche tremendo un día que recibió una carta a la señorita Elena Martínez. Sacrificaba con frecuencia al honor de su nombre la jícara de espumoso chocolate que le llevaban de desayuno y de merienda, apechugando con la taza de sutilísimo té que ella misma fabricaba. Y, no te-

niendo mejor empleo que darles, malbarataba sus frases inglesas dirigiéndolas a la cocinera o a los peones del trapiche.

—¡Filomena un poco de agua! Son uota, plis.

—¡Adiós, Mateo! ¡Ai bi yu feruel!

Sucedió, pues, que arribó por aquellas tierras un ingeniero mozo y buen mozo, enviado por una compañía industrial de Mánchester, a ver de averiguar por unos yacimientos de hulla que se suponía existir por allí. Era alto, recto y delgado, sin pelo de barba y con aspecto de niño el rostro, valiente ante fatigas y riesgos, pero casi tan corto de genio como Nelly, para esto de las sociales relaciones. Como lo que voy narrando no es novela, sino historia que pretende ser verídica, abreviaré diciendo que al inglesito le gustó mi tía Nelly, que él fue de todo el agrado de ella; que se comunicaron sus impresiones, y que convinieron en que Peak, que éste era el nombre del mancebo, hablase con don Santiago. La conferencia estaba fijada por los dos cuasi novios para el 1.º de enero, día en que Peak estaba convidado a comer en casa de Mac Teaneth. Ni este último ni su mujer sabían, ni maliciaban jota del idilio.

Resolvió el ingeniero aprovechar la mañana de aquel día en reconocer un abandonado socavón, situado entre malezas tupidas en la falda del opuesto cerro, y que, según tradición de la comarca, había sido entrada a un rico yacimiento de carbón. Partió, acompañado del dueño del terreno donde la supuesta mina dormaba y de dos peones avezados a aquellos trabajos. El socavón tendría unas noventa yardas de largo, y no más de una de alto. Entró adelante, a gatas, un trabajador con un cabo de vela en la mano; seguíale Mr. Peak, doblado como una f, y portador de una piqueta de hierro. Los otros dos hombres quedaron en expectativa, en la entrada de la galería. Alcanzaron a oír los golpes del pico sobre la roca, y en seguida un estruendo semejante al redoble de un trueno lejano. El segundo obrero, sin vacilar, encendió luz y penetró en el antro. Minutos después el patrón lo vio salir gateando de espaldas. El socavón se había derrumbado en el último tercio de su longitud, dejando sepultados a los dos exploradores.

Nelly había estrenado aquel día un blanco traje de gasa, ceñido con ancha cinta azul y

se había adornado los cabellos con un hermoso jazmín del cabo. Acodada a la barandilla del corredor frontero estaba por la tarde, soñando despierta y mirado el camino por donde debía llegar el ingeniero, cuando vio que adelantaba hacia la casa un hombre a caballo, seguido de cuatro peones que llevaban a hombros una camilla rústica, cubierta de hojas verdes. Dióle el corazón un vuelco; los caminantes llegaron, subieron las gradas, y sin explicación alguna, pusieron casi a los pies de la infeliz muchacha el cadáver ensangrentado y enlodado del bizarro Peak.

A los gritos con que el de a caballo llamaba a don Santiago, acudieron todos los habitantes de la casa. La pobre Nelly se quedó clavada en su sitio, blanca como un papel, con los ojos saltados e inmóviles. Unos minutos después rompió en sollozos, seguidos de llanto copiosísimo. Sus padres atribuyeron aquella crisis al espanto que ocasiona a una muchacha tímida la vista inopinada de un difunto.

Aquel día terminó para la cuitada la modesta felicidad de su vida, presa como quedó de un dolor tanto más punzante cuanto no se con-

solaba revelándose, ni se aliviaba con lágrimas, ni se mostraba con un vestido de luto. Siguió la valiente niña con su cruz a cuestras, sostenida por la honda piedad cristiana que le había infundido, en la época del colegio, un fervoroso y docto sacerdote.

Pero algo había que conceder a la flaca naturaleza; y Nelly reconcentró todos los afectos de su corazón en el loro, en quien parece que hubiera imaginado transmigrada el alma del ingeniero malogrado. Bautizó el pájaro con el nombre de Peak, cosa que a nadie chocó en la casa: tan inadvertidas así habían pasado las pretensiones del inglesito, tan en poco le habían tenido, tan sin pena los había dejado su muerte. Nelly acariciaba el pájaro con más ternura que antes, le contaba a solas sus quebrantos. Lo que más le repetía era esto: «Peak, óyeme bien: my last thought for you».

Y Peak solía repetir: «My last thought for him».

En 1861, en lo más crudo de la guerra civil, don Santiago se acostó una noche tan bueno y sano. Cuando por la mañana fueron a llevarle el té y el agua caliente para afeitarse, lo

encontraron cadáver. La mujer le siguió en breve al sepulcro.

No voy a narrarte, lector amigo, el matrimonio de mi abuelo, ni el nacimiento y casorio de mi padre, ni mi venida al mundo. Cosas todas fueron que nada tuvieron de extraordinario, y por lo tanto, si interesantes para mí, son para ti absolutamente indiferentes.

Bástete saber que a los diez años quedé huérfano, sin padres, sin abuelos, sin más deudo que la excelente tía Nelly. Ya su cabello no era rubio como lino nativo, sino blanco y brillante como plata; ya no tenía frescas y sonrosadas mejillas como concha de caracol marino, sino rostro surcado de arrugas, como manzana marchita; pero conservaba sin mengua la inagotable bondad, el amor a todo lo británico, la fidelidad a la memoria del ingeniero y el cariño entrañable al loro, símbolo y encarnación para ella del primero, último y único amor de su vida.

Mi tía me sirvió de madre y de la más cariñosa y tierna de las madres; enseñóme lo que sabía, me costeó más tarde la educación en el colegio del Rosario; y llegó su ternura conmi-

go hasta confiarme una tarde de vacaciones la historia que yo acabo de narrar a mis lectores. Me permito faltar a la modestia declarando aquí, como lo hago, que no fui ingrato con mi benefactora, y procuré aprovechar lo mejor que supe el tiempo de mis estudios.

Empezado el año de 1895, tomó mi tía la cuerda resolución de vender la herencia paterna y venirse a vivir a Bogotá. Viejecita y con salud cada vez más quebradiza y precaria, ni le estaba bien la soledad de aquellos campos, ni ya le alcanzaban las fuerzas para beneficiarlos. Cuarenta mil pesos obtuvo de la venta, que impuestos a interés en manos probas y seguras, le daban con qué pagar los alquileres de la habitación, comer y vestir sin ostentación y tenerme como alumno interno en el colegio.

Pero sobrevino la última contienda civil, la que duró tres años y medio, la que hizo de Colombia un yermo inundado de sangre, la que renovó los horrores de la antigua guerra a muerte de Venezuela, la que hizo blanquear los campos con las osamentas insepultas de cien mil colombianos. Quiso apagar el incendio con un

diluvio de moneda de papel, perdió ella su valor, subieron las cosas de precio a las cumbres, y los cuarenta mil pesos aquellos, fruto del trabajo de tres generaciones de hombres honrados, quedaron reducidos a cuatrocientos! Los dolores del alma, la flaqueza de la ancianidad se sobrecargaron para mi buena tía con el peso de escaseces y miserias.

Llegó para ella la enfermedad postrera, breve pero dolorosísima, sobrellevada sin una sola queja. Recibió los sacramentos con angelical fervor, y perdió a poco los sentidos. La estábamos acompañando la vieja doméstica de confianza y yo; el cura de la parroquia la exhortaba a bien morir con blandas palabras.

De repente, abrió los ojos; girólos en rededor del aposento, y murmuró dulcemente:

—Peak, my last thought for you.

—¿Qué dice la señora, preguntó el sacerdote.

Oyó ella la pregunta; con un ademán le pidió al cura el crucifijo, lo tomó con las manos trémulas y exangües, llevólo a sus labios, y dijo con voz perceptible y clara:

—Perdón, Señor... Para ti, Jesús mío... para ti solo... ¡el último pensamiento de mi vida!

Reclinó la cabeza en las almohadas y exhaló el alma.

El loro gritó en ese momento desde su estaca:

—¡God save the Queen! ¡Pobrecito el patojito!

.....

Tengo veinticinco años, ánimo para el trabajo, excelente forma de letra; sé de cuentas y entiendo bien y hablo el inglés no tan mal. Si el lector sabe de algún puesto vacante le agradeceré me lo indique. Puede escribirme a Bogotá, Hotel Universal, calle 29, número 174.

1907.

OSCAR E. MARTÍNEZ

LOS NOVIOS DE MIMI

(Sobre un cuento de Jules Lemaître).

....y la Cenicienta se casó con el hijo del rey.

Unos meses más tarde falleció el monarca; los cortesanos alzaron al príncipe sobre un pavés, y un heraldo gritó desde el balcón de palacio:

—¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

La reina Cenicienta tuvo una niña que se llamó la princesa Mimí.

La princesa Mimí era linda como un sol, buena como un ángel, y de un talento extraordinario. La tez sonrosada, la cabeza rubia y los ojos azules le asemejaban a un ramillete de flores.

Cuando cumplió quince años hubo que pensar en casarla, conforme a las leyes del reino.

Mas, como era princesa, no podía casarse sino con príncipe.

Y no había, en quinientas leguas a la redonda, más que dos príncipes: el príncipe Polifemo, que era siete veces mayor en estatura que Mimí, y el príncipe Pulgarcito, que era siete veces menor en tamaño que ella.

Ambos estaban prendados de Mimí, pero ninguno era correspondido: el uno por lo grandulazo y el otro por lo pequeñín.

Sin embargo, el rey le ordenó a su hija que se decidiese antes de un mes por uno de los dos pretendientes, y a ellos les permitió que cortejasen a la princesa. Quedó convenido que el que recibiera calabazas no se daría por ofendido con su rival.

Polifemo llegó con sus regalos: bueyes, carneros, quesos tamaños como una piedra de molino, frutas por canastadas.

Pulgarcito llevó canarios y alondras en jaulas doradas, flores y joyas, chirimbolos y prendengues. Aquello semejava el mobiliario de una casa de muñecas.

A Polifemo le iban escoltando ocho gigantes vestidos de pieles de tigre y de oso; a Pul-

garcito, treinta bufones vestidos de arlequines y con gorros puntiagudos terminados en un cascabel.

Polifemo hizo verbalmente su autobiografía.

—No creáis, señora, lo que un poeta llamado Homero ha escrito sobre mí. Comenzó por afirmar que yo no tenía sino un ojo, y ya veis que los tengo entrambos. No puedo negar que hace como cuatro mil años conservaba todavía el hábito de comerme vivos a los hombres que llegaban a mi isla, pero no lo hacía con mala intención, sino que como eran tan diminutos, me los sorbía yo sin escrúpulos de conciencia, como podéis vos comeros, al empezar el almuerzo, media docena de ostras. Por fin desembarcó en mis tierras un griego llamado Ulises, quien me hizo comprender que aquellas criaturitas eran hombres como yo, que tenían madres, esposas, hijos que los lloraban cuando yo me los comía. Desde entonces no he vuelto a alimentarme sino de la carne y la leche de mis rebaños. Yo no soy malo; y ya veis, princesa, que a pesar de mi tamaño y de la fuerza que gasto, soy para con vos tan manso como un cordero recién nacido.



Por vanidad, Polifemo no refirió cómo Ulises lo venció, no obstante la desigualdad de tamaño, ni cómo le vació los ojos, que sólo recobró el gigantón varios siglos más tarde, merced a los remedios del sabio nigromante Fres-tón.

Mimí pensaba para sí:

—Este coloso es capaz de devorarme cualquier día que tenga hambre. Y el príncipe Pulgarcito es tan minúsculo, que el peligro está en que yo me lo coma, por distracción, a la hora menos pensada.

Pulgarcito refirió también su historia:

—Unos pérfidos encantadores quisieron extraviarme en un bosque con mis seis hermanitos. Pero tuve la precaución de llenarme los bolsillos de piedrecitas, que fui dejando caer al disimulo, y pudimos volvernos sin dificultad a casa. Por desgracia, topamos con el Ogro, que nos llevó a su palacio y nos acostó en su propia cama, que era tan grande como la azotea de este castillo. Me hice el dormido y alcancé a oír que el Ogro pensaba desayunarse con nosotros siete al amanecer del día siguiente. Coloqué entonces en nuestro lugar a las siete

te hijas del monstruo, y le robé las botas de siete leguas que me sirvieron mucho en cierta guerra que hube de hacerle a uno de los reyes limítrofes de mi principado. No me he vuelto a poner aquellas botas, porque son de suela muy áspera y me lastiman los pies, y porque como a cada paso lo hacen avanzar a úno siete leguas, le quitan al paseo todos sus atractivos. Tengo las botas en el museo de mi palacio. Allá las veréis, princesa Mimí.

Por vanidad, Pulgarcito no refirió cómo sus padres eran unos míseros leñadores, e imitó a Polifemo en lo de mezclar lo falso a lo verdadero; porque el amor, el interés y también la imaginación, nos hacen mentir en ocasiones.

Un día Polifemo, acostado en el tapiz de Persia del salón—no había asiento que lo resistiera—con las piernas estiradas que daban hasta la pared de enfrente, le dijo a Mimí, con un vozarrón que parecía truenos, y que hacía temblar las vidrieras de colores y mecerse las lámparas de plata pendientes del artesonado de cedro:

—Soy pobre de espíritu pero recto de corazón y fuerte de cuerpo. Arranco los peñascos

y los lanzo al mar, desnudo un toro de un puñetazo, y los leones del desierto tiemblan en mi presencia. Veníos a mi tierra. Veréis montañas que tocan el cielo, azules por la mañana, rosadas por la tarde; lagos como mares, pero tersos y diáfanos como un espejo; selvas tan viejas como el mundo. Os llevaré a dondequiera que lo deseéis. Iré a coger, para obsequiaros, en mesetas altísimas, flores que a ninguna otra mujer sirvieron de adorno. Mis compañeros y yo seremos esclavos vuestros. ¿No es destino envidiable y nunca visto llegar a ser una diosa pequeñita, servida por gigantes, ser reina única—linda y frágil—de las selvas y las montañas, los torrentes y los lagos, los leones y las águilas?

La princesa no era indiferente a aquellas frases. Se estremecía, pero gozaba como un gorrioncillo preso en el hueco de una mano poderosa, que sintiera que él es dueño de la mano que casi lo ahoga, y que en realidad el cazador es su cautivo. X

Entonces Pulgarcito, arrebuñado en un pliegue de la falda de Mimí, le decía con su armoniosa vocecilla de cristal:

—Preferidme, princesa. ¡Ocupo tan poco sitio! ¡Qué gozo para mí pensar que podéis hacer conmigo cuanto os venga en voluntad! Sabré amaros con talento; decíroslo de cien modos diversos, y adivinar los secretos deseos de ese corazón, y cambiar mis palabras según que estéis triste o regocijada, animada o lánguida; según las horas del día y las estaciones del año. Os rodearé de cuanto inventó la industria humana para hechizar la vida; no tendréis sino objetos elegantes, telas riquísimas, estatuas cinceladas, joyas y perfumes. Os referiré historias y cuentos llenos de interés, veréis en el teatro de palacio los primeros comediantes y trágicos del mundo. Soy músico y poeta. Vale más descubrir la naturaleza y sentirla que dominarla por fuerza; es más arduo domar vocablos que domar tigres; más estimable la agilidad de la mente que la fuerza de los músculos....

Y Mimí se sonreía y cerraba los ojos como si la estuvieran arrullando.

Una mañana dijo a sus dos pretendientes: —Hacedme unos versos por favor.

El príncipe Pulgarcito se recogió un momento, y luégo recitó estos versos, chiquitos como él:

Me llaman unos
 El Pulgarcito,
 Y otros más tunos
 Nené Pulgada;
 Me importa un pito,
 No importa nada.

En la gotita
 Que la mañana
 Deja en la hojita
 De mejorana,
 Íntegro el velo
 Turquí del cielo
 Fiel se refleja
 Con sus primores.
 Pura conseja,
 Decir semeja
 Que tantas flores
 Tan olorosas
 De los jardines,
 Miles de rosas
 Y de jazmines
 Ricos de esencia,
 Logre la ciencia,
 Quién sabe cómo,
 Tener guardadas,
 Reconcentradas
 Dentro de un pomo.

Aunque soy chico,
 No soy pequeño;
 Príncipe y rico,
 Te ofrezco, con
 Férvido empeño
 Mi corazón.

—¡Primorosos! ¡Exquisitos! dijo la princesa.

—Favor que me hacéis, señora, repuso Pulgarcito, irguiéndose de satisfacción y creciendo al parecer dos milímetros.

Mimí, que a pesar de su candor, tenía su poquito de coquetería natural, y gustaba hacer a sus pretendientes un favor y un disfavor, dijo entonces:

—Aunque son de estilo algo anticuado, pura escuela romántica.

—¡Eh! dijo Polifemo, no debe de ser difícil hacer versos tan menuditos.

—Ensayad, le dijo Pulgarcito.

El gigante se la pasó cavilando el día entero. Nada se le ocurría. A veces se daba en la frente unos puñetazos tremendos, pero ni por esas. ¿Cómo era posible no poder expresar, siquiera en dos renglones iguales, lo que él tenía allá adentro tan vivo y tan hondo? Aque-

llo era inconcebible.... Por fin, a la tarde, cayó en la cuenta de que *amor* es consonante de *flor*. Tres horas después, entró al gabinete de Mimí y le dijo:

—Ya está aquello.

—Vamos a ver, respondió la princesa.

—Ahí va:

Eres bella como una flor,
Por eso te tengo yo mucho amor.

La princesa soltó la risa.

—¿No están buenos los versos? preguntó Polifemo.

—Y tan fácil como habría sido hacerlos mejores, replicó Pulgarcito. Podríais, por ejemplo, haber dicho:

Rubia de mis amores, cierto que eres chiquita;
Pero en cambio, tan mona, resalada y bonita.

—O también:

Yo soy, señora, un gigantón zoquete,
Tontamente prendado de un juguete.

O de esta manera:

Explicame chiquilla,
Un problema que ofusca mi razón:
¿Cómo haces, sin llegarme a la rodilla,
Para herirme de frente el corazón?

Por último:

Lo que está sucediendo es fuerte cosa:
Un roble enamorado de una rosa.

—Muy bien, príncipe, dijo Mimí.

Peró advirtió entonces que por las mejillas del gigante se deslizaban dos lágrimas del tamaño de huevos de gallina, y se sintió profundamente compadecida. Al mismo tiempo creyó advertir que Pulgarcito se mostraba demasiado satisfecho de sus habilidades, cosa de malísimo gusto.

—Y es bueno este animalón, pensó Mimí. Si quisiera podría destripar al muñequito éste sin tocarlo, o darle un susto de padre y señor mío, metiéndoselo en el bolsillo del chaleco.

Se volvió a Polifemo y le dijo con la mayor dulzura:

—No os aflijáis, amigo mío. Puede que vuestros versos no sean perfectos, pero están compuestos con el corazón, y dicen lo que deben decir.

—Pero ni siquiera son versos, replicó Pulgarcito. El primero tiene nueve y el segundo once sílabas. Y este último lleva el acento en la quinta. Sin contar la cacofonía *te ten*, y lo trivial de la idea: bella como una fllor, y lo prosaico....

—Todo eso no prueba, dijo Mimí con imperio, sino que Polifemo es poeta decadente. ¡Silencio! príncipe Pulgarcito.

Para contentarlo del regaño, le regaló tres días después un vestido de la misma tela del traje que vestía ella aquella mañana. Al ver semejante cosa, Polifemo se consternó y se lo dijo así a la princesa.

—¡Ah! no le atribuyáis a ese regalo ninguna importancia. Me sobró un retazo del vestido, y le mandé hacer un flux a Pulgarcito. No os lo destiné, porque no habría alcanzado sino cuando más para un lazo de corbata.

Pulgarcito le trajo a Mimí un botón de rosa que era una verdadera miniatura, un primor, y ella se lo prendió inmediatamente en el pecho.

—Una rosita, dijo Polifemo. Voy a que la compare con las flores que se dan en mi tierra.

—Y mandó a uno de sus gigantes, que abarcaba siete yardas de cada paso, a que le trajera la flor. El mensajero llevaba orden de caminar día y noche.

Volvió trayendo un ramo de flores encarnadas, tan grande cada una como la campana de una catedral, y Polifemo presentó su ramillete con aires de triunfo.

—Está bellissimo, dijo Mimí sonriendo, pero ¿qué hago yo con él, mi querido príncipe? No puedo prendérmelo ni en el corpiño ni en el cabello.

El buen gigante, todo corrido, bajó los ojos y no supo qué responder.

Hallábase el palacio de la princesa Mimí rodeado de un vasto parque, atravesado por un ancho río de azules ondas. En medio de un islote, se levantaba un pabellón de porcelana de colores, con vidrieras de piedras preciosas unidas por listoncillos de plata. El arquitecto le había dado al cenador aquél la forma de un tulipán descomunal. Gustaba la princesa pasar

allí horas enteras, por el gusto de verse suspendida entre el azul del cielo y el azul del río.

Un día que estaba allí, medio tendida en una turquesa, soñolienta y soñando, sintió unos mugidos espantables. Se levantó sobresaltada, abrió un postigo de la ventana, y vio que el río bajaba como un mar; había sumergido ya el puente e inundaría en breve la habitación. Tuvo miedo, y comenzó a pedir socorro a grito herido.

El rey su padre, la reina Cenicienta su madre, y el príncipe Pulgarcito se hallaban en la ribera, pálidos, con la angustia pintada en los semblantes y las manos levantadas al cielo.

En esto se presentó Polifemo, se metió sin vacilar al río con el agua a la cintura, llegó de cuatro zancadas al pabellón, puso a la princesa en las palmas de las manos y unos minutos después la colocó suavemente en el césped de la orilla.

—¡Oh! pensó Mimí, qué cosas tan bellas son el tamaño y la fuerza. Con él estaría yo protegida de todo peligro; viviría tranquila, sin aprensiones ni miedo. Probablemente me decido por el gigante.

Y se sonrió con él de un modo tan expresivo, que el hombrón sintió un calofrío de satisfacción que le recorrió el inmenso cuerpo de la cabeza a los pies.

Al siguiente día amaneció Pulgarcito acobardado y triste. Mimí, para consolarlo, lo convidó a paseo. Lleváballo de la mano, y se fingió cansada, para ir despacio y no fatigar al príncipe. Llegaron a un prado donde había una manada de ovejas. Por desgracia, Pulgarcito llevaba un casaquín de terciopelo encarnado. Chocó el color aquél a uno de los carneros, que se vino disparado, con la cabeza baja sobre el malaventurado principillo. Diose él por muerto, pero antes de que pudiera tomar resolución alguna, Mimí lo alzó, y al propio tiempo acertó a abrirle la sombrilla al carnero. Dio el animal asustado media vuelta a retaguardia y se volvió a sus ovejas.

—Hizo bien en salir huyendo el bruto ese, dijo Pulgarcito. Si se me llega, lo mato, y después habrían sido molestias con el dueño.

—Qué dulce, pensó Mimí, es tener una persona débil e inerme a quien proteger. Y es imposible no amar a una criatura que necesita apo-

yarse en úno, y sobre todo cuando es tan bonita y tan inteligente como este príncipe Pulgarcito.

Esta reflexión la decidió y anunció al rey su padre que aceptaba al príncipe Pulgarcito por esposo y marido.

Cuando Polifemo lo supo, lanzó un suspiro que hizo retemblar el palacio, pero como era tan hombre de bien, se inclinó casi hasta el suelo, y alargó la manaza a su afortunado rival. La manecita del novio apenas se alcanzaba a ver entre la del gigante.

—Hacedla feliz, dijo Polifemo.

Ocho días más tarde se iba a celebrar en la capilla del palacio el matrimonio de Mimí con su alteza el príncipe Pulgarcito. Ya estaban los desposados al pie del altar, aguardando la salida del capellán, cuando vinieron a decir que acababa de llegar el príncipe Querido, ausente hacía muchos años y que deseaba presenciar el matrimonio.

Invitáronle a entrar. Era de buena estatura, elegante porte, negros y expresivos ojos, barba y cabello castaños. Poderoso y rico, tenía además muchísimo talento, gracia exquisita y muchos y variados conocimientos.

Cuando Mimí lo vio, se puso pálida como un cirio, en seguida encendida como grana.

Polifemo se acercó a Pulgarcito, e inclinándose mucho le dijo al oído:

—Lo que yo hice, ¿no tendréis valor de hacerlo?

—¡Pero si la amo tanto!

—Por eso, respondió el gigante.

—Princesa, dijo Pulgarcito después de un minuto de silencio, os devuelvo la palabra que me disteis. Casaos con el príncipe Querido; os amo demasiado para sacrificar vuestra felicidad a la mía.

La historia no refiere cuál sería la respuesta de la princesa.

El gigante y el enano salieron de la iglesia.

—Vámonos juntos, le dijo Polifemo, yo defenderé vuestra debilidad y vos corregiréis mi torpeza. Hablaremos de *Ella* todo el día y la protegeremos desde lejos.

Con una mano levantó a Pulgarcito, se lo puso en el hombro y echó a andar.

Un cuarto de hora después desaparecieron en el horizonte.

EN BRAZOS DE SU MADRE

Variaciones sobre un cuento de Jules Lemaitre,
titulado "L'Imagier"



HERMOSO era el monasterio aquél, edificado en una elevada meseta. Arriba, la montaña cubierta de abetos. Destacábanse sobre este fondo sombrío los techos puntiagudos y las torrecillas esbeltas de la santa casa. Abajo, el ancho valle, viñedos, trigales, prados circuidos de álamos coposos, y una aldea a orilla de manso y cristalino riachuelo.

Eran los monjes de aquella abadía excelentes servidores de Dios, grandes letrados y magníficos agricultores.

Por las mañanas se alcanzaban a ver los blancos hábitos esparcidos aquí y allá en medio de los campos; por las tardes se les veía pasar de pilar en pilar por las arcadas ojivas del claustro, murmurando un diálogo o una plegaria.

Había entre ellos un religioso, mozo todavía, llamado Norberto, excelente constructor de imágenes. En madera o en piedra, o con arcilla pintada de vivos colores, hacía unas estatuas tan lindas de Jesús, de María y de los santos, que venían desde muy lejos a comprárselas, a muy alto precio, los sacerdotes y personas piadosas para adornar iglesias y oratorios.

Norberto era piadosísimo; tenía, sobre todo, extraordinaria devoción a la Virgen santísima, y pasaba horas enteras al pie del altar de la Inmaculada, inmóvil, calada la capucha, prosternado, con los anchos pliegues del sayal extendidos sobre las losas de mármol.

Algo de soñador tenía en ocasiones. Por las tardes, en la terraza del monasterio, al ver la puesta del sol, se sentía triste e inquieto, y deseaba ir a ver otras regiones distintas del rincón de tierra en que vivía.

El prior le decía entonces:

—¿Qué puedes ver en otra parte que aquí no lo veas? Aquí ves el cielo y la tierra y todos los elementos, y de éstos fueron hechas todas las cosas. ¿Qué puedes ver en algún lugar que permanezca mucho tiempo? Si vieses

todas las cosas, ¿qué sería sino una vista vana? (1)

Los buenos monjes eran muy caritativos y dadivosos, y como eran ricos, llegó un día en que no quedó un solo pobre en toda la comarca. Entonces resolvieron construir una suntuosa iglesia al lado del monasterio.

Hicieron venir en su ayuda centenares de obreros, abrieron hondas canteras en los costados de la montaña, que parecían cicatrices de blanca deslumbradora. Enormes bloques se trasladaron al sitio de la iglesia y se labraron como encajes, y quedó todo el monasterio cubierto de polvo blanco como la harina.

De las jibosas pendientes que dominaban la abadía, se cortaron las encinas más robustas y los pinos más derechos para el enmaderado de la iglesia. Los fueron aserrando y escuadrando, y entonces quedó todo el monasterio cubierto de polvo amarillo como el oro.

Aquello, en medio de la inmensa soledad, parecía numerosa colmena de hombres. Cada obrero, al tallar su piedra para la iglesia futura,

(1) *Imitación de Cristo*, I, 20.

ignoraba dónde le colocarían aquella piedra, y si quedaría a la vista de los fieles, pero sabía que no estaría escondida a la vista de Dios, y todos se regocijaban con la idea de estar colaborando humildes a la bendita labor.

Y la iglesia iba subiendo, subiendo piedra por piedra hacia los cielos.

Un monje de aquella orden, muerto en olor de santidad, en un librito piadoso que escribió y que se tituló más tarde *Imitación de Cristo*, había estampado estas palabras:

«No te pongas a inquirir o disputar sobre los merecimientos de los santos, cuál sea más santo o mayor en el reino de los cielos. Estas cosas muchas veces causan contiendas y disensiones sin provecho; aumentan la soberbia y vanagloria, cuando uno quiere preferir un santo y otro quiere a otro». (1)

Los buenos monjes faltaron a este consejo una tarde que estaban conversando en la azotea del monasterio, después del *Angelus*. Pusieron a disputar sobre el mérito de varios santos, con ocasión de resolver cuál elegirían para

(1) *Imitación de Cristo*, III. 58.

patrono y titular de la nueva iglesia; y cada religioso iba exponiendo su dictamen y sosteniéndolo con calor.

Si hubieran sido personas menos pías, acaso habrían preferido disfrutar en silencio la paz de la serena tarde. No lejos, los muros inconclusos del futuro santuario surgían flotantes en las gasas del crepúsculo, y nuevos como eran, parecían tan bellos y majestuosos como si fueran ruinas. Al pie se deslizaba el riachuelo como serpiente de plata. El oro del poniente teñía de violado los árboles de la llanura; y a largos espacios, un ladrido lejano, el chirriar del eje de un carro ensanchaban el silencio...

Al llegar aquí, el historiador de quien estamos traduciendo estos que llamaremos verídicos sucesos, refiere puntualmente y sin cambiar ni omitir un ápice, lo que fue diciendo y opinando cada uno de los benditos monjes. Estas conversaciones, que suprimimos en beneficio del impaciente lector de nuestros días, prueban que si todos aquellos cenobitas eran santos, como dice la crónica, no todos eran sabios como ella misma asegura. Porque en varias de las opiniones que se emitieron, hay gra-

ves errores en materia dogmática; aunque otros pareceres fueron tan ajustados y correctos, que no habría podido tacharlos ni el mismo Tomás de Aquino, que era el más afamado de los doctores de París.

No hay tampoco por qué extrañarlo: según se colige del texto, allí estaban no sólo los monjes graves que pasaban la vida leyendo, copiando y comentando los códices antiguos, sino también se hallaban los legos y novicios del monasterio, y algunos sacerdotes mozos, que aún no podían hablar de pronto sobre materias teológicas con la precisión y el aplomo que sólo posee el que ha encanecido en la oración y el estudio.

En la disputa estaban, cuando pasó por el sendero al pie de la terraza, un aldeano con la azada al hombro. El prior lo llamó con cariño, y le dijo:

—Si tuvieras bastantes riquezas para poder edificar un templo, ¿a quién se lo consagrarías?

El aldeano respondió:

—No quiero ofender a ningún santo del cielo, pero si su paternidad quiere saber lo que

pienso, yo escogería a san Severiano. Es el santo de mi devoción. Porque me curó la vaca, y me hizo parecer las tres gallinas que se me habían perdido.

Pocos momentos después asomó una mujer por la revuelta del sendero. Pobre pero limpiamente vestida, llevaba en un brazo una criaturita recién nacida, y le daba la otra mano a un chiquito que iba trotando a su lado.

El prior le hizo la misma pregunta que al aldeano. La mujer respondió sin vacilar:

—Yo le dedicaría la iglesia a la Madre de Dios.

—¿Por qué?

—Porque es madre.

Norberto había guardado silencio hasta entonces. Pensativo, estaba mirando cómo se iban esfumando el oro y la púrpura del poniente. Cuando oyó la respuesta de la aldeana exclamó:

—¡Mujer! tienes razón. Pero no sería a la maternidad de María a quien yo le consagraría este templo, sino a su pureza inmaculada. Porque no tuvo mancha, por eso mereció ser Madre de Dios. Es permitido sentir más atractivo

por un atributo especial de María; y yo la amo sobre todo como virgen, y honro de preferencia en Ella la castidad y el amor.

De aquellas discusiones, como sucede de ordinario, no brotó luz alguna, y cada monje se retiró con el mismo pensamiento que había traído. El padre abad, que no había estado presente a la disputa y ni noticia había tenido de ella, determinó dedicarle la iglesia a san Randulfo, patrono y tocayo del señor duque, en cuyas tierras estaba incrustada la abadía, gran protector de la comunidad y a quien se debía un testimonio público de gratitud y estima.

Decidióse que la estatua de san Randulfo se colocaría sobre la puerta mayor; más arriba iría la imagen de la Virgen María, y en la punta del piñón, Jesús crucificado. Norberto recibió el encargo de esculpir las tres imágenes.

Labró, sin grande entusiasmo, la figura de san Randulfo; y como no pudo hacerse a una vida del santo, e ignoraba cuál habría sido su estado y profesión, resolvió armarlo caballero, a semejanza del señor duque. Lo vistió de pies a cabeza con pesada armadura y le figuró las manos, juntas delante del pecho, con unos de-

dazos cubiertos con los guantes de acero. Aquello fue obra de pocas semanas.

En seguida esculpió, de un bloque de granito, un Jesús crucificado, de cuatro toesas de alto. Largo, descarnado, dejaba ver las costillas desnudas, las rodillas como dos cráneos humanos, la tensión de los brazos que producía huecos profundos en las axilas. Hilos de sangre se cruzaban a lo largo del cuerpo, se juntaban en los pies entumecidos y parecían chorrear de los dedos. Tenía la cabeza desgonzada, y de veras aquel crucifijo semejaba haber reunido en sí la gran miseria humana, los horrores de la muerte por inanición, la angustia del desamparo, las torturas de los enfermos, de los leprosos, de los condenados al cadalso, de todos, en fin, los que sufren y agonizan. Y, al mismo tiempo, el rostro expresaba tan dulce resignación, tal certidumbre del próximo descanso, que si el cuerpo ensangrentado decía *Dolor*, la cabeza, aunque coronada de espinas, decía *Esperanza*.

Mas aunque Norberto puso en esta obra todos sus sentidos y toda su piedad, pensaba sin cesar en la Virgen María, cuya imagen iba a

cincelar en breve, y a quien reservaba, no hay para qué decirlo, el esfuerzo supremo de su arte y de su amor.

—Ahora, le dijo el abad, que Dios guíe vuestra mano para que nos deis una imagen celestial de la Madre de Dios con el Niño Jesús en los brazos.

—Pero, dijo Norberto, ¿no debe presentarse en la forma que a ella más le agrada?

—Por lo mismo, repuso el abad, ¿la mayor gloria suya no es la de ser Madre de Dios?

—Sí, replicó Norberto, pero a mí se me figura que la honro mejor representándola, no en su gloria, sino en la actitud de las virtudes que se la merecieron. Además, padre, yo sé lo que produce en el rostro la práctica de la pureza, y no puedo darme cuenta de cómo será el amor de las madres a sus hijos. Ella es todo compasión hacia los pecadores, y cada vez que delinquimos y cuando la justicia divina se prepara a castigar nuestros crímenes, la Virgen se presenta ante el Señor, le hace dulce violencia y le dice: «¡Perdonad! Esos pobrecitos son tan desgraciados, están asfixiados por la materia; rara vez hacen lo que quisieran. Si hubieran re-

cibido las gracias que yo, todos serían santos». Así la quiero representar: con las manos extendidas hacia los pecadores. ¡Cómo las ha de extender si tiene al Niño en los brazos!

—Hijo, todo eso tiende a la singularidad y se opone a la tradición de la Iglesia (1). Os mando que hagáis la estatua de la Virgen, como os lo he prevenido.

Norberto no obedeció.

Todo el tiempo que duró trabajando en la estatua, no quiso dejarla ver, con pretexto de que las reflexiones de sus hermanos le confundían y enredaban las ideas. A solas con su ideal, talló la Virgen que se había imaginado.

Alta y delgada, vestida de rígidos pliegues, con la cabeza y la mirada hacia los hombres, la Inmaculada les tendía aquellas manos divinas de donde fluye el perdón. Para decir verdad, aquello apenas era cuerpo; pero el rostro era tan bello, los ojos miraban con tanta ter-

(1) Realmente, hasta el siglo XVI la Virgen se representó siempre en los altares con el Niño Dios en los brazos. Murillo fue de los primeros pintores que se apartó de este uso, en sus *Concepciones*. Hoy, las apariciones de Lourdes y la de la Medalla milagrosa, han permitido modificar en este punto la Iconografía sagrada.—Véase el tratado de *Iconografía sagrada*, de L. Cloquet, *Lila*, 1901.

nura, la boca sonreía con una dulzura tan triste, la actitud de las manos convidaba tanto a la clemencia, que la vista sola de la estatua, daba gana de llorar, de rezar y de ser santo.

Cuando los monjes la vieron, se iban desmayando de admiración, y el abad mismo la declaró maravillosamente bella.

El historiador que vamos siguiendo, dice que, sin embargo, el abad castigó la desobediencia de Norberto con un ayuno de un mes entero a pan y agua. Pero otros códices más auténticos, cuentan que se contentó con una mirada muy severa, y que, volviendo la cara, se enjugó con el revés de la mano dos gruesas lágrimas que iban rodando por las mejillas.

El sagrado crucifijo, la estatua de la Virgen y la de san Randulfo, fueron colocados en sus sitios respectivos.

La iglesia estaba a punto de concluirse. Dos torres altísimas se levantaban a uno y otro lado de la portada, semejantes a dos manojos de columnillas y agujetas. Norberto, a quien devoraba el celo por la casa de Dios, pasaba todas las horas libres en los techos, en medio de la calada fortaleza de piedra, por las estrechas ga-

lerías, trabajadas como encajes flamencos, entre las gárgolas temerosas y grotescas, bajo los arcos encumbrados y angostísimos de los contrafuertes.

Una tarde no bajó, aunque oyó el toque a completas. Resolvió, por su cuenta, pasarse la noche allá arriba, soñando despierto, sorprendiendo los melindres de los rayos de luna, al pasar por todos los resquicios de aquella complicada arquitectura.

Se hallaba en lo más elevado de una de las torres, en una plataforma que estaba todavía sin baranda. Quiso ver si desde aquella altura se alcanzaría a divisar su amada estatua de la Virgen. Se inclinó sobre el abismo, y allá muy abajo creyó columbrar las dos manos extendidas fuera del nicho.

Se asomó un poco más. Las piedras se habían humedecido con el sereno. Norberto resbaló, y cayó al vacío lanzando un grito de terror.

En la caída, el cuerpo tropezó con un andamio, y fue lanzado sobre el piñón agudo coronado por el enorme crucifijo.

Con ambas manos se agarró de los brazos del

Cristo; y su cuerpo quedó colgando a lo largo de la cruz. Era demasiado ancha para poderla abarcar con las rodillas, impedidas, por otra parte, por los pliegues del hábito blanco.

Allí, cara a cara con Jesús, le suplicaba angustiosamente que lo salvara. Luégo empezó a gritar con todas sus fuerzas; pero los monjes, en gracia de Dios, estaban durmiendo como niños, y nada oyeron. Algunas aves nocturnas, asustadas, volaban gazzando al rededor de la cabeza del infeliz. Arañaba con las puntas de los pies la cruz, buscando apoyo, sentía que los dedos de las manos ya no podían resistir, las uñas le destilaban sangre, un sudor frío y pegajoso como el de los agonizantes, le bañaba el rostro. En cierto momento se le figuró que los ojos del Cristo, iluminados por la luna, lo miraban con aire de reconvección.

—¡Bien merecido lo tengo, sollozó, por desobediente y voluntarioso! ¡Me castigas, Señor, porque no quise ponerte en los brazos de tu madre!

No pudo más: los dedos resbalaron y cayó de nuevo.

—¡Socorro, Virgen santa! exclamó.

Y vino a dar, sin lastimarse, sobre las manos de mármol de la Virgen, que encogió un poquito los brazos para no dejarlo caer.

Y se durmió Norberto, como un niño en la cuna....

Al amanecer, los monjes lo alcanzaron a ver. Arrimaron largas escalas. Cuando llegaron a socorrerlo, estaba dormido todavía.

—¿Para qué me despiertan? preguntó.

No quiso referirle a nadie lo que había soñado en brazos de la Virgen, ni lo que la Señora le dijo.

Sólo que entendió muy bien que en María la maternidad divina y la inmaculada pureza virginal son dos prerrogativas tan estrechamente enlazadas, que no es posible separarlas ni en la mente ni en el corazón.

Cobró, además, ternísima devoción a la humanidad adorable de Cristo Redentor y vivió en la más elevada santidad.

DOÑA FORTUNA _____
_____ Y DON DINERO

PUES señores, vengamos al caso: era éste, que vivían enamorados doña Fortuna y don Dinero, de manera que no se veía al uno sin el otro; tras de la sogá anda el caldero; tras doña Fortuna andaba don Dinero; así sucedió que dio la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era don Dinero un gordote rechoncho con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatas de papel de la gran fábrica de Madrid. Doña Fortuna era una locona, sin fe ni ley, muy mala rata y más ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina: la mujer quería mandar; pero don Dinero, que es en-

greído y soberbio, no estaba por ese gusto. —Señores, decía mi padre (en gloria esté), que si el mar se casase, había de perder su braveza; pero don Dinero es más soberbio que el mar, y no perdía sus ínfulas.

Como ambos querían ser más y mejor, y ninguno quería ser menos, determinaron hacer la prueba cuál de los dos tendría más poder. «Míra, dijo la mujer al marido, ¿ves allí abajo en el chueco de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos a ver cuál de los dos, tú o yo, le hacemos mejor suerte».

Convino el marido; enderezaron hacia el olivo, y allí se encamparon; él raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le había echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos usías se le plantaron delante.

—¡Dios te guarde! dijo don Dinero.

—Y a usía también, contestó el pobre.

—¿No me conoces?

—No conozco a su mercé sino para servirlo.

—¿Nunca has visto mi cara?

—En la vida de Dios.

—Pues qué, ¿nada posees?

—Sí, señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos, con gañotes como calcetas viejas; pero en punto a bienes no tengo más que un *co-ge* y *come* cuando lo hay.

—¿Y por qué no trabajas?

—¡Toma! porque no hallo trabajo. Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido como cuerpo de cabra; ¡desde que me casé, pareció que me había caído la helada! Ahí nos puso un amo a labrarle un pozo a estajo, prometiéndonos sendos doblones cuando se le diese rematado; pero antes no soltaba un maravedís: así fue el trato.

—Y bien que lo pensó el dueño, dijo sentenciosamente su interlocutor, pues dice el refrán: dineros tomados, brazos quebrados. Sigue, hombre.

—Nos pusimos a trabajar echando el alma, porque aquí donde su mercé me ve con esta facha ruin, yo soy un hombre, señor.

—¡Ya! dijo don Dinero, en eso estoy.

—Es, señor, repuso el pobre, que hay cuatro clases de hombres: hay nombres como son

los hombres; hay hombrecillos, hay monicacos, y hay monicaquillos, que no merecen ni el agua que beben. Pero como iba diciendo, por mucho que cavámos, por más que ahondámos, ni una gota de agua hallámos. No parecía sino que se habían secado los centros de la tierra; nada hallámos, señor, a la fin y a la postre, sino un zapatero de viejo.

—¡En las entrañas de la tierra! exclamó don Dinero indignado de saber tan mal avecindado su palacio solariego.

No, señor, respondió el pobre, no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de otra gente.

—¿Qué gentes, hombre?

—Las *antrípulas*, señor.

—Quiero favorecerte, amigo, dijo don Dinero metiendo al pobre un duro pomposamente en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó a correr que volaba; que la alegría le puso alas a los pies; arribó derecho a una panadería y compró pan; pero cuando fue a sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se había salido el duro sin despedirse.

El pobre desesperado se puso a buscarlo. ¡Pero qué había de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay san Antón que le guarde. Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia, y se puso a echarle a su mala fortuna cada maldición que abría las carnes.

Doña Fortuna se tendía de risa, la cara de don Dinero se puso aún más amarilla de coraje; pero no tuvo más remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A éste le entró un alegrón que se le salía el corazón por los ojos. Esta vez no fue por pan, sino a una tienda en que mercó telas para echarles a la mujer y a los hijos un rocioncito de ropa encima. Pero cuando fue a pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquella era una mala moneda, que por lo tanto sería su dueño un monedero falso, y que lo iba a delatar a la justicia. El pobre, al oír esto, se abochornó y se le puso la cara tan encendida que se podían tostar habas en ella; tocó de suela y fue a contar a don Dinero lo que le pasaba, llorando por su cara abajo.

Al oírlo doña Fortuna se esternillaba de risa,

y a don Dinero se le iba subiendo la mostaza a las narices.—Tómá, le dijo al pobre, dándole dos mil reales; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, o he de poder poco.

El pobre se fue tan enajenado, que no vio hasta que se dio de narices con ellos, a unos ladrones que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna se burlaba de su marido, y éste estaba más corrido que una mona.—Ahora me toca a mí, le dijo, y hemos de ver quién puede más, las faldas o los calzones.

Acercóse entonces al pobre, que se había tirado al suelo y se arrancaba los cabellos: y sopló sobre él. Al punto se halló éste debajo de la mano el duro que se le había perdido. Algo es algo, dijo para sí, vamos a comprarles pan a mis hijos, que há tres días que andan a medio sueldo, y tendrán los estómagos más limpios que una patena.

Al pasar frente de la tienda en la que había mercado la ropa, lo llamó el mercader, y le dijo que le había de disimular lo que había hecho con él; que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado a entrar allá el contrastador, le había asegurado que la onza era

buenísima, y tan cabal en el peso, que más bien le sobraba que no le faltaba; que ahí la tenía, y además toda la ropa que había apartado, que le daba en cambio de lo que había hecho con él.

El pobre se dio por satisfecho; cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate ahí que una partida de napoleones de la guardia civil traían presos a los ladrones que le habían robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien había ahondado tres varas, cuando se hallaron un filón de oro, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dijeron *don*, luégo *usia* y luégo *excelencia*.

Desde entonces tiene doña Fortuna a su marido amilanado y metido en un zapato, y ella más casquivana, más desatinada que nunca, sigue repartiendo sus favores sin tón ni són, al buen tun tun, a tontas y a locas, a ojo de buen cubero, a la buena de Dios, a cara y cruz, a manera de palo ciego, y alguna alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

TRABAJO VENCE FORTUNA

PUES, señor, érase que se era en aquellos mismos tiempos en que sucedió la historia anterior, un mozo pobrete, huérfano de padre y madre, y recién casado con una muchacha, sanota como una manzana, fresca como la primavera, inocentona si las hubo, alegre como unas castañuelas y buena como el pan. ¡Vamos! una bendición de Dios.

El mancebo aquél, que respondía al nombre de Pablo, era hombre de pelo en pecho, honrado a carta cabal, formal a pedir de boca, y cristiano viejo, ni carlista ni isabelino, sino católico sin apellido, temeroso de Dios, devotísimo de la Virgen María, sumiso a las leyes y libre de la epidemia de odios, que en España llaman la política.

Demoraba la casita rústica pero coquetona de Pablo a un tiro de piedra del palacio grandote y de pésimo gusto levantado por aquel Juan mimado de la fortuna. Pablo tenía en poco a esta presumida princesa; ni aun la saludaba jamás, y todos sus respetos y querer es eran para la Providencia, una dama de alto coturno, de abolengo que se perdía en las brumas de la prehistoria, escondida como monja salesa y benéfica como Dios mismo.

Estaban una noche de invierno Pablo y su mujer, al remusgo de la lumbre, cenando en paz y sosiego, como Dios manda, unas magras con huevos, pan moreno y un cariñena de resucitar muertos, cuando sintieron tocar fuerte y repetidamente a la puerta.

—¿Quién va?

—¡La fortuna que se os entra por casa! ¡Abrid pronto!

—¡Malhaya la jacarandosa y embustera! murmuró Pablo entre dientes!

—¡Liberal! Daos prisa; no hay que cerrarle las puertas a la fortuna. Las gentes bien criadas no hacen aguardar a una señora.

—¡Señora! cuchicheó el mancebo; jembra tan

veleidosa como la veleta de la torre.... ¡Alla voy! ¡qué impaciente es sumerced!

Puso de par en par la vetusta puerta de encina, y se adelantó una mujer, vieja, pintarrajeada de carmín, ataviada con pollera y justillo de diversos y no armónicos colores con una venda delante de los ojos.

—¡*Good evening!* gritó el esperpento, que hace años viene reservando sus favores a los que hablan inglés.

—¡Ave María purísima! replicó Matea, que así se llamaba la mujer, para servir al curioso lector de este cuento. Y tomando a la vendada por la mano, la llevó a una de las banquetas vecinas al hogar.

—Me ha dado la ventolera, dijo la huésped, arrimando los pies al fogón, de ser *filántropa* y *altruista*. Hace días acaudalé a Juan, vuestro vecino; ahora me diréis qué se os antoja para daros gusto sobre el humo.

—Dios se lo pague a sumerced, pero vivimos los dos tan ricamente.

—Y ¿con qué lleváis esa existencia tan venturosa?

—Le diré, señora. Esta heredó al morir su

padre una cantarilla no grande, de barro, llena de dineros: unos ochentines, pocos; unas docenas de perras grandes y chicas y lo demás en ochavos de cobre. Con ello vamos tirando sin envidiar ni a rey ni a Roque.

—¿Y cuando se acaben?

—La Providencia dirá.

La vieja, al oír el nombre de su aborrecida rival, se puso verde como hoja de col, y tanto, que dejó el rostro traslucir la lividez por sobre los afeites y menjurjes y polvos que lo enmascaraban. Hubiera querido reventar en dicterios, pero se detuvo y dijo con fingido reposo:

—Bueno es confiar, pero a Dios rogando....

—No miente sumerced a Dios, que ni aun cree en EL, según lo que se ha hablado por acá.

—Dicen que la ocasión es calva, repuso la dama, y cuando lo dicen, verdad será. Hijos, del lobo un pelo; el ahogado de un espino se ase; voime, que a nadie puedo hacer venturoso contra su querer.

Y a tientas se marchó, dejando al matrimonio estupefacto.

Acostumbraban ellos enviar cada tarde, des-

pués de la cena, un mensaje a la señora Providencia. Ibase por un telégrafo sin hilos, con la ventaja sobre el de Marconi de no requerir costosos aparatos de trasmisión y recibo. Pablo dictó la primera parte del mensaje: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»; y Matea, que como dueña de casa, tenía que preocuparse de la puchera, terminó: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy».

El aerograma debió de llegar, porque a la aurora de un lunes del siguiente marzo, llamó a la casa un sujeto de extraña catadura. Los cónyuges no eran madrugadores, y hacían rebién en no serlo: ¿a qué se levanta un hombre honrado a las seis de la mañana, cuando apenas apunta el alba, si no tiene nada en qué ocuparse?

Saltaron los dueños de casa del lecho, vistiéronse de prisa y salieron a recibir al importuno visitante. Era un hombrón, como una torre, recio como cajiga montuna, de enmarañado cabello y barba. Vestía una camiseta, sin mangas, que dejaba al desnudo unos brazos como los del Hércules Farnesio y el arranque de un pecho prominente y velludo; calzones ro-

dilleros, medias grises, alpargatas de cáñamo entre un par de abarcones de tarugos. Faja encarnada en la cintura, al hombro una barra de media arroba, una pala, un azadón. El rostro estaba tiznado, la voz era bronca, y sudaba el tío aquél como si estuviera en lo recio del verano.

—¡Buenos y santos! exclamó al ver a los dueños.

—¡Se los dé Dios! repuso Pablo. Siga, señor, que en esta casa, que es suya, nunca falta un asiento ni una taza de leche para los viajeros cansados. Y, ¡si lo está usted! Parece como si viniera del otro mundo, así llega de sudoroso.... vamos.

—Tiene cara de alguacil o de enterrador, dijo al oído Pablo a su mujer.

—Tiene cara de un guapísimo mozo, repuso en el mismo tono Matea.

—No vengo del otro mundo, dijo el visitante; no de América, adonde no van sino los vagabundos de España, ni del cielo, ni del infierno, porque de allí nadie retorna.

—Pues, ¿de dónde, entonces?

—Del paraíso terrenal.

—¡Aprieta, Poncio! Pero eso debe quedar lejísimo; más allá de Almería y de los Madriles. ¿Cuánto va de allá a Pelandrin de Arriba, en cuya vecindad vivimos?

—Seis mil años, mil más o menos.

—Yo decía leguas.

—Allá se miden los caminos por siglos.

—¡Qué barbaridad! Y diga usted, ¿en qué le puedo servir?

—¡Español habías de ser! Dios te bendiga. No sabes quién soy y ya me ofreces tus servicios.

—¡Como usted es mi prójimo!

—Pues bien: vengo enviado de la señora Providencia....

Marido y mujer se levantaron; él se quitó la gorra y ella se echó el mantón sobre la cabeza.

—Lo que os otorgó la señora alcanza hasta octubre; vengo a daros qué comer en el resto del año y por lo que tengáis de vida.

—Bendita su sacra real majestad la señora Providencia, y ella se lo pague a usía, señor don.... ¿Cuál es la gracia de su excelencia?

—El tío Trabajo, pa servir a ustés.

Suspensos estaban los cuitados esposos. Ni acertaban cómo aquella encumbrada princesa les enviaba embajador a un rústico, más rústico que ellos, ni por qué el gañán se mostraba tan llano y los trataba tú por tú.

—¿Y dónde, preguntó Pablo, vienen los dinerillos que su alteza se digna mandarnos?

—No los traigo yo, están enterrados en el terruño, detrás de la casa; los has de buscar tú y topar con ellos; pero es preciso que, entretanto, ésta se ocupe en ciertas y ciertas labores, sin las cuales tu esfuerzo resultaría inútil. Y empezó a sacar de los hondísimos bolsillos de los gregüescos, a modo de funámbulo, las piezas de una rueca, una a una; husos de diversos tamaños, lino y cáñamo sin fin, agujas, tijeras, almohadillas, dedales y qué sé yo cuántas otras zarandajas. En un periquete enseñó a Matea el uso de todas aquellas baratijas, y se marchó con el marido al campo. Hízolo tirar de la barra y la azada; sudaba y jadeaba el infeliz, los brazos le dolían y se le iban desmayando, pero se sentía sostenido por el ansia de hallarse las peluconas que debían de yacer en paz debajo de los endurecidos terrones.

Un día y otro día, dirigido y estimulado por el infatigable Trabajo, Pablo redujo a polvo el suelo empedernido de la heredad; alzó caballos en medio de los cuales se alineaban los surcos empapados por el agua del arroyo vecino; plantó aquí el rubio trigo, allí las sabrosas legumbres, más allá árboles frutales, y arriadas al muro recién hecho, muchas cepas de vid, de las que rinden el generoso caldo español, que va al mundo entero con los nombres de Madera, Burdeos y Oporto, falsificado por gabachos, inglesotes y yanquis; pero que

Ni me calienta el estómago
Ni me alegra el corazón;
Y en fin.... que para vinagre
Lo he vendido yo mejor.

¡Decir el gozo de Pablo y Matea cuando a fines de otoño vieron la despensa retocolmada de trigo, cereales y frutas; la campana de la chimenea, adornada con los colgajos de jamones, pernils y salchichas! ¡Los chorizos picanres y apetitosos! ¡Las canastadas de huevos de las gallinas del corral! ¡Y el vino, fresco todavía, pero puro, sin químicas de Londres, sin alcoholes franceses, sin mentiras ale-

manas! Sobraba para el año; se vendió lo superfluo y Matea se echó un refajo encarnado y un jubón azul y una mantilla negra, que hicieron trinar a más de una chacha:

¡Qué envidia tendrá Tomasa
Y qué rabia le dará!

Pablo estrenó calzón de paño pardo, calcetas enteras grises, zapato de cordobán, faja de seda, chaleco con botones de plata, chaqueta de terciopelo y calañés con plumas.

Se me había olvidado decir que el tío Trabajo le llevó a Matea una muchachuela, llamada Economía, para que le sirviese de compañera y ama de llaves. Era la susodicha una criaturilla delgaducha y enteca, descolorida como un cirio, pero con un par de ojazos brillantes como luceros en noche oscura.

La citada dueña no hacía oficio, y era una insigne ladrona que robaba a Matea cuanto ganaba; pero ladrona con remordimientos, que devolvía en ocasiones lo mal habido.

Que quiero comprar unos zarcillos y un collar, decía la mujer, y se hallaba con que la grandísima ratera de la Economía le tenía hurtados

los reales. Que llegaba a la puerta una infeliz, relatando que sus hijos no habían comido en la semana, y el ama de llaves restituía con mucho gusto un par de pesetas. Si se trataba de ir al teatro de la feria vecina, a ver las aventuras de Polichinela, la hucha resultaba tan limpia como el justo; cuando era asunto de comprar el ajuar para el chiquitín que estaban aguardando, aparecía colmada.

Con lo que se ganaba siguiendo las instrucciones del tío Trabajo, y lo que no se gastaba porque la Economía no lo dejaba parecer, Pablo y Matea llegaron a lo que en Madrid se llamaría pobreza y en aquellas breñas pasaba por opulencia verdadera.

La Fortuna, que seguía enojada y rostrituerta, les jugaba cada semestre una partida morena; ya una granizada que no perdonaba flor en el huerto; ya una nevada a destiempo; ora una sequía que dejaba la tierra como garganta de maestro de escuela; ora un llover que entecaba los frutos en cierne. Mas, en casos así, la rueca de Matea giraba hasta media noche, y la rapaza Economía se ponía más ladrona que nunca. Y allá se iba lo uno por lo otro.

Venían echando de ver los protegidos del tío Trabajo que la casona de Juan, el querido de doña Fortuna, no se abría para nada; que los tejados y aleros iban derrumbándose, y las plantas viciosas invadiendo patios y corraladas.

Una mañana tropezó Pablo con un mendigo astroso, con más barbas que un capuchino, grises como tarde inverniza, revueltas como bardal y sucias como conciencia de galeote.

—Vecino, ¿ya usted no me reconoce?

—Perdone usted, hombre, pero no hago memoria.... a ver.... ¡acabáramos! Usted es el señor.... Pero ¿qué le ha pasado, infeliz de Dios?

—Casi nada, como quien dice, me fié de esa loca de la Fortuna, gasté cuanto ella me dio, me endeudé además; la coqueta redomada se cansó conmigo y me volvió las espaldas. ¡Ea! vecino, una media pesetita para aquellas criaturas que están chillando de hambre y tiritando de frío.

Alzó Pablo los ojos y envió un silencioso mensaje a la señora Providencia y otros dos a los heraldos de la gran señora: el Trabajo y la Economía, y puso dos reales de a ocho en la mano de Juan.

Desde entonces anda la Fortuna de capa caída en la estimación de las gentes de bien.

ALVAR ESCUDERO.

HISTORIA Y LEGENDA

DE SAN CRISTOBAL

CUANDO yo era niño, es decir, ahora cuarenta y tantos años, en todas las habitaciones de Santafé de Bogotá, la ciudad española del siglo XVII, sin alumbrado público, andenes, alcantarillas, ni tranvías; con toscos empedrados, arroyos por el centro de las calles, tejados musgosos con aleros salientes; en esa Bogotá que tengo en el cerebro con más vivos colores que la actual, presente a mis ojos, había, digo, en todas las viviendas, desde el palacio que había sido de los marqueses de San Jorge, hasta la última tienda de pobres, una imagen, en el portón o en el descanso de la escalera principal.

Diferentes eran aquellas efigies en tamaño, procedimiento artístico y mérito; pero eran idénticas en el asunto y los pormenores. Las ha-

bía de tamaño colosal, pintadas al óleo por Vásquez, Caballero, y artistas españoles de la escuela sevillana, enmarcadas regiamente en cuadros prolijamente tallados y dorados al fuego; y las había en toscos y minúsculos grabados en papel, pegados a la puerta o la pared con cuatro obleas de harina.

Veíase en todas un gigante de vestidura oriental, remangado hasta arriba de la rodilla, que iba vadeando un ancho y hervoroso río. Llevaba en la mano, a guisa de báculo, una palmera con follaje y todo, arrancada de la vecina datilera, y al hombro al Niño Jesús, con el mundo en la mano.

El fondo del cuadro es el de una noche har- to mal alumbrada por las estrellas, y la luz de la figura y del torrente viene de una linterna que tiene en la mano, en la opuesta orilla un monjecillo de calada capucha, cuerda al cinto y pies descalzos. Me enseñaban que el solitario aquél era san Cucufate.

El santo gigante, portador del Niño Dios, har- to lo saben mis lectores bogotanos, era san Cris- tóbal, protector de los hogares cristianos en San- tafé, supongo que en todo el país, y de segu-

ro en muchas partes de España, ya que casi todo lo bueno y lo malo que tenemos nos viene de la madre patria.

Me tomo la libertad de indicarles a aquellos de mis lectores que no conocen las lenguas sa- bias, que Cristóbal es traducción del latín *Chris- tophorus*, derivado del griego *Xristophoros*, que significa *el que lleva a Cristo*.

Cuando recibí las órdenes mayores, di con- memoración en el oficio divino y en la misa, de san Cristóbal, mártir, el día 25 de julio, fiesta de Santiago el Mayor. Pero el breviario no trae lección historial del santo. Consultando el mar- tirologio romano, leí lo siguiente:

«En Licia, san Cristóbal, mártir, el cual ha- biendo sido, bajo el emperador Decio, despe- zado con disciplinas de hierro y librado, por el poder de Jesucristo, de la violencia de las llamas, fue al cabo asaetado; y decapitado des- pués, consumó su martirio».

Y sigue luégo:

«En Barcelona, en España, san Cucufate, már- tir, durante la persecución de Diocleciano», etc.

La circunstancia de celebrarse la fiesta de los dos santos en un mismo día, dio origen, pro-

bablemente a la versión popular de que el monje que alumbraba el paso del río a san Cristóbal era san Cucufate. ¶

Cuando vino a Bogotá la famosa *Historia de la Iglesia Católica* de J. E. Darrás, la mejor hasta hoy en su clase, monumento de erudición, escrito en el estilo más elocuente y ameno que haya en los tiempos actuales, quise consultar entre otros muchos puntos dudosos para mí, el relativo a san Cristóbal, el patrono de casa cuando yo era niño, el que me había hecho soñar tanto con su estatura, su báculo, su hermoso niño al hombro.

Hé aquí la narración de Darrás, lindamente escrita y mal traducida por mí, en obsequio de los católicos lectores y de los curiosos leyentes de estas líneas:

«Uno de los más célebres mártires de la VII persecución fue san Cristóbal, cuyo culto fue tan popular en España, Italia, las Galias y Germania, durante la edad media. Sus huesos, traídos a occidente cuando la conquista de Constantinopla por los latinos, eran de tamaño mayor que el ordinario, lo que justifica la tradición que atribuye al santo una estatura gigan-

tesca. Su nombre *Christophorus* (el que lleva a Cristo), dio origen a la simbólica leyenda contada por Jacobo de Voragine: “Un ermitaño halla al gigante a la orilla de un río y le dice: puesto que eres tan grande y robusto, y desees poner tu fuerza al servicio de Jesucristo, mi rey, quédate a vivir en estas riberas y pásala a hombro los peregrinos que vienen a buscar aquí palabras de salvación. El gigante acepta la propuesta. Algunos días después, un niño de maravillosa hermosura se presenta a pasar el río. Cristóbal se lo echa auestas, pero el peso del infante lo asombra; va aumentando por instantes, y cuando Cristóbal llega penosamente a la otra orilla y pone blandamente al niño en la playa, le dice: Me parecía tener el mundo en los hombros. No te pases, respondió el desconocido, has llevado sobre ti al creador del mundo.”

«Esta parábola monástica, con injusta severidad tratada por la exégesis del siglo XVIII, era, como lo observan juiciosamente los bolandistas, viva imagen del estado del mundo bárbaro, cuya exuberante fortaleza vino a ponerse al servicio de Jesucristo. El sentido místico de la edad

media tuvo razón, pues, al adoptar el poético símbolo, que, por lo demás, nada tiene de común con la vida real del santo.

«Las actas de san Cristóbal publicadas por los bolandistas, nos enseñan que, después de haber hecho muchas conversiones en Samos, fue arrestado y sepultado en un calabozo. Azotaronlo después hasta bañarlo en sangre, y entonces los jueces ensayaron un nuevo medio para vencerlo. Introdujeron a la prisión del soldado cristiano dos miserables criaturas, Nicea y Aquilina; pero ellas, lejos de pervertir al santo, se convirtieron a la fe cristiana; arrepentidas de los desórdenes de la vida pasada, confesaron el nombre de Jesús y alcanzaron la gloria del martirio entre cruelísimas torturas. San Cristóbal fue decapitado el 25 de julio de 231». Hasta aquí Darrás.

El nombre de Cristóbal, santificado por el martirio que acaba de leerse, embellecido por la poética leyenda del gigante portador del Niño-Dios, se ennobleció con nuevo título auténtico de gloria y dio nuevo asunto simbólico al arte, con ocasión del descubrimiento de América.

El genovés iluminado por la chispa del genio, guiado por la Providencia, que encontró el mundo occidental, se llamaba Cristóforo Colombo. Sábe mi lector que este último apellido significa, en italiano, *paloma*. Si César y Napoleón adoptaron el águila como emblema, ninguno cuadra mejor que la paloma al descubridor de este continente, que, si hubiera justicia perfecta en la tierra, debería llamarse Colombia. Paloma fue por la dulzura y mansedumbre con los indígenas, por la paciencia con que sobrellevó injusticias e ingratitudes; paloma mensajera que nos trajo la buena nueva de la civilización cristiana; paloma que, a semejanza de la de Noé, atravesó la extensión de las aguas, y tornó con las hojas, flores y frutos del nuevo mundo, como señal de alianza entre los dos continentes del globo.

Y fue Cristóforo, portador de Cristo. Sus cartas, sus escritos todos revelan que el móvil de su empresa fue, antes que el poderío de una u otra nación europea, antes que su gloria e intereses personales, el anhelo de acrecer el reino de Cristo. Logró su fin. España no es hoy dueña de América; Colón no cosechó sino calum-

nias, miseria, cárceles y cadenas; Cristo está imperando sobre cuarenta millones de creyentes, desde el estrecho de Behring hasta el de Magallanes.

Colón así entendió su nombre. Su firma después de regresar a Europa, era «Xto ferens el Almirante», es decir: el almirante que lleva a Cristo.

Para los hijos del Colegio del Rosario, para todos los colombianos el nombre de Cristóbal tiene otro peculiar atractivo. Nuestro fundador también atravesó los mares para dar el cuerpo sacramentado de Cristo a los indios convertidos, privados antes de la sagrada comunión; para llevar en triunfo a Cristo por vez primera en la procesión del *Corpus*, para enseñar la filosofía derivada de la doctrina de Cristo, la teología, que es la ciencia del Evangelio; las disciplinas profanas salvadas y conservadas por la Iglesia de Cristo.

En 1892, un exquisito poeta inglés, Lewis Morris, de escuela genuinamente clásica, publicó en Londres la cuarta edición de su poema

en versos sin rima, titulado *A vision of saints* (1). El autor es protestante, y hace desfilar, junto con varios santos, canonizados por la Iglesia católica, al emperador Antonino, a varios protestantes ingleses, honrados y benéficos, y, para remate, al P. Damián, el apóstol de los leprosos en Molokay. Entre los santos figura san Cristóbal, a quien dedica Morris un canto íntegro del poema.

A mí me prestó el libro el señor don Miguel Antonio Caro. Lo leí en unas vacaciones, y me provocó traducir el canto a san Cristóbal, en que el autor combina hábilmente la leyenda y la historia del santo mártir. Alcancé a pasar al castellano el principio, que es precisamente la parte de la leyenda anterior al relato de Jacobo de Voragine, arriba citado. Le escribí al señor Caro: «Para que usted vea que leí el libro con cuidado y gusté mucho de él, le acompañé un ensayo de traducción de un trozo del poema. Dígame si le parece tolerable siquiera». Me devolvió el manuscrito con esta nota al pie:

Imprimatur cum reliquis quæ desiderantur.

M. A. C.

(1) Kegan Paul, Trench, Trubne & Co., Lit., 304 páginas en 8.º menor.

Sin disculparme con el público por lo menos que mediano de mi traducción, la copio en seguida, escudado con la benevolencia del señor Caro.

SAN CRISTÓBAL

Y vi en seguida

Varón de fuerte y procerosa talla
 Que lleva por cayado un grueso tronco,
 En cuyo extremo brotan y florecen
 Las palmas del martirio. Semejaba
 Al Hércules antiguo, en la estatura;
 Su contorno esfumado e indeciso,
 Como visto a través de la neblina.
 De historia y de fantásticas leyendas
 Mezcla es su vida, y las preciosas joyas
 De alegórico emblema la engalanan.
 Parece ser resumen de otras vidas
 De menos culpas, menos desalientos,
 Pero menores glorias. ¿Por ventura
 Fue lo real o lo ideal quien supo
 Darle ser? Mas si fue la fantasía
 Quien lo creó, bien hizo.

De la muerte

Las destructoras olas, la potencia
 Del espíritu malo, el hombre fuerte
 Confuso al ver que su carnal pujanza

Bajo el peso de un niño se doblaba:
 En su borrosa oscuridad, el Santo
 Más lecciones nos brinda que los hombres
 Cuya vida seguimos, del vagido.
 Primero de la cuna, hasta el sepulcro.
 Mi celeste guiador hablóme entonces:
 «Bello es su nombre, justo pero extraño:
 Cristóbal—portá Cristo—se apellida.
 En el confin oscuro del oriente,
 Sirvió como soldado. La natura
 Avara por costumbre, quiso darle
 Nervudos miembros, fuerza gigantea,
 Y—lo que es más—carácter levantado,
 Atrevido querer, aspiraciones
 De alta ambición La voz arrulladora
 De la aventura audaz, por mar y tierra,
 Con el mágico acento lo atraía
 Que sólo oyen las almas retempladas
 Y que hace enmudecer otros acentos.
 No príncipe, monarca hubiera sido
 De los que ven brillar como los astros
 La altura del poder, y a ella encaminan
 Resueltos el andar. Blanda molicie
 Nunca tentó su pecho adamantino
 Para empresas atléticas forjado.

Sienten los fuertes dentro de sí mismos
 Insólitas flaquezas. Fue la suya
 El ansia insaciable de mayores
 Y mayores hazañas. De una en otra
 Las comarcas del orbe recorría
 En busca de algún amo poderoso,
 Mejor que aquel a quien dejaba. Al cabo,
 Indolente a lo malo y a lo bueno,
 A un príncipe rindió pleito homenaje.
 Por las quebradas sendas de este mundo
 Hora que descansaba, comenzaron
 A labrar en su espíritu la vista
 Atenta de lo malo, el ciego enojo,
 Que a la hora del combate se apodera
 Del soldado; el dolor sin esperanza
 De quien piensa que el cielo lo abandona;
 El crimen vencedor acá en la tierra;
 El enigma del mal a que se inclina
 La humana voluntad: todo en su mente
 Labraba con la fuerza que consigue
 Avasallar las almas poderosas,
 Fuerza muy superior aun al aliento
 Del atleta a quien carga de cadenas,
 O haciéndolo el esclavo de la culpa
 O hundiéndolo en el fango de la carne.
 Aquella alma de acero se doblaba
 A tamaño poder; rendido adora

Al mal como a su Dios. Mas no placeres
 Bríndale la embriaguez de los sentidos
 Ni el vértigo del crimen; no palpita
 Con fuerza el corazón, aunque conserva
 El suave ardor de pechos impasibles.
 Al príncipe sirvió por luengos años
 Del imperio infernal; negros delitos,
 Iras funestas, el impuro vicio
 Le fueron familiares. Espantados
 Los hombres lo llamaban *el perverso*.
 Fama y poder necesitaba sólo;
 El poder y la fama le ocultaban
 El horror de su vida y el abismo
 Hondo; insondable a que marchaba.

Un día

(Tal dice la leyenda) andaba errante
 Por una selva oscura; entre las sombras
 Con que el mundo y la carne nos ocultan
 Los fulgores del cielo. De repente
 Ve a su señor, monarca del infierno,
 Que dobla la rodilla y que recata
 El rostro con las manos;

Y adelante

La víctima sagrada a quien adora
 La humanidad: los miembros desgarrados
 Clavados contra el árbol de la muerte
 Que es el árbol de vida; a la memoria

Se ofrece su pasado y los misterios
 Del amor, de la muerte, del pecado,
 Del Todopoderoso que se entrega
 Para salvar su raza, y con su muerte
 Quebranta los poderes del infierno.
 Iban tales memorias transformando
 Su sér perverso; el alma prisionera
 Desatando los lazos, sacudía
 De las alas el polvo de este mundo.
 Cayó de hinojos, y clavó los suyos
 En los ojos dulcísimos y tristes
 Del Redentor. Quedóse allí suspenso
 La noche entera, en lágrimas bañado,
 Hasta que a su alma y a la tierra vino,
 Tras el primer albor de la mañana,
 El luciente esplendor de nuevo día.

Quizá algún piadoso lector, al ver cómo, en las líneas anteriores, he divulgado lo que hay de verdadero y de simbólico en la vida de san Cristóbal, distinguiendo la historia de la leyenda, piense que perjudico la tradicional devoción de muchas familias de Bogotá y de todo Colombia al glorioso mártir oriental. La devoción es virtud sobrenatural, flor de la caridad, y, como toda virtud, tiene la verdad por fundamento.

Mas, dejando a un lado tan poderosa consideración, precisamente el fin que me he propuesto al publicar estos deshilvanados renglones, es despertar la adormecida devoción a san Cristóbal, presentándolo en toda su grandeza e importancia verdaderas. La idea confusa de que el paso del Niño Dios a cuestras es una piadosa leyenda, ha hecho pensar a muchos cristianos que leyenda es también la existencia del santo mismo. ¡Y qué hermosa figura es la suya, tal como se destaca de las actas auténticas y absolutamente verdaderas de su martirio! Un soldado cristiano que, como más tarde san Sebastián, se constituye predicador del Evangelio, y convierte con sus palabras y ejemplos innumerables almas; el que siendo un león en el combate se deja maniar como un cordero por confesar a Jesucristo; el que, a semejanza del Maestro, es azotado hasta quedar hecho una sola llaga desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies; el que hace cristianas y mártires a las mujerzuelas que le envían para perderlo; el héroe a quien respetan las llamas de la hoguera, como a los tres niños del horno de Babilonia; el que dobla, como

Pablo, sereno y alegre la poderosa cerviz al hacha del verdugo, es un hombre de sobrehumana grandeza.

La iglesia que no registra en su *Martirologio Romano* sino los santos más insignes, y de entre ellos no tiene fiesta en el breviario y el misal sino para unos pocos, ha instituido conmemoración y misa de san Cristóbal. Los historiadores eclesiásticos, que a penas mencionan los mártires principales, no omiten la mención de nuestro santo; con especial culto se le honra en Italia, Alemania, Francia y España; pasó en seguida su veneración a las Américas y su nombre no se olvidará jamás.

Cabe ahora preguntar si—descartada la poética leyenda medioeval—es lícito y conveniente seguir representando a san Cristóbal como lo describí al principio y acostumbran los pintores cristianos. La Iglesia, que tiene leyes severas sobre el modo de figurar a los santos, no ha prohibido las imágenes supradichas de san Cristóbal, y las permite, no sólo en las casas, sino en los altares de los templos y capillas.

El problema de la conveniencia pertenece al estudio de iconografía sagrada. No he hallado

en los tratados que poseo sobre la materia, nada en particular sobre la imagen de san Cristóbal, pero las reglas generales de la ciencia y la analogía con lo que se observa con las pinturas de otros santos, justifican plenamente, a mi ver, el modo de representarlo. M. L. Cloquet, en su interesante libro *Elements d'Iconographie chretienne*, dice de las imágenes pintadas o esculpidas para servir en las iglesias a la veneración de los fieles:

«Los santos se representan de preferencia como miembros de la Iglesia triunfante. Sus cuerpos glorificados se ofrecen no en la realidad de su fisonomía terrestre, sino con el brillo con que una imaginación casta y poética reviste a la criatura humana trasfigurada por la resurrección. La iconografía se desata aquí de las ligaduras con que está sujeta la pintura histórica. El rostro es más bien expresión del alma que retrato fiel de las facciones; el traje es a un tiempo un rasgo característico y un vestido; la actitud y el gesto son antes que postura humana un símbolo de la vida del santo. En las manos lleva objetos diversos que tiene como atributos, no como instrumentos de uso

actual. No está sujeto a las leyes del tiempo ni del espacio; y se admiten anacronismos en la imagen de un sér que no mide su existencia por el tiempo, sino por la eternidad. Puede un santo rodearse de objetos y personajes que correspondan a épocas distintas, y puede representársele abrigando, a guisa de protector, hombres dibujados en escala menor que la suya» (1).

Se observa que, cuando un santo tiene un nombre de significado piadoso, o simplemente bello, el objeto designado por el nombre viene a ser atributo de la imagen. Santa Inés se representa con un corderillo, porque *Agnes*, en latín, quiere decir cordera. A santa Rosa de Lima se la pinta coronada de rosas. A un mártir que lleva el nombre de Cristóforo conviene ponerlo con Cristo sobre los hombros. No se diga que el Niño Dios no es símbolo de los santos, porque de ordinario está en los brazos de san Antonio de Padua y de san Estanislao de Kostka. La elevada estatura de san Cristóbal es fundada conjetura histórica, y su apos-tura arrogante cuadra a maravilla con la pro-

(1) Capítulo IX.

fesión militar. El báculo en que se apoya termina en un manojo de palmas que siempre fueron símbolo del martirio. Las aguas, el torrente, designan en el poético lenguaje de los salmos las tribulaciones de la vida presente, sobre todo las que se sufren por confesar la fe y cumplir los divinos preceptos.

Ni está fuera de lugar el monje que alumbra el camino del soldado que lleva a Cristo. Precisamente en la persecución de Decio, en la época de San Cristóbal, fue cuando empezaron a poblarse de solitarios los desiertos de la Tebaida. Los monjes disiparon las tinieblas de la herejía, los monjes iluminaron el mundo después de las irrupciones bárbaras.

Basta ya. Tengo en casa un precioso cuadro pintado al óleo, no mayor que una página en octavo. Representa a san Cristóbal, según el tradicional modelo. Era de mis antepasados más remotos; el general Ortega le tuvo siempre consigo; hoy está la linda pintura a la cabecera del lecho de mi madre. La quiero de corazón, más que por su mérito artístico, más que como recuerdo de familia, por ser imagen de un santo muy amado; y siempre

que la veo, encomiendo al original que está en el cielo, todos mis hermanos de la tierra, y le pido que nos alcance a Cristo, y le haga reinar en nuestras almas. *Adveniat regnum Dei.*

R. M. C

1911.

GA IMAGEN ANONIMA

EL padre Rodríguez era para todo; lo mismo predicaba un buen sermón en la villa que derribaba a hachazo limpio un trozo de montaña; tan bien pasaba horas y horas en el confesonario, como recorría a pie, con los talares sofaldados, las seis u ocho leguas de rastrojos, selvas y precipicios que lo separaban de la choza del moribundo. Era buen teólogo y no mal carpintero; sabía herrar una mula y pintar una imagen pasable de la Virgen; nadaba como una sardina, comía de buena gana lo poco y ordinario que había en aquellos riscos y hondonadas. Ni podía ser de otra manera. Sepultado en aquella región inmensa, despoblada y bravía, tenía por fuerza que bastarse a sí propio, desprovisto como se hallaba de todo auxilio ajeno.

Cinco caseríos minúsculos, separados entre sí por distancias enormes, encerraba aquella parroquia, llamada antes *La Chusquera*, y bautizada por el padre Rodríguez, con anuencia de los dos poderes, eclesiástico y civil, con el bíblico nombre de *Bethfagé*. Todos los sábados, el buen cura, que madrugaba más que el sol, emprendía camino entre dos luces, caballero en su machito bayo, acompañado de José, muchacho moreno, huesudo, silencioso como un pez y fiel como un perro, el cual mozo iba arreando una mula rucia, con un ojo de menos y cien diviesos y peladuras de más, en cuyos lomos se veía una carga de petacas, con algo de ropa blanca, dos o tres libros, los ornamentos y demás enseres de la misa, y el *avío* para que cura y espolique no pereziesen de hambre en el camino.

A puestas del sol se apeaba el padre en el caserío de turno en aquella semana, y anunciaba su llegada, a falta de campanas, quemando una docena de cohetes, que habían viajado como sobornal de la carga. Armaba el altarejo en la salita de la choza menos ruin, y colgaba la hamaca de dos pilares del corredor,

si le había, o de dos árboles de la proyectada plaza; porque ninguna de las aldeas aquellas tenía iglesia, ni capilla, cuánto menos casa cural.

El domingo decía la misa parroquial y reservaba el Santísimo Sacramento en un sagraio que había llevado, no mayor que una bombonera. Y Jesús, que nació en el pesebre de Belén, estaba allí más satisfecho, recibiendo las adoraciones de almas sencillas, que en algunas suntuosas basílicas, teatros muchas veces de mundanidades y desacatos. Durante la semana, evangelizaba el padre a sus ovejas, y el sábado siguiente volvía a comenzar en otra parte.

De aquellos caseríos el menos desmedrado y primitivo era *Guacamayas* (nombre que se mudó por el de *Caríatharim*), porque era el más cercano a la villa y tenía en su vecindario dos o tres cafetales de importancia. Allí acometió el padre Rodríguez la construcción de una iglesia. Fuese él mismo al monte acompañado de José y de tres o cuatro vecinos de buena voluntad, cortaron dos docenas de palos recios, altos y derechos, y los hincaron hondo en el suelo, a distancias, formando un cuadrilátero

de veinticinco varas de largo por diez de ancho; los unieron con fuertes listones por la parte de arriba, y sobre ellos y las vigas pusieron varas oblicuas que terminaban en un grueso madero a lo largo del edificio, para servir de caballete. Con hojas secas de palmera se cubrió el techo; llenáronse con latas de guadua los espacios de poste a poste; las uniones se colmaron con greda, se enlucieron con yeso las frágiles paredes; apisonaron los trabajadores el suelo, acomodaron a la entrada la puerta de una casa recién caída a impulso de un violento huracán; los huecos de las ventanas tuvieron rejillas de cañas trabadas, y héteme el *templo*, como decían los atónitos vecinos.

Faltábanle imágenes, y el cura rogó a las familias que cada una le cediese alguna estampa piadosa de las que cubrían por dentro las paredes de la respectiva casita, alternadas con retratos de cajetillas y avisos pintorescos de los almanaques de Bristol y de Reuter.

Aquel día la que andaba en un pie y no cabía en sí de gusto era Josefita. Porque ella era dueña de un verdadero santo, no dibujado en

papel, sino de bulto. Ni de cuerpo entero, sino de hombros arriba y de una cuarta de alto; un busto de yeso sin pintar, pero hecho en Europa y muy bien trabajado. Ella lo iba a regalar a la iglesia. ¡Cuál sería la admiración y el contento del padre Rodríguez! De fijo lo pondría en el centro mismo del altar, sobre el sagrario. Ya el discreto lector ha adivinado que Josefita era la persona principal entre los guacamayeros, como decían antes, o entre los cariatharimenses, como se dice ahora. Si se la quiere figurar fresca y graciosa como rosita de mayo, no se apartará un punto de la verdad; si la imagina discreta y despejada, tampoco. Pero errará gravemente si la finge ilustrada en algo que no sea leer desastrosamente, escribir sin ortografía y cumplir con primor los oficios y menesteres de la casa, la más civilizada en aspecto y mobiliario de todas las del pueblo.

A eso de las cinco de la tarde, vestida de limpio, bien calzada, con el pañolón encarnado sobre los hombros, se encaminó a la iglesia, llevando el santo envuelto en un pañizuelo de seda azul. Llegó a presencia del cura, lo saludó con respeto, y desenvolvió la imagen.

Púsole la mano izquierda debajo, sostúvola por detrás con la derecha, alzó el santo hasta la altura de la cabeza y clavó los ojos en los del padre para advertir la impresión que él recibiera.

El busto aquel representaba a un viejo septuagenario, con peluca a la moda de Luis XV, ancha frente, arada por hondas arrugas, ojos pequeños y maliciosos, nariz recta, fina en la parte superior, gruesa y de abiertas ventanillas abajo; boca hundida, anchísima, con expresión de sarcástica burla en los delgados labios, barbilla saliente, afeitada como el resto de la cara y con una hendidura característica. El padre Rodríguez reconoció a Voltaire y tuvo que hacer heroico esfuerzo para no prorrumpir en una ruidosa carcajada. Se mordió los labios, juntó las cejas para semejar seriedad y preguntó a la muchacha:

—¿Ese es un santo?

—¿No lo está viendo, pues?

—¿Y qué santo será?

—Eso es lo que yo no sé.

—¿Y tú le rezas?

—¡Cómo no!

—¿Pero cómo lo invocas sin saber quién es?

—Porque todos los santos son muy buenos, y le piden a Nuestro Señor por nosotros.

—¿Y si éste no fuera un santo, sino el retrato de un hombre cualquiera?

La muchacha bajó los ojos, se mordió la yema del dedo y repuso unos momentos después:

—Vea, padre. Uno no sabe cómo serán los santos del cielo. Yo creo que todas las imágenes se harán por las caras de los sacerdotes o de las señoras. Después les ponen el vestido, les echan la bendición, las suben al altar y ya son santos de rezarles.

El cura sonrió afablemente, admiró la hechura del busto, se lo recibió a la muchacha con calurosas frases de gratitud y le prometió colocarlo en la capilla, «después de vestirlo y echarle la bendición».

Al siguiente día, en el cuartito donde se alojaba, abrió dos estuches, uno con varios finos instrumentos de acero, otro con pinceles y colores. Rebajó en la parte superior el pelucón hasta que semejó cabellos naturales; con pocas discretas pinceladas le dio el aspecto de una

cabeza casi completamente cana; encarnó el rostro, dejándole, sin merma de arrugas, el color sonrosado de un niño; púsole grandes y melancólicos ojos azules, y, con dos delicados toques en la comisura de los labios, suprimió el diabólico *rictus* de la boca. Pintó de negro el arranque del vestido y se dispuso a colocar el busto en sitio preeminente. Pero se acordó de que a los beatos, no canonizados aún, no es lícito darles puesto en los altares. Construyó una fina repisa de madera, y sobre ella quedó la imagen, cerca de la puerta de la iglesia.

El día que Josefita lo vio, quedó hechizada.

—¿Cómo se llama? le preguntó al cura.

—El beato Juan Bautista Vianney (1).

—¿Juan Bautista qué?

—Vi-an-ne-y.

—Pero éste no es san Juan.... pues.... el de bañarse y correr gallos.

—No, hija. Ese es el Precursor de Nuestro Señor Jesucristo; éste fue un santo cura, que murió en el siglo pasado.

—¿Y es milagroso?

(1) El biógrafo de Juan Bautista Vianney advierte la semejanza de facciones entre el santo cura y Voltaire.

—Hizo grandes milagros en vida, y los ha cumplido mayores después de su muerte.

Josefita cayó de rodillas, y juntando las manos, dijo con toda el alma:

—¡San Juan Bautista, ruéga por nosotros!

El padre Rodríguez soñó aquella noche que el cura de Ars estaba mirando su imagen, y que decía con blandísima sonrisa:

«Sin pretenderlo, le he jugado a mi compatriota una burla digna de Voltaire».

AYER, HOY, MAÑANA

Con ocasión de la clausura de estudios del Colegio Mayor
de Nuestra Señora del Rosario.

I

EN este ansiado día,
En que Justicia a la Virtud corona,
Cuando el padre, radiante de alegría,
A sus hijos mejores galardona,
El alma, flor del cielo,
Que al correr no envejece de los años,
Torna al tiempo remoto de la infancia,
Desechando enojosos desengaños,
Y de esa edad respira
La no olvidada virginal fragancia.

Fue ayer no más: me veo
Rapaz entre la turba endomingada
Que, en el breve recinto del *Liceo*,
A la luz tamizada

Por el velo de lino que los rayos
 Quiebra del sol, contempla
 Los muros y pilares
 Ornados de guirnarlas y festones;
 Se escucha, como anuncio de la fiesta,
 El sordo preludiar de los violones.
 El tintín de la aguda campanilla
 Al concurso interrumpe
 Que habla en animada vocería.
 Viéndolo estoy: se yergue la figura,
 Mezcla de gravedad y de dulzura,
 Del que fue preceptor y padre amante,
 Único amigo de la infancia mía.

Para guardar quietud, febril se mueve
 La caterva infantil, y a cada nombre
 Que corona el laurel de la victoria,
 El gozo por los triunfos
 Que el camarada predilecto alcanza
 Se confunde en el pecho sin envidia
 Con el temor mezclado de esperanza.

La anhelada corona
 Recibo al fin: más dádiva paterna
 Y prenda de cariño,
 Más estímulo al niño

Para que trille la enriscada senda
 Del bien en lo futuro,
 Que lauro merecido en la contienda:
 Halagos necesita el tierno infante,
 Combate y triunfos el varón maduro.

«La fe conserva intacta que aprendiste
 De los maternos labios;
 Véla sobre tu alma, vivo templo
 De Dios omnipotente; la memoria
 De tus mayores y su noble ejemplo,
 Que guarda con honor la patria historia,
 Esfuérate en seguir, y generoso
 Imita sus virtudes,
 Si no consigues emular su gloria».

Tál mi padre. La fiesta
 Al finar con los vales de la orquesta,
 Como enjambre de pájaros que el nido
 Huyen, volando, en el abril galano,
 Llenando con sus trinos la floresta,
 Gárrulos se dispersan los rapaces,
 Buscando las delicias
 De dulce libertad, en el materno
 Hogar, de mimos lleno y de caricias.

¿Dó están los camaradas
 Primicias de mi afecto? Dura suerte
 A los unos me roba con la ausencia,
 Me arrebató los otros con la muerte.
 Quienes, tras recio batallar, lograron
 Ascender del poder a las alturas;
 Reverente me inclino
 Ante el amigo de niñez: al hado....
 Al hado no, sino al querer divino
 Encomendarle plugo
 Las riendas de la Iglesia o del Estado.

Algunos ¡oh dolor! de los placeres
 Vedados el descenso recorrieron;
 Mas—recompensa al preceptor cristiano—
 No hay discípulo muerto a quien no asombre
 La redentora Cruz; ninguno, insano,
 De los que viven ultrajó, Dios mío,
 Con torpe blasfemar tu santo nombre.

Entonces aún creía,
 Pobre niño, en las glorias terrenales;
 Incauto, no sabía
 De santidad y crimen sino el nombre:
 Rico en imaginar, pobre de juicio,
 El niño no ama al hombre,
 No admira la virtud, no teme el vicio.

II

En ti, vetusto claustro siempre nuevo,
 En ti, madre fecunda,
 De saber y virtud, halló mi alma
 La paz del corazón; yo, con profunda
 Veneración, traspuse tus umbrales,
 En espíritu viendo las augustas
 Sombras vagar, por salas y pasillos,
 De tus hijos preclaros:
 Los Caldas, los Mosqueras, los Rosillos,
 El gran Mutis, decoró de la ciencia,
 Girardot y D'Elhúyar, nunca avaros
 De su sangre y su vida, al empeñarse
 En devolver a un pueblo la conciencia
 De su propio valer y en adquirirle
 Igualdad por la ley independenciana.

¡Qué paz en tu capilla, santuario
 De la imagen bendita
 De nuestra dulce Madre del Rosario!
 En paz allí descansan
 Del Fundador egregio los despojos.
 El alma que ama la ceniza fría,
 Compañera de luchas y virtudes,



A quién, de nuevo, en el postrero día,
 Dará calor vital y movimiento,
 Gozosa mira, desde el alto asiento
 Donde reside en Dios y Dios en ella,
 A los amantes hijos
 Que, en su doctrina y sus ejemplos fijos,
 Pugnan bríosos por seguir su huella.

Es ya la hora: el esquilón sonoro
 Tañe a leer. ¡Cuán grato
 Comunicar el ánimo cansado
 Con los frescos espíritus que brindan,
 De la existencia en la fugaz mañana,
 Aroma a cambio de calor! Con ellos
 Admirar, enseñándoles los bellos
 Modelos de la lengua castellana;
 Eternos ejemplares ofrecerles
 En las obras del griego y del romano,
 Ricos vasos que tizna
 Con su hálito el espíritu pagano,
 Más purifica el seguidor de Cristo,
 Al modo que dedica el sacerdote
 El templo de los dioses suntüoso
 Para que sirva al sacrificio incruento;
 Con persuasivo acento,

Proponer las doctrinas con que inunda
 La órbita del humano pensamiento,
 Con torrentes de luz, Filosofía
 —Adamantina base en que se funda
 Firme la terrenal sabiduría.
 La rugosa raíz del acopado
 Arbol de nuestras vírgenes florestas
 No a la ciencia, no al arte,
 Ni a la industria manual rinde tributo,
 Pero es apoyo al corpulento tronco,
 A las ramas tendidas,
 Las frescas flores y el sabroso fruto.

En la hora esperada del recreo,
 Bulle la estudiantina
 Y se oye la argentina
 Fresca risa que brota
 De pechos sin cuidados;
 La elástica pelota
 De mano en mano sin cesar rebota;
 Raudo, al girar sobre el herrón agudo,
 El trompo zumba; rústica peonza,
 Como escolar de antaño,
 Apenas se menea,
 Al sentir el azote

De la áspera correa.
 Por aquí triscan unos,
 Graves discurren otros,
 Saltan, corren y gritan los pequeños,
 Mientras se ven algunos
 En silencio acodados un instante,
 Viajar por el país de los ensueños.

¡Oh existencia bendita!
 ¡Oh dulce edad primera!
 Sin tu contacto el alma se marchita,
 Contigo vive nueva primavera.
 Aquí no asusta al niño,
 Al dejar las caricias de la madre,
 La torva faz de preceptor ceñudo;
 Aquí el maestro es padre,
 No cómplices del vicio sino hermanos
 Los jóvenes alumnos; reconocen
 A título de hidalgos y cristianos,
 Todos un solo Dios, un Cristo solo,
 Común madre en María,
 La santa fe por regla de la mente,
 De Dios la ley por guía
 Por ángel tutelar, luz y modelo
 Al gran doctor de Aquino,
 Y la gloria del cielo por destino.

III

La alada fantasía,
 Salvadora del tiempo y del espacio,
 Del Nilo me traslada a las riberas;
 Descoge el río su raudal de plata,
 Que de la aurora el esplendor retrata,
 Y, de acacias orlado y datileras,
 Por el desierto inmenso se dilata.

De doncellas reales el cortejo,
 Oculto entre las verdes espadañas
 Que orlan la fresca orilla,
 Mira de leves cañas
 Blanda bogar flotante canastilla.
 Toma en sus brazos la gentil princesa
 Al caudillo futuro
 Del pueblo de Israel; la triste madre,
 Que anhelante ha seguido
 El andar del esquife mal seguro,
 Brindase a ser nodriza
 Del hijo de su amor, «Toma este niño»,
 Dícele la princesa, «y con esmero
 Fórmalo para mí».

Ya el postrimero
Espacio de la vida
Se acerca y nos convida
A descansar en Dios de la tarea:
Cerrad filas entonces, y pujantes
Reemplazad a los que antes
Sucumbieron con honra en la pelea.

La amada patria mía
Os confiará la juventud lozana
Que principie a crecer en aquel día:
«Formadlos para mí: son colombianos;
Para el honor viril: son caballeros;
Para la Iglesia santa: son cristianos».

Mas ¡ah! talvez alguno
De los premiados, hoy ceda al empuje
Del mal. Así el viajero
Contempla, en las comarcas peregrinas
De Menfis o Cartago,
Las destrozadas ruinas
Que muestran de los siglos el estrago.
Un resto aquí del quebrantado muro,
Del roto anfiteatro allí una piedra,
Fragmento de palacio donde medra

Parásita silvestre, y, con su oscuro
Follaje, cubre la flexible hiedra.
¡Qué triste la grandeza decaída!
La pobreza qué amarga
De aquél cuya niñez fue remecida
En cuna de marfil! Con mano larga
Quiso dotaros Dios. ¡Ay infelices
Si, rendidos cobardes al humano
Respeto, al fácil vicio,
Siguiendo la caída a los deslices,
Corréis a dar en hondo precipicio!

Mas aun entonces guardaréis los restos
De la influencia prístina cristiana:
La fe que negó el labio
Y enturbió el corazón, pero aún alumbra
A la mente, en las horas
Lúcidas en que el hombre es siempre sabio;
La memoria que súbita despierta,
La razón que medita,
La imagen que aparece
De nuestra siempre amada *Bordadita*.
Si entonce un alma buena
—Sólo el bueno a los malos compadece—
Si de paz el ministro, con serena

Y firme voluntad, junta los rotos
Fragmentos de grandeza,
Oirá Dios compasivo vuestros votos;
Y, como antes al ciego
Hallado en los camino de Judea,
«¿Qué me pedís?» preguntará. Decidle
Con sincera piedad: «Señor, que vea!»

R. M. CARRASQUILLA

1898.

INDICE

	Págs.
Al lector, por <i>R. M. C.</i>	III
¿Cómo se graduó?, por <i>Colegial.</i>	1
Blanco y negro, por <i>el mismo</i>	55
El último pensamiento, por <i>Oscar E. Martínez</i>	113
Los novios de Mimi. Sobre un cuento de <i>Jules Lemaitre.</i>	145
En brazos de su madre. Variaciones sobre otro cuento del <i>mismo autor</i>	165
Doña Fortuna y don Dinero, por <i>Fernán Caballero.</i>	183
Trabajo vence fortuna, por <i>Alvar Escudero</i>	193
Historia y Leyenda de San Cristóbal, por <i>R. M. C.</i>	207
La imagen anónima.	229
Ayer, hoy, mañana, por <i>R. M. Carrasquilla.</i>	241

